señor lowlet la elegancia de matar

Juan Alberto Muñoz Del Rosario

Tabla de contenidos

la elegancia de matar
Grupo 1
Grupo 2

la elegancia de matar

Capítulo 1 — La elegancia de matar

Hola, niñas.

Bienvenidas.

Hoy voy a enseñarles algo que muy pocas personas comprenden.

La elegancia de matar.

Y antes de que alguna de ustedes empiece a imaginar un cuchillo lleno de sangre, una habitación oscura y un pobre desgraciado suplicando por su vida, permítanme detenerlas.

No.

Eso es demasiado sencillo.

Cualquiera puede matar.

Un golpe.

Un disparo.

Un cuchillo.

Una persona enfadada puede hacerlo.

Una persona desesperada puede hacerlo.

Hasta una persona estúpida puede hacerlo.

Pero hacerlo con elegancia…

Ah.

Eso requiere paciencia.

Inteligencia.

Y, sobre todo, educación.

Porque si vas a terminar con la vida de alguien, lo mínimo que puedes hacer es ofrecerle una buena taza de té antes.

¿No creen?

Ahora miren allí.

¿Lo ven?

Ese hombre que camina tranquilamente por la calle.

El señor Jefferson.

Un hombre mayor, bastante amable, aunque tiene la terrible costumbre de hablar demasiado cuando encuentra a alguien dispuesto a escucharlo.

Y junto a él está su perrita.

Lilith.

Una criatura encantadora.

Aunque tiene una pequeña costumbre que me resulta particularmente desagradable.

Orina mis flores.

Siempre.

No importa qué haga.

Puedo cambiar las plantas.

Puedo poner una pequeña cerca.

Incluso una vez dejé una nota.

"Lilith, por favor, deja mis flores en paz."

Naturalmente, no funcionó.

Pero hoy...

Hoy me desperté de muy buen humor.

Así que decidí perdonarla.

Por ahora.

—¡Señor Jefferson!

El hombre continuó caminando.

—¡Señor Jefferson!

Esta vez se detuvo.

Se giró lentamente.

—¿Sí?

Levanté una mano.

—¡Buenos días!

Jefferson sonrió al reconocerme.

—Buenos días, señor Lowlet.

—¿Cómo está?

—Bien. ¿Y usted?

—Yo estoy perfectamente.

Miré a Lilith.

Ella me observaba.

Después miró mis flores.

Después volvió a mirarme.

—Y veo que Lilith también está bien.

Jefferson acarició la cabeza de la perrita.

—Sí. Quería salir a dar un paseo.

—Qué bien.

Me acerqué un poco.

—¿Así que quería dar un paseo?

—Eso parece.

—Una excelente decisión.

Jefferson soltó una pequeña risa.

Entonces lo observé con atención.

Su rostro estaba pálido.

Respiraba un poco más rápido de lo normal.

Y tenía las manos ligeramente temblorosas.

—Señor Jefferson...

—¿Sí?

—¿Qué tiene?

Él frunció el ceño.

—¿Yo?

—Sí.

—No tengo nada.

—Está seguro.

—Completamente.

Lo miré unos segundos.

—No parece estarlo.

Jefferson soltó una pequeña tos.

—Uff... No se preocupe. Solo es el frío.

—¿El frío?

—Siempre me pongo así durante esta época del año.

—Ya veo.

Miré el cielo.

Era una mañana gris.

El viento movía lentamente las ramas de los árboles.

—Bueno...

Volví a mirarlo.

—¿Por qué no pasa a mi casa?

Jefferson levantó las cejas.

—¿A su casa?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para sentarse un rato.

Señalé mi vivienda.

—Le preparo algo caliente.

Jefferson miró hacia la casa.

Después a Lilith.

Después nuevamente hacia mí.

—¿Usted cree?

—Claro.

Sonreí.

—No voy a dejar que un hombre de su edad se quede temblando en mitad de la calle.

Jefferson sonrió.

—Bueno...

Acarició a Lilith.

—Pues gracias.

—No tiene nada que agradecer.

Abrí la puerta.

—Adelante.

Lilith entró primero.

Jefferson la siguió.

Yo esperé unos segundos.

Miré hacia la calle.

No había nadie.

Entonces cerré la puerta.

Bueno, niñas.

¿Ven?

Así es como se hace.

Con elegancia.

Con respeto.

No porque yo sea una persona…

¿Cómo decirlo?

¿Poco comprendida?

Sí.

Digamos eso.

No tengo que comportarme como un salvaje simplemente porque quiera matar a alguien.

Hay formas.

Hay modales.

Y hay estándares.

Pero dejemos eso por ahora.

Porque nuestro protagonista…

Ah, sí.

El protagonista de nuestra historia es el señor Jefferson.

Él es quien acaba de entrar a mi casa.

Él es quien está a punto de tomar el té.

Y él es quien todavía no sabe cómo termina esta historia.

Yo, naturalmente, sí lo sé.

Pero no se preocupen.

No voy a arruinarles la sorpresa.

—Wow...

Jefferson observaba la sala.

—Señor Lowlet, su casa es muy bonita.

—Gracias.

Cerré las cortinas.

—Aunque no diga eso demasiado fuerte.

—¿Por qué?

—Podría creerme elegante.

Jefferson se rio.

—Vamos, señor Lowlet.

Miró nuevamente alrededor.

—Tiene una casa bastante bonita.

—Esta casa pertenece a un hombre humilde y solitario.

—¿Humilde?

—Muy humilde.

Jefferson miró las estanterías.

Había libros por todas partes.

—Tiene bastantes libros.

—Me gusta leer.

—¿Y no vive nadie más aquí?

—No.

—¿Nunca tuvo esposa?

—No.

—¿Novia?

—Tampoco.

Jefferson sonrió.

—Pues es usted un hombre bastante apuesto. No me diga que nunca hubo mujeres interesadas.

—Ah, señor Jefferson...

Caminé hacia la cocina.

—Nada más lejos de la realidad.

—¿Seguro?

—Completamente.

Tomé dos tazas.

—Ya le dije. Soy un hombre humilde y solitario.

—Eso suena un poco triste.

—A mí me parece maravilloso.

Jefferson volvió a reír.

—Usted sí que es extraño.

—Me lo han dicho.

Coloqué las tazas sobre la mesa.

—¿Le sirvo una taza de té?

—Claro.

Jefferson se sentó.

—Con este frío no vendría nada mal.

—Excelente elección.

Tomé la tetera.

—Espere un momento.

—¿Adónde va?

—A preparar algo digno de usted.

Jefferson levantó una ceja.

—¿Una taza de té necesita tanto trabajo?

Me detuve.

Lo miré.

—Señor Jefferson...

—¿Sí?

—Una buena taza de té merece respeto.

—Tiene razón.

—Siempre la tengo.

Entré en la cocina.

Jefferson quedó solo en la sala.

Lilith se sentó a sus pies.

Durante unos segundos no ocurrió nada.

Solo se escuchaba el viento golpeando las ventanas.

Entonces Jefferson habló.

—Señor Lowlet...

—¿Sí?

—¿Ha oído lo que está pasando al otro lado del pueblo?

Mis manos se detuvieron.

—No.

Esperé.

—¿Qué ocurre?

Jefferson bajó un poco la voz.

—La gente está desapareciendo.

Silencio.

No dije nada.

—Ya van varias personas —continuó—. Algunos dicen que se fueron del pueblo.

—¿Y usted qué cree?

—Yo creo que alguien se las está llevando.

Tomé la tetera.

—¿Alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé.

Regresé lentamente a la sala.

—Cuénteme más.

Jefferson me miró.

—Hace unas semanas desapareció un hombre.

—¿Nombre?

Me respondió.

Reconocí el nombre inmediatamente.

No dije nada.

Después mencionó otro.

También estaba en mi lista.

Y luego otro.

Y otro.

Miré la taza que tenía delante.

Qué curioso.

Alguien estaba tomando mis personas.

Eso sí me parecía de muy mal gusto.

—¿Señor Lowlet?

Levanté la mirada.

—Perdone.

—Le estaba preguntando si conocía a alguno de ellos.

Sonreí.

—No.

Mentí.

Naturalmente.

—No conocía a ninguno.

Jefferson asintió.

—Es una situación bastante extraña.

—Sí.

Serví el té.

—Muy extraña.

Le acerqué la taza.

—¿Con azúcar?

—No.

—¿Miel?

—Con miel, gracias.

—Por supuesto.

Añadí la miel.

Jefferson tomó la taza entre sus manos.

La acercó lentamente a su rostro.

—Huele muy bien.

—Me alegra.

Tomó un pequeño sorbo.

—Está excelente.

—Me alegra aún más.

Me senté frente a él.

Durante unos segundos ninguno habló.

Lilith levantó la cabeza.

Me miró.

Después miró a Jefferson.

Y finalmente volvió a acostarse.

—Bueno, niñas...

Miré hacia ustedes.

Creo que tenemos un pequeño problema.

Alguien está desapareciendo personas.

Y algunas de esas personas...

eran mías.

Así que, aunque tenía otros planes para esta tarde, parece que voy a tener que investigar.

Qué fastidio.

Aunque debo admitir algo.

Los misterios hacen que los días sean mucho más interesantes.

Miré a Jefferson.

Él continuaba bebiendo su té tranquilamente.

Pobre hombre.

Todavía no sabía que su nombre estaba escrito en mi lista.

Tampoco sabía que acababa de convertirse en el protagonista de una historia que yo llevaba bastante tiempo esperando contar.

Y mucho menos sabía que...

todavía no había decidido cómo terminarla.

Sonreí.

—¿Más té, señor Jefferson?

—Sí, por favor.

—Por supuesto.

Levanté la tetera.

Y mientras volvía a llenar su taza, pensé en las personas desaparecidas.

Después miré a Lilith.

La pequeña perra me observaba fijamente.

—¿Qué miras?

Lilith no respondió.

Naturalmente.

Nunca ha sido una perra muy conversadora.

Aunque, entre nosotros...

A veces tengo la impresión de que entiende mucho más de lo que debería.

Y eso...

Eso sí podría convertirse en un problema.Capítulo 2 — El hombre que llegó tarde

Jefferson terminó su té.

—Excelente —dijo, dejando la taza sobre el plato.

—Me alegra que le gustara.

Se levantó lentamente.

Lilith también se levantó.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

—¿Ya?

—No quiero quitarle más tiempo.

—No se preocupe. Tengo mucho tiempo.

Jefferson sonrió.

—Eso es algo que envidio de usted, señor Lowlet.

—¿El tiempo?

—La tranquilidad.

Ah.

Qué palabra tan curiosa.

Tranquilidad.

Si supiera...

—Bueno —dije—, tenga cuidado cuando regrese.

—¿Por qué?

—Por las desapariciones.

Jefferson dejó de sonreír.

—Sí.

Miró hacia la calle.

—Eso mismo estaba pensando.

Abrió la puerta.

Lilith salió primero.

Jefferson se detuvo en el umbral.

—Gracias nuevamente por el té.

—Cuando quiera.

—Y disculpe lo de sus flores.

Miré a Lilith.

Ella me miró.

—Está perdonada.

La perrita movió la cola.

—Hasta luego, señor Lowlet.

—Hasta luego, señor Jefferson.

Los observé alejarse.

Jefferson caminaba lentamente.

Lilith iba a su lado.

Y yo permanecí en la puerta hasta que desaparecieron al doblar la esquina.

Entonces cerré.

Bueno.

Ahora sí.

Podemos hablar.

Fui hasta mi escritorio.

Abrí el cajón.

Saqué mi libreta.

La coloqué sobre la mesa.

La abrí por la mitad.

Había varios nombres.

Algunos estaban tachados.

Otros todavía esperaban.

Pasé el dedo por una de las páginas.

Y allí estaba.

El nombre que Jefferson acababa de mencionar.

Lo observé durante unos segundos.

—Qué maleducado...

Alguien estaba desapareciendo a mis personas.

Y eso me molestaba.

No porque me importaran.

Eso sería exagerar demasiado.

Me molestaba porque yo ya había preparado todo.

Y cuando una persona arruina un trabajo bien hecho...

Bueno.

Digamos que puede convertirse rápidamente en una persona que merece mi atención.

Tomé la pluma.

Debajo del nombre escribí:

DESAPARECIDO.

Después me quedé mirando la palabra.

No me gustaba.

No decía muerto.

No decía vivo.

Decía simplemente:

desaparecido.

Cerré la libreta.

—Entonces tendremos que averiguarlo.

Me puse el abrigo.

Abrí la puerta.

Y justo cuando iba a salir...

Escuché un ruido.

Toc.

Me quedé quieto.

Miré la puerta.

No había nadie.

Esperé.

Toc. Toc.

Abrí.

Nada.

Solo la calle vacía.

Bajé la mirada.

Había algo frente a la puerta.

Un sobre.

Sin nombre.

Lo recogí.

Lo abrí.

Dentro había una fotografía.

La observé.

Era una fotografía vieja.

Una calle de Blackridge.

Y al fondo...

una casa.

La reconocí inmediatamente.

Era la casa del hombre que había desaparecido.

Volteé la fotografía.

Había una frase escrita detrás:

"Él no fue el primero."

Sonreí.

—Bueno...

Guardé la fotografía en el bolsillo.

—Eso sí es una invitación.

Cerré la puerta.

Y salí a investigar.

Porque alguien había comenzado un juego.

Y yo detesto que alguien empiece un juego sin invitarme.Capítulo 3 — Una visita poco conveniente

La casa del desaparecido estaba al otro lado del pueblo.

No era precisamente un lugar al que uno quisiera ir cuando comenzaba a oscurecer.

Pero, niñas, si uno esperara a que las circunstancias fueran convenientes para hacer algo interesante, la vida sería terriblemente aburrida.

Caminé por la calle con las manos dentro de los bolsillos.

La fotografía seguía allí.

No la había vuelto a mirar.

Todavía.

Prefería observar el camino.

Blackridge estaba extrañamente tranquilo aquella tarde.

Demasiado tranquilo.

Una señora cerraba las ventanas de su casa.

Un hombre recogía unas cajas de la acera.

Y un gato me observaba desde el techo de una tienda.

Lo miré.

Él me miró.

—No empieces.

El gato siguió mirándome.

—Te estoy hablando a ti.

Continuó mirándome.

—Bien.

Seguí caminando.

Hay personas que creen que los gatos son misteriosos.

Yo creo que simplemente son maleducados.

Después de unos veinte minutos llegué a la casa.

Era pequeña.

Dos pisos.

Pintura gris.

Un jardín bastante descuidado.

Y una puerta principal que parecía llevar varios días sin abrirse.

Miré alrededor.

No había nadie.

Me acerqué.

La puerta estaba cerrada.

Probé el pomo.

Nada.

—Qué decepción.

Miré las ventanas.

Una estaba ligeramente abierta.

Sonreí.

—Mucho mejor.

Rodeé la casa.

La ventana daba a una pequeña habitación.

Entré.

No fue particularmente elegante.

Pero tampoco voy a mentirles.

A veces la elegancia necesita un pequeño empujón.

La habitación estaba llena de cajas.

Había ropa tirada en una silla.

Un reloj detenido sobre una mesa.

Y un vaso de agua que parecía llevar allí varios días.

Me acerqué.

No había polvo dentro.

Eso me llamó la atención.

Alguien había estado allí.

Recientemente.

Miré el reloj.

Las agujas marcaban las 11:17.

Lo toqué.

Nada.

Luego observé la mesa.

Había una fotografía.

La tomé.

Era una fotografía familiar.

El hombre desaparecido aparecía junto a una mujer y un niño.

Detrás de ellos había otra persona.

Un hombre mayor.

Lo reconocí.

No inmediatamente.

Pero algo en su rostro me resultaba familiar.

Volví a mirar la fotografía.

—¿Quién eres tú?

No obtuve respuesta.

Una pena.

Las fotografías son excelentes para guardar secretos, pero bastante malas para mantener conversaciones.

Escuché un ruido en el piso de arriba.

Me quedé inmóvil.

Pasos.

Uno.

Dos.

Tres.

Alguien estaba caminando.

Y yo estaba dentro de una casa donde no debería estar.

Magnífico.

Subí las escaleras lentamente.

El tercer escalón crujió.

Me detuve.

Esperé.

Nada.

Continué.

Los pasos habían desaparecido.

Llegué al segundo piso.

Había tres puertas.

Una estaba abierta.

Otra cerrada.

La última tenía una pequeña marca dibujada sobre la madera.

El mismo símbolo de la fotografía.

Me acerqué.

Pasé los dedos sobre la marca.

No era pintura.

Parecía estar tallada.

Abrí la puerta.

Era un dormitorio.

Vacío.

La cama estaba perfectamente tendida.

Demasiado perfectamente.

Me acerqué.

Sobre la almohada había un papel.

Lo tomé.

Solo decía:

"Llegaste tarde."

Me quedé mirando la frase.

Después miré alrededor.

—¿Tarde para qué?

Silencio.

Suspiré.

—Esto empieza a ser un poco grosero.

Guardé el papel.

Entonces escuché algo detrás de mí.

Una respiración.

Me giré rápidamente.

Nada.

La ventana estaba abierta.

Las cortinas se movían con el viento.

Me acerqué.

Miré hacia afuera.

El jardín estaba vacío.

Pero en la tierra había huellas.

Alguien había salido por allí.

Me agaché.

Las observé.

Eran recientes.

Y había algo extraño.

Las huellas llegaban hasta la ventana...

pero no regresaban.

Me puse de pie.

—Interesante.

Bajé nuevamente las escaleras.

Antes de salir, volví a mirar la fotografía familiar.

Esta vez observé al hombre mayor.

Y entonces lo recordé.

Lo había visto hacía años.

En algún lugar.

No podía recordar dónde.

Guardé la fotografía.

Salí de la casa.

Cerré la ventana.

Y regresé a la calle.

Había avanzado apenas unos metros cuando escuché una voz detrás de mí.

—¡Señor Lowlet!

Me detuve.

No.

Por favor.

Me giré.

Arthur venía caminando rápidamente hacia mí.

El policía estaba bastante agitado.

—¿Qué hace usted aquí?

Miré la casa.

Después lo miré a él.

—Paseando.

Arthur señaló la vivienda.

—¿En esa casa?

—Es un pueblo pequeño.

—Eso no responde mi pregunta.

—Entonces quizá debería hacer una pregunta mejor.

Arthur me miró con desconfianza.

—La casa está bajo investigación.

—Qué coincidencia.

—¿Coincidencia?

—Sí.

Sonreí.

—Yo también estoy investigando.

Arthur frunció el ceño.

—¿Qué está investigando?

Miré hacia la casa.

Después hacia él.

—Lo mismo que usted.

Arthur cruzó los brazos.

—¿Y qué ha encontrado?

Pensé unos segundos.

Podría haberle contado la verdad.

Pero...

¿Dónde estaría la diversión?

—Nada importante.

Arthur no parecía convencido.

—Señor Lowlet...

—¿Sí?

—No vuelva a entrar ahí.

—¿Es una orden?

—Sí.

—Qué lástima.

Arthur suspiró.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Pasé junto a él.

—Buenas tardes, Arthur.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Me detuve.

Sonreí.

—Todo el pueblo sabe quién es usted.

Y continué caminando.

Arthur se quedó mirándome.

Yo seguí adelante.

Pero esta vez no estaba pensando en Jefferson.

Ni siquiera en el desaparecido.

Estaba pensando en la fotografía.

En aquel hombre mayor.

Y en una pregunta que comenzaba a molestarme.

¿Dónde había visto antes esa cara?

Porque estaba seguro de algo.

Yo ya conocía a ese hombre.

Solo que...

no recordaba de dónde.Capítulo 4 — El hombre de la fotografía

Regresé a casa antes de que anocheciera.

No porque tuviera miedo de caminar de noche.

Por supuesto que no.

Simplemente porque una persona elegante sabe cuándo debe estar en casa.

Además, tenía una fotografía que investigar.

Y un té que terminar.

Entré, cerré la puerta y dejé el abrigo sobre la silla.

Lilith no estaba allí.

Una lástima.

Ella habría recibido una bienvenida mucho más afectuosa.

Me senté frente al escritorio.

Saqué la fotografía.

La puse bajo la lámpara.

La observé nuevamente.

El hombre desaparecido estaba en el centro.

A su lado estaban la mujer y el niño.

Pero el hombre de atrás...

Ese era el problema.

Tenía unos sesenta años.

Cabello completamente blanco.

Una cicatriz pequeña debajo del ojo izquierdo.

Y una expresión que no parecía pertenecer a una fotografía familiar.

Parecía estar esperando algo.

O a alguien.

—¿Quién eres?

Nada.

Naturalmente.

Tomé una lupa.

Sí, niñas.

Una lupa.

No todo misterio necesita una persecución por los tejados.

A veces una lupa hace maravillas.

Miré el fondo de la fotografía.

Había un edificio.

Muy pequeño.

Casi escondido detrás de un árbol.

Me acerqué más.

Una ventana.

Una pared.

Y sobre la pared...

un símbolo.

El mismo.

Dejé la lupa.

—Ah.

Ahora sí teníamos algo.

Tomé una hoja y dibujé el símbolo.

Después escribí debajo:

Casa del desaparecido.

Luego:

Fotografía.

Y finalmente:

Hombre desconocido.

Me quedé mirando las tres cosas.

Algo las conectaba.

Solo necesitaba descubrir qué.

Abrí uno de mis libros.

No buscaba información sobre asesinatos.

Ni sobre desapariciones.

Buscaba algo mucho más aburrido.

Historia de Blackridge.

Pasé varias páginas.

Nombres.

Fechas.

Edificios.

Incendios.

Inundaciones.

Personas importantes.

Nada.

Hasta que encontré una fotografía antigua del pueblo.

La acerqué a la lámpara.

Y ahí estaba.

El mismo edificio.

Pero en la fotografía antigua había un detalle que no aparecía en la otra.

Un letrero.

Instituto Médico Blackridge.

Me quedé quieto.

No conocía ese lugar.

O al menos...

Eso creía.

Pasé el dedo sobre la fotografía.

Una sensación extraña recorrió mi cabeza.

Un pasillo.

Una luz blanca.

Una puerta.

Y una voz.

—No vuelvas a abrir los ojos.

Aparté la mano.

La habitación quedó en silencio.

Respiré profundamente.

—Qué extraño.

Miré nuevamente la fotografía.

No sabía por qué aquella imagen me resultaba familiar.

No sabía quién era el hombre.

Y definitivamente no sabía por qué acababa de recordar una voz que no había escuchado en años.

O quizás...

Nunca.

Me levanté.

Fui hasta la ventana.

La calle estaba vacía.

Entonces vi algo.

Una figura al otro lado de la calle.

Un hombre.

Quieto.

Mirando hacia mi casa.

No podía verle bien el rostro.

Pero llevaba un abrigo oscuro.

Me quedé observándolo.

Él no se movió.

Yo tampoco.

Pasaron unos segundos.

Entonces levanté una mano.

La figura hizo lo mismo.

Sonreí.

—Qué educado.

Bajé la mano.

La figura desapareció.

No caminó.

No corrió.

Simplemente dejó de estar allí.

Fruncí el ceño.

—Eso sí fue extraño.

Regresé al escritorio.

Guardé la fotografía.

Pero antes de cerrar el cajón, escuché algo detrás de mí.

Un pequeño ruido.

Ras... ras...

Me giré.

Lilith estaba sentada en la puerta.

La miré.

—¿Cómo entraste?

Movió la cola.

—La puerta estaba cerrada.

Volvió a mover la cola.

—Claro.

Me acerqué.

Lilith miró el cajón.

Después me miró a mí.

Luego volvió a mirar el cajón.

—¿Quieres ver la fotografía?

Lilith se levantó.

Se acercó.

Abrí el cajón.

Saqué la fotografía.

La puse frente a ella.

Lilith la olfateó.

Y entonces ocurrió algo extraño.

La perrita comenzó a gruñir.

No hacia mí.

Hacia la fotografía.

Miré la imagen.

Después a Lilith.

—¿Lo conoces?

Lilith siguió gruñendo.

—Eso parece un sí.

Me agaché.

—¿Quién es?

Lilith golpeó la fotografía con la pata.

Justo sobre el hombre de cabello blanco.

Mi sonrisa desapareció.

—Interesante.

La perrita levantó la mirada.

Y por primera vez desde que comenzó todo aquello, tuve una sensación que no me gustó.

No era miedo.

Era algo peor.

La sensación de que había comenzado a recordar algo...

que alguien había hecho un gran esfuerzo por hacerme olvidar.

Guardé la fotografía.

Miré a Lilith.

—Creo que tú sabes algo.

Ella inclinó la cabeza.

—Y creo que mañana vamos a dar un paseo.

Lilith movió la cola.

—Pero esta vez...

Miré hacia la ventana.

—No vamos a visitar a Jefferson.

Vamos a buscar una clínica.

Una clínica que, según todos los libros de Blackridge, dejó de existir hace muchos años.Capítulo 6 — El pasillo

No entré inmediatamente.

Sé lo que están pensando.

"Pero Lowlet, acabas de decir que querías investigar la clínica."

Sí.

Y también dije que quería hacerlo con elegancia.

Hay una diferencia considerable entre investigar un lugar abandonado y meterse voluntariamente en un pasillo oscuro que parece estar esperando que uno entre.

Me quedé mirando.

Lilith tampoco entraba.

Eso era preocupante.

Porque los perros suelen tener un talento especial para entrar donde no deberían.

—¿Qué ocurre?

Lilith gruñó.

—Sí, yo tampoco estoy completamente convencido.

Miré nuevamente hacia el interior.

El pasillo era largo.

Las paredes estaban cubiertas de polvo.

Había algunas lámparas en el techo, aunque ninguna funcionaba.

A la izquierda había varias puertas.

A la derecha, otras.

Y al fondo...

una puerta blanca.

La misma.

La de mis recuerdos.

Sentí algo extraño en el pecho.

No dolor.

Reconocimiento.

Como cuando uno escucha una canción que no recuerda haber escuchado jamás, pero de alguna manera conoce la letra.

Di un paso.

Lilith permaneció afuera.

—¿No vienes?

La perrita me miró.

—Muy bien.

Di otro paso.

El suelo crujió.

Crrr...

Me detuve.

Nada.

—Excelente.

Otro paso.

Y otro.

Entonces escuché algo.

Un ruido metálico.

Clang.

Venía de una de las habitaciones.

Miré hacia la puerta.

Estaba entreabierta.

Me acerqué.

—¿Hay alguien?

No hubo respuesta.

Abrí.

La habitación estaba vacía.

Había una camilla.

Un escritorio.

Un armario.

Y una vieja lámpara.

Nada más.

Me acerqué al escritorio.

Había papeles.

La mayoría estaban destruidos por la humedad.

Tomé uno.

No podía leer casi nada.

Pero había una palabra visible.

Paciente.

Dejé el papel.

Abrí el armario.

Vacío.

Cerré.

Entonces vi algo debajo de la camilla.

Me agaché.

Era una pequeña caja metálica.

La saqué.

Tenía una cerradura.

—Naturalmente.

¿Por qué iba a ser fácil?

Me la llevé.

Salí de la habitación.

Lilith seguía en la entrada.

—No te preocupes.

Me miró.

—Todavía no me ha matado nadie.

Lilith no pareció tranquilizarse.

Continué por el pasillo.

Pasé una puerta.

Luego otra.

Hasta que llegué a la puerta blanca.

Me detuve.

No sabía por qué.

Pero no quería abrirla.

Y eso...

eso era nuevo.

Yo no suelo tener miedo.

Pero había algo detrás de aquella puerta que mi memoria no quería mostrarme.

Puse la mano sobre el pomo.

Una imagen apareció en mi cabeza.

Yo era un niño.

Estaba sentado en una silla.

Había una lámpara sobre mí.

Alguien estaba detrás.

No podía verle la cara.

—¿Puedes recordar tu nombre?

Una voz.

Mi voz.

—Lowlet.

—¿Y qué recuerdas?

Silencio.

—Una casa.

—¿Qué más?

—Una puerta.

La imagen desapareció.

Aparté la mano.

Respiré.

—Muy bien.

Miré a Lilith.

—Creo que hemos tenido suficiente por hoy.

Entonces escuchamos un ruido.

Toc.

Los dos miramos hacia el fondo del pasillo.

Toc. Toc.

No venía de la puerta blanca.

Venía de una habitación detrás de nosotros.

Lilith empezó a gruñir.

—Eso no me gusta.

El ruido volvió.

Toc. Toc. Toc.

Me acerqué lentamente.

La puerta estaba cerrada.

Puse la mano sobre el pomo.

Giré.

Nada.

Estaba bloqueada.

—¿Hay alguien ahí?

Silencio.

Entonces una voz respondió.

Muy baja.

Casi un susurro.

—¿Quién eres?

Me quedé inmóvil.

Lilith comenzó a ladrar.

La voz volvió a hablar.

—¿Quién eres?

Esta vez pude reconocerla.

Era una voz de hombre.

Anciana.

Cansada.

Pero había algo más.

La conocía.

No sabía de dónde.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

Silencio.

Después:

—Llegaste tarde.

Miré a Lilith.

Ella estaba completamente inmóvil.

—¿Tarde para qué?

No hubo respuesta.

Esperé unos segundos.

Entonces escuché pasos al otro lado.

Se alejaban.

Tac.

Tac.

Tac.

—¡Espere!

Abrí la puerta.

La habitación estaba vacía.

Pero había una silla en el centro.

Y sobre ella...

una fotografía.

La recogí.

Era antigua.

Mucho más antigua que la que había encontrado en la casa.

La miré.

Había tres personas.

Edgar.

Jefferson.

Y un niño.

Yo.

Sentí que el aire se volvía pesado.

Debajo de la fotografía había una hoja.

La levanté.

Solo tenía una frase.

PACIENTE 01 — LOWLET.

Me quedé mirando mi nombre.

Entonces escuché un ruido detrás de mí.

Me giré.

La puerta blanca estaba abierta.

No recordaba haberla abierto.

Y al otro lado...

había una habitación completamente iluminada.

Una voz salió de ella.

—Lowlet.

Esta vez no era un recuerdo.

Alguien acababa de pronunciar mi nombre.

Miré a Lilith.

Ella no entró.

Yo tampoco.

Por primera vez desde que había llegado a aquella clínica...

decidí hacer algo extraordinariamente sensato.

Me fui.

Guardé la fotografía.

Guardé el documento.

Tomé la caja metálica.

Y salí de la clínica.

Cerré la puerta detrás de mí.

El aire exterior se sintió mucho más frío.

Miré a Lilith.

—No le diremos esto a nadie.

Ella me observó.

—Especialmente a Jefferson.

Lilith ladeó la cabeza.

—Sí.

Miré nuevamente la puerta.

—Porque ahora tengo una pregunta mucho más importante.

Saqué la fotografía.

La observé una última vez.

¿Por qué hay una fotografía mía dentro de una clínica que supuestamente no recuerdo?

Y, niñas...

esa pregunta iba a resultar bastante más incómoda de lo que imaginaba.Capítulo 7 — Paciente 01

Regresamos a casa sin decir una palabra.

Bueno...

Lilith no habla.

Yo sí.

Pero en aquella ocasión decidí guardar silencio.

La fotografía estaba sobre mi escritorio.

La caja metálica estaba a su lado.

Y el documento seguía dentro de mi bolsillo.

PACIENTE 01 — LOWLET.

Lo había leído unas veinte veces.

Seguía diciendo lo mismo.

Qué decepcionante.

Esperaba que las palabras cambiaran por cortesía.

No ocurrió.

Me senté.

Lilith se acostó debajo de la mesa.

—Bueno.

La miré.

—Parece que tenemos un pequeño problema.

Ella levantó la cabeza.

—Resulta que fui paciente de una clínica que no debería existir.

Lilith parpadeó.

—Y aparentemente alguien me conocía.

Silencio.

—Y probablemente tú también sabes algo.

Lilith volvió a acostarse.

—Excelente conversación.

Tomé la fotografía.

La acerqué a la lámpara.

Éramos tres.

Edgar.

Jefferson.

Y yo.

Pero había algo extraño.

Jefferson parecía mucho más joven.

Edgar también.

Yo era apenas un niño.

No podía tener más de diez años.

Volví a mirar el documento.

Había una fecha.

17 de octubre.

Nada más.

No había año.

—Conveniente.

Revisé la parte posterior.

Nada.

La caja metálica era otra historia.

Tenía una pequeña cerradura.

Intenté abrirla con una moneda.

Nada.

Con un cuchillo.

Nada.

Con una horquilla.

Nada.

Después de diez minutos decidí que no estaba dispuesto a destruir una horquilla por una caja.

La dejé sobre la mesa.

Entonces alguien llamó a la puerta.

Toc. Toc.

Miré a Lilith.

Ella levantó la cabeza.

—¿Esperamos a alguien?

No.

Nadie respondió.

Me levanté.

Caminé hasta la puerta.

Abrí.

Jefferson estaba allí.

Y, naturalmente, Lilith corrió hacia él.

—Bueno.

Miré a Jefferson.

—Qué visita tan oportuna.

—Espero no molestarlo.

—Nunca.

Jefferson entró.

Cerré la puerta.

—¿Dónde estaba?

—En casa.

—No.

Jefferson me miró.

—¿Perdón?

—Quiero decir...

Sonreí.

—¿Dónde estaba antes de venir aquí?

Jefferson pareció confundido.

—Dando un paseo.

—¿Solo?

—Con Lilith.

—Ya veo.

Miré a la perrita.

Ella estaba junto a él.

—¿Y por qué decidió visitarme?

Jefferson se quitó el abrigo.

—Quería hablar con usted.

—Eso suena serio.

—Lo es.

Se sentó.

Yo permanecí de pie.

—¿Sobre las desapariciones?

Jefferson asintió.

—Sí.

—Entonces tenemos algo en común.

—¿Usted también está investigando?

—Un poco.

Jefferson me observó.

—¿Ha encontrado algo?

Pensé en la clínica.

La fotografía.

Mi nombre.

La voz.

—Todavía no.

Otra mentira.

Jefferson bajó la mirada.

—Yo sí encontré algo.

Eso me interesó.

Me senté frente a él.

—¿Qué encontró?

Jefferson sacó un pequeño papel del bolsillo.

Lo colocó sobre la mesa.

Era un nombre.

Edgar Vane.

Lo miré.

No reconocí el nombre.

O eso pensé.

Porque en cuanto lo vi, algo apareció en mi cabeza.

Una habitación.

Una lámpara.

Un hombre inclinado sobre mí.

—Muy bien, Lowlet.

La imagen desapareció.

Parpadeé.

Jefferson seguía mirándome.

—¿Lo conoce?

—No.

—¿Seguro?

—Completamente.

Jefferson tomó el papel.

—Edgar Vane desapareció hace veinte años.

—¿Y qué tiene que ver con las personas que desaparecen ahora?

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué me habla de él?

Jefferson guardó silencio.

Lo observé.

—Usted sabe algo.

—Sé que Edgar estaba relacionado con una clínica.

Mi expresión no cambió.

Pero por dentro...

algo acababa de encajar.

—¿Qué clínica?

Jefferson me miró directamente.

—El Instituto Médico Blackridge.

Silencio.

Lilith levantó la cabeza.

Jefferson continuó:

—Estaba al otro lado del pueblo.

—Ese lugar desapareció hace años.

—Eso dicen.

Lo miré.

—¿Usted estuvo allí?

Jefferson no respondió.

—Señor Jefferson.

—Sí.

La respuesta fue casi un susurro.

—Estuve allí.

Me recliné lentamente.

Ahora entendía algo.

Jefferson no había venido simplemente a hablar de desapariciones.

Había venido porque sabía algo sobre mi pasado.

—¿Cuándo?

Jefferson miró hacia la ventana.

—Hace mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Antes de que usted regresara al pueblo.

Me quedé quieto.

—¿Yo?

Jefferson me miró.

Y entonces dijo algo que no esperaba.

—Lowlet...

—¿Sí?

—Usted no regresó a Blackridge por casualidad.

No respondí.

—¿Qué quiere decir?

Jefferson apretó las manos.

—Creo que usted volvió porque una parte de usted...

Se detuvo.

—¿Porque una parte de mí qué?

Jefferson me miró fijamente.

—Porque una parte de usted todavía recuerda.

Sentí un frío recorrerme la espalda.

Y, por primera vez, no tuve ningún comentario ingenioso.

Porque en ese momento recordé algo.

No la clínica.

No a Edgar.

No la puerta.

Recordé una voz.

Una voz infantil.

Mi propia voz.

Y estaba diciendo:

—No quiero volver allí.

Miré a Jefferson.

—¿Qué me hicieron?

Jefferson no respondió.

Pero Lilith comenzó a gruñir.

Y esta vez...

no estaba mirando a Jefferson.

Estaba mirando la ventana.

Me levanté lentamente.

Algo estaba afuera.

Alguien.

Una sombra pasó frente al cristal.

Jefferson se puso de pie.

—¿Quién es?

No respondí.

Me acerqué a la ventana.

La calle estaba vacía.

Pero sobre el vidrio había algo escrito desde el exterior.

Tres palabras.

TÚ YA LO SABES.

Miré a Jefferson.

Después a Lilith.

Y finalmente a la frase.

Sonreí.

No porque fuera gracioso.

Sino porque acababa de entender algo.

Aquella noche...

alguien quería que recordara.Capítulo 8 — Lo que Jefferson no dijo

No toqué el vidrio.

No limpié las palabras.

Ni siquiera pregunté quién las había escrito.

A veces, niñas, cuando alguien se toma la molestia de dejarte un mensaje en tu propia ventana, lo más educado es dejarlo ahí un momento.

Para pensar.

Para observar.

Y para preguntarse qué clase de persona tiene tanto tiempo libre.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jefferson.

—No lo sé.

Jefferson se acercó.

Leyó las palabras.

TÚ YA LO SABES.

—Lowlet...

—Sí.

—Tenemos que irnos.

Lo miré.

—¿Tenemos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si alguien sabe que estamos hablando...

Se detuvo.

—¿Qué?

Jefferson miró hacia la puerta.

—Podría volver.

Sonreí.

—¿Y eso le preocupa?

—Sí.

—A mí no.

—Debería.

—Quizá.

Me aparté de la ventana.

—Pero antes de que se vaya, tengo una pregunta.

Jefferson suspiró.

—¿Cuál?

—¿Por qué estaba yo en esa clínica?

Silencio.

Jefferson no respondió.

—Le hice una pregunta.

—No lo sé.

—Miente.

Jefferson levantó la mirada.

—No estoy mintiendo.

—Entonces tiene una memoria terrible.

—Lowlet...

—Usted estuvo allí.

—Sí.

—Conoció a Edgar.

—Sí.

—Y me conoció a mí.

Jefferson cerró los ojos.

—Sí.

—Entonces sabe qué ocurrió.

—No todo.

—¿Qué parte sabe?

Jefferson permaneció callado.

Me acerqué a la mesa.

Tomé la fotografía.

La puse frente a él.

—¿Quién tomó esta fotografía?

Jefferson la miró.

Su expresión cambió.

No mucho.

Pero lo suficiente.

—¿Dónde encontró eso?

—En la clínica.

Jefferson se levantó.

—No debió entrar allí.

—Eso ya me lo dijeron.

—¿Quién?

—Martha Bell.

Jefferson se quedó completamente quieto.

—¿Habló con Martha?

—Sí.

—Entonces sabe más de lo que debería.

—Parece que todo el pueblo sabe algo excepto yo.

Jefferson volvió a sentarse.

—No es tan sencillo.

—Nunca lo es.

Se hizo silencio.

Lilith caminó hasta Jefferson.

Él la acarició.

—Hay cosas que usted no recuerda.

—Eso ya lo noté.

—Y quizá sea mejor así.

—No.

Jefferson me miró.

—¿No?

—No quiero que otros decidan qué recuerdos puedo tener.

Jefferson bajó la mirada.

—Eso mismo dijo la última vez.

Sentí que algo dentro de mí se detenía.

—¿La última vez?

Jefferson se dio cuenta de su error.

—¿Cuándo?

—...

—Señor Jefferson.

—No debería haber dicho eso.

—¿Cuándo?

—Hace años.

—¿Qué años?

—Cuando salió de la clínica.

Me quedé mirándolo.

—Yo salí de allí.

—Sí.

—¿Y usted me llevó?

Jefferson no contestó.

—¿Quién me llevó?

—Edgar.

El nombre quedó flotando en la habitación.

—¿Edgar me llevó a la clínica?

—Sí.

—¿Por qué?

Jefferson apretó la mandíbula.

—Porque usted estaba enfermo.

—¿Qué tenía?

—No lo sé.

—Miente otra vez.

Jefferson golpeó suavemente la mesa con la mano.

—¡No lo sé todo!

El silencio fue inmediato.

Jefferson respiró profundamente.

—Yo no era médico.

—Entonces, ¿qué hacía allí?

Jefferson no respondió.

Me acerqué.

—¿Qué hacía allí?

Finalmente habló.

—Trabajaba para Edgar.

Aquello sí me sorprendió.

—¿Trabajaba para él?

—Sí.

—¿Haciendo qué?

—Ayudándolo.

—Eso no significa nada.

—Para mí significaba demasiado.

Jefferson miró la fotografía.

—Edgar creía que podía encontrar una forma de recuperar ciertos recuerdos.

—¿De quién?

—De las personas.

—¿Y yo?

Jefferson levantó la mirada.

—Usted era diferente.

—¿Diferente cómo?

Antes de que pudiera responder...

Toc. Toc.

Los dos miramos la puerta.

Jefferson palideció.

—No abra.

—¿Por qué?

—Porque no es alguien que quiera entrar.

Sonreí.

—Eso no responde mi pregunta.

Toc. Toc.

Esta vez más fuerte.

Lilith comenzó a gruñir.

Me acerqué lentamente.

Jefferson se levantó.

—Lowlet, espere.

Puse la mano sobre el pomo.

—¿Qué?

—Si abre esa puerta...

Se quedó callado.

—¿Qué?

Jefferson me miró.

—Puede que recuerde.

Giré el pomo.

La puerta se abrió.

No había nadie.

Solo un pequeño paquete sobre el suelo.

Lo recogí.

No tenía remitente.

Lo abrí.

Dentro había una cinta de grabación antigua.

Y una nota.

Solo decía:

"Para Lowlet."

Miré a Jefferson.

—¿Tiene alguna idea de quién envió esto?

Jefferson negó lentamente con la cabeza.

—No.

Lo observé.

—Por primera vez le creo.

Cerré la puerta.

Coloqué la cinta sobre la mesa.

—¿Tiene dónde reproducirla?

Jefferson asintió.

—Sí.

—Perfecto.

Tomé la cinta.

La observé.

Había una fecha escrita a mano.

17 de octubre.

La misma fecha del documento de la clínica.

Miré a Jefferson.

—Creo que acabamos de encontrar una parte de mi memoria.

Él no respondió.

Introduje la cinta en el reproductor.

Presioné el botón.

Durante unos segundos solo se escuchó estática.

Shhhhhhh...

Después una voz.

Una voz de hombre.

—Prueba número diecisiete.

Jefferson cerró los ojos.

Yo no aparté la mirada del aparato.

La voz continuó:

—Paciente 01 permanece consciente.

Un ruido.

Pasos.

Después una segunda voz.

Más joven.

Más débil.

Una voz que conocía demasiado bien.

Mi propia voz.

—Quiero irme.

La grabación quedó en silencio durante unos segundos.

Entonces el hombre respondió:

—Todavía no, Lowlet.

La cinta terminó.

Nadie habló.

Miré a Jefferson.

—¿Quién era ese hombre?

Jefferson no contestó.

Entonces comprendí que todavía faltaba una pieza.

Y esa pieza...

tenía nombre.

Edgar Vane.Capítulo 9 — Edgar Vane

La cinta permaneció dentro del reproductor.

No la saqué.

No por miedo.

Simplemente porque tenía la desagradable sensación de que, si la retiraba, alguna respuesta se iría con ella.

Jefferson seguía sentado frente a mí.

—Edgar Vane —dije.

Él no respondió.

—Quiero saber quién era.

Jefferson miró hacia la ventana.

—Era un hombre inteligente.

—Eso no responde nada.

—También era paciente.

—Eso tampoco.

—Y estaba obsesionado.

—Ahora sí estamos llegando a algún sitio.

Jefferson suspiró.

—Edgar creía que los recuerdos podían manipularse.

—¿Manipularse?

—Borrarse.

Me quedé quieto.

—¿Borrarse?

—Sí.

—¿Y para qué?

—Para empezar de nuevo.

Miré la cinta.

—¿Conmigo?

Jefferson no respondió inmediatamente.

—Con varias personas.

—Pero yo era el primero.

—Sí.

La palabra quedó suspendida en el aire.

El primero.

Me levanté.

—¿Cuántos pacientes hubo después de mí?

Jefferson me miró.

—No lo sé.

—¿Diez?

Negó.

—¿Cincuenta?

Otra vez negó.

—¿Cien?

—No lo sé.

—Entonces dígame algo que sí sepa.

Jefferson se quedó pensando.

—Edgar nunca logró repetir el resultado.

—¿Qué resultado?

—Usted.

Sonreí ligeramente.

—Qué halagador.

Jefferson no sonrió.

—No lo digo como un cumplido.

—Ya me imaginaba.

Caminé hasta la ventana.

La calle estaba vacía.

—¿Qué me hizo Edgar?

—No lo sé exactamente.

—Pero estuvo allí.

—Sí.

—Entonces vio lo que ocurrió.

—Vi suficiente.

Me giré.

—¿Qué vio?

Jefferson bajó la mirada.

—Usted despertó.

—¿Y?

—No recordaba nada.

—Eso ya lo sé.

—Pero había algo extraño.

—¿Qué?

Jefferson levantó la mirada.

—Recordaba cosas que nadie le había enseñado.

Fruncí el ceño.

—¿Como qué?

—Nombres.

—¿Qué nombres?

—Personas que todavía no conocía.

Eso me hizo detenerme.

—¿Qué personas?

Jefferson no respondió.

—¿Qué nombres?

—Edgar no quería decírmelo.

—¿Y usted?

—Yo sí quería saberlo.

—¿Los supo?

Jefferson asintió.

—Uno de ellos era mío.

Silencio.

—¿Qué?

Jefferson apretó las manos.

—Usted dijo mi nombre.

Lo miré fijamente.

—¿Cuándo?

—La primera vez que despertó.

—Yo era un niño.

—Sí.

—¿Y dije su nombre?

—Sí.

—¿Cómo?

Jefferson imitó una voz infantil.

—"Jefferson."

Se hizo silencio.

No sabía qué decir.

Aquello no tenía sentido.

Jefferson continuó:

—Después dijo otro nombre.

—¿Cuál?

Me miró.

—Lowlet.

—Ese es mi nombre.

—No.

Jefferson negó lentamente.

—No fue así.

—¿Entonces?

—Usted señaló a Edgar.

—¿Y qué dijo?

Jefferson tardó unos segundos en responder.

—Dijo:

—"Él no es quien parece."

No dije nada.

Entonces la puerta de mi casa se abrió ligeramente.

Jefferson se giró.

—¿La cerró?

—Sí.

Nos quedamos mirando.

La puerta estaba entreabierta.

Lilith comenzó a gruñir.

Me acerqué.

Abrí completamente.

No había nadie.

Solo el viento.

Miré el suelo.

Había otro papel.

Lo recogí.

Esta vez no tenía ninguna frase.

Solo una fecha.

17 de octubre.

Y debajo:

"Habitación 17."

Miré a Jefferson.

—¿Existe una habitación 17?

Su rostro cambió.

—Sí.

—¿Dónde?

—En la clínica.

—¿Qué había allí?

Jefferson se puso de pie.

—No debemos regresar.

—Eso ya lo dijo antes.

—Esta vez lo digo en serio.

—Yo también.

Tomé mi abrigo.

Jefferson negó con la cabeza.

—Lowlet...

—¿Sí?

—Si encuentra esa habitación...

Se quedó callado.

—¿Qué?

—Puede descubrir por qué desaparecieron las personas.

Lo miré.

—Entonces definitivamente voy.

Jefferson no respondió.

Lilith caminó hacia la puerta.

Me miró.

Después miró a Jefferson.

Y finalmente salió.

—Parece que tenemos compañía.

Jefferson tomó su abrigo.

—No debería ir.

—Entonces quédese.

—No.

—¿No?

—Si usted va...

Suspiró.

—Yo también voy.

Sonreí.

—Eso sí me parece una decisión sensata.

Salimos.

Mientras caminábamos hacia la clínica, Jefferson permaneció en silencio.

Yo tampoco dije nada.

Pero había una pregunta que no dejaba de repetirse en mi cabeza.

¿Por qué alguien había escrito "Habitación 17" después de tantos años?

Y más importante aún...

¿quién sabía que yo iba a encontrarla?Capítulo 10 — La habitación 17

La clínica parecía todavía más desagradable de noche.

No sé si alguna vez han notado que los lugares abandonados tienen una habilidad especial para verse peor cuando cae el sol.

De día parecen ruinas.

De noche parecen decisiones equivocadas.

Y nosotros estábamos a punto de tomar una.

Jefferson caminaba detrás de mí.

Lilith iba adelante.

—¿Está seguro de que conoce el camino? —pregunté.

—Sí.

—Porque llevamos diez minutos caminando en círculos.

—No estamos caminando en círculos.

Miré a mi alrededor.

Habíamos pasado frente al mismo árbol tres veces.

—Claro.

Continuamos.

Finalmente llegamos a la puerta.

La misma puerta oxidada.

La misma pared cubierta de plantas.

La misma sensación desagradable.

Jefferson se quedó quieto.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Está pálido.

—Estoy bien.

—Eso dicen las personas justo antes de desmayarse.

Jefferson me miró con irritación.

—Entre.

Abrí la puerta.

El pasillo estaba oscuro.

Encendí una pequeña linterna.

—Qué acogedor.

Jefferson no respondió.

Entramos.

Lilith avanzaba lentamente.

El silencio era casi absoluto.

Solo nuestros pasos.

Tac.

Tac.

Tac.

Llegamos al lugar donde había encontrado la fotografía.

La habitación estaba vacía.

La caja metálica seguía en mi bolsillo.

—La habitación 17 —dije.

Jefferson señaló el fondo.

—Por allí.

Caminamos.

Conté las puertas.

12.
13.
14.
15.
16.

Me detuve frente a la siguiente.

17.

La puerta estaba cerrada.

Jefferson no se movió.

—¿Qué había aquí?

—El laboratorio.

—¿Laboratorio?

—Edgar trabajaba aquí.

—¿Qué hacía?

—Experimentos.

—Eso ya lo sé.

—No.

Jefferson negó.

—No sabe ni la mitad.

Lo miré.

—Entonces cuénteme.

—Aquí Edgar intentaba separar los recuerdos de las personas.

—¿Separarlos?

—Decía que un recuerdo podía existir independientemente de la persona.

—Eso suena absurdo.

—Lo era.

—¿Funcionó?

Jefferson guardó silencio.

—Jefferson.

—No debería haber funcionado.

—Pero funcionó.

—Sí.

Miré la puerta.

—¿Conmigo?

—Sí.

Abrí.

La habitación estaba completamente oscura.

Entramos.

Había mesas cubiertas de polvo.

Instrumentos médicos oxidados.

Cables colgando del techo.

Y una enorme máquina al fondo.

Me acerqué.

Había una silla frente a ella.

La reconocí.

Me quedé inmóvil.

—Yo estuve aquí.

Jefferson no respondió.

Pasé la mano por el respaldo.

Una imagen apareció.

Yo sentado.

Edgar detrás de mí.

Jefferson junto a la puerta.

Y una mujer.

Una mujer que no reconocía.

—¿Quién es ella?

Jefferson se acercó.

Miró hacia donde señalaba.

Su rostro cambió.

—No puede ser.

—¿Quién?

—Ella murió.

—Eso no responde mi pregunta.

Jefferson tragó saliva.

—Su nombre era Elena.

—¿Qué hacía aquí?

—Trabajaba con Edgar.

La imagen desapareció.

Volví al presente.

Miré la máquina.

Había una pequeña pantalla.

Debajo, una etiqueta:

PACIENTE 01.

Sentí un escalofrío.

—¿Cómo funciona?

—No lo sé.

—¿Nunca la utilizó?

—No.

—Mentira.

Jefferson cerró los ojos.

—Una vez.

—¿Conmigo?

Asintió.

—Sí.

—¿Qué hicieron?

—Intentamos borrar un recuerdo.

—¿Cuál?

Jefferson me miró.

—El recuerdo de una muerte.

Me quedé quieto.

—¿Quién murió?

No respondió.

—¿Quién?

Jefferson miró hacia la máquina.

—Elena.

La mujer de la fotografía.

—¿Yo la maté?

—No.

—Entonces, ¿por qué querían borrar el recuerdo?

Jefferson no contestó.

De repente...

CLAC.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

Lilith comenzó a ladrar.

Me giré.

La puerta no se movía.

Jefferson corrió hacia ella.

—¡Está bloqueada!

—Qué inconveniente.

—¡Lowlet!

—Estoy pensando.

Miré la habitación.

La máquina.

La silla.

Los cables.

Y entonces vi algo.

Una luz roja se encendió.

BIP.

Jefferson retrocedió.

—No.

BIP.

La máquina comenzó a funcionar.

—¿Qué está haciendo?

—¡Apáguela!

—¿Cómo?

—¡No lo sé!

La pantalla se encendió.

Aparecieron unas palabras.

PACIENTE 01 DETECTADO.

Mi sonrisa desapareció.

Después apareció otra línea.

MEMORIA INCOMPLETA.

Y finalmente:

RESTAURACIÓN INICIADA.

La luz de la habitación se apagó.

Y escuché una voz.

La misma voz de la cinta.

—Bienvenido de nuevo, Lowlet.

No pude moverme.

Porque esta vez...

recordé quién era Edgar.Capítulo 11 — El recuerdo

La oscuridad duró apenas unos segundos.

Pero fueron suficientes.

Porque cuando las luces volvieron...

yo ya no estaba mirando la habitación.

Estaba mirando el pasado.

Tenía diez años.

Estaba sentado en aquella misma silla.

Mis manos eran pequeñas.

Mis pies ni siquiera tocaban el suelo.

Frente a mí estaba Edgar Vane.

Más joven.

Cabello oscuro.

Una bata blanca.

Y aquella misma expresión tranquila.

—¿Cómo te sientes, Lowlet?

Miré alrededor.

—Quiero irme.

Edgar sonrió.

—Lo sé.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Eso dijiste ayer.

Edgar soltó una pequeña risa.

—Eres impaciente.

Detrás de él estaba Jefferson.

Mucho más joven.

No parecía cómodo.

—¿Por qué él está aquí? —pregunté.

Edgar miró hacia atrás.

—Porque nos está ayudando.

—No quiero que me ayude.

Jefferson bajó la mirada.

—Lo siento.

Edgar se acercó.

—Lowlet, ¿recuerdas a Elena?

Negué con la cabeza.

—¿Quién es Elena?

Edgar sonrió.

—Exactamente.

La imagen cambió.

Ahora estaba en otra habitación.

Había una mujer frente a mí.

Elena.

Estaba llorando.

—No dejes que lo haga —me dijo.

—¿Qué?

—No dejes que Edgar borre tu memoria.

Me quedé mirándola.

—¿Por qué?

Ella se acercó.

—Porque si olvidas...

Miró hacia la puerta.

—Él gana.

La puerta se abrió.

Edgar entró.

Elena retrocedió.

—¿Qué haces aquí?

—Solo hablábamos.

Edgar miró hacia mí.

—¿Verdad, Lowlet?

No respondí.

—¿Qué te dijo?

Silencio.

Edgar se acercó.

—Puedes confiar en mí.

Entonces ocurrió.

Una imagen apareció dentro de mi cabeza.

Una casa.

Un incendio.

Una mujer gritando.

Y yo...

de pie frente a ella.

No podía entender lo que veía.

—¿Qué es esto?

Edgar se acercó.

—Tu recuerdo.

—¿De quién?

—De tu madre.

La imagen desapareció.

Abrí los ojos.

Estaba nuevamente en la habitación 17.

Jefferson me sujetaba por los hombros.

—¡Lowlet!

Lo aparté.

—No me toque.

Jefferson retrocedió.

Respiré profundamente.

La máquina seguía funcionando.

—Ahora recuerdo.

Jefferson me miró.

—¿Qué recuerda?

—Elena.

Su rostro palideció.

—¿Qué recuerda de ella?

—Que intentó ayudarme.

Jefferson cerró los ojos.

—Sí.

—Y Edgar la mató.

Jefferson no respondió.

—¿Verdad?

—Sí.

Silencio.

Miré la máquina.

—Pero eso no explica por qué borraron mi memoria.

Jefferson negó lentamente.

—Porque usted vio algo que no debía.

—¿Qué?

—Lo que Edgar estaba haciendo realmente.

Me acerqué.

—Explíquese.

Jefferson respiró profundamente.

—Edgar no quería borrar tus recuerdos.

—¿Entonces?

—Quería reemplazarlos.

Me quedé inmóvil.

—¿Con qué?

Jefferson miró la máquina.

—Con recuerdos de otras personas.

La máquina emitió un pitido.

La pantalla cambió.

MEMORIA RECUPERADA: 12%.

—¿Doce por ciento?

Jefferson palideció.

—Tenemos que salir.

—Todavía no.

—Lowlet...

—Quiero saber el resto.

La máquina volvió a emitir un sonido.

MEMORIA RECUPERADA: 13%.

Entonces la puerta se abrió.

No por nosotros.

Alguien estaba del otro lado.

Una silueta apareció en el pasillo.

Jefferson dio un paso atrás.

Lilith comenzó a gruñir.

Yo levanté la linterna.

—¿Quién es?

La figura permaneció inmóvil.

Después habló.

—Alguien que lleva mucho tiempo esperando que recuerdes.

Reconocí la voz.

No era Edgar.

No era Jefferson.

No era la voz de la grabación.

Era otra.

Una voz que había escuchado aquella noche frente a mi casa.

La figura dio un paso hacia nosotros.

—Y ahora que has empezado...

Hizo una pausa.

—ya no puedes detenerte.Capítulo 12 — El hombre del pasillo

La figura permaneció en la puerta.

No entró.

No parecía tener ninguna prisa.

Eso me molestó.

Las personas que aparecen misteriosamente en pasillos abandonados deberían tener la cortesía de presentarse.

—¿Quién es usted?

El hombre no respondió.

Jefferson dio un paso hacia atrás.

—No...

Lo miré.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—Eso empieza a convertirse en una costumbre bastante desagradable.

El hombre finalmente entró en la habitación.

La luz de la máquina iluminó parcialmente su rostro.

Era mayor.

Cabello gris.

Una cicatriz atravesaba su ceja izquierda.

Y llevaba un abrigo negro completamente empapado por la lluvia.

Lo observé.

—¿Nos conocemos?

—Tú no me recuerdas.

—Eso no es una respuesta.

—Para ti sí.

Jefferson se colocó delante de mí.

—No deberías estar aquí.

El hombre soltó una pequeña sonrisa.

—Tú tampoco, Jefferson.

—Esto terminó hace años.

—No.

Miró la máquina.

—Nunca terminó.

La pantalla seguía mostrando:

MEMORIA RECUPERADA: 13%.

El hombre se acercó.

—Todavía funciona.

—¿Quién eres? —pregunté nuevamente.

Esta vez respondió.

—Silas Crowe.

El nombre no me provocó ningún recuerdo.

—No te conozco.

—Lo sé.

—Entonces explíqueme por qué sabe quién soy.

Crowe me observó durante unos segundos.

—Porque fui yo quien te encontró.

Jefferson cerró los ojos.

—No le digas nada.

Miré a Jefferson.

—¿Encontrarme dónde?

Crowe respondió antes que él.

—En una casa incendiada.

Sentí un vacío en el estómago.

La imagen volvió.

Fuego.

Humo.

Una mujer.

Yo, siendo niño.

Y alguien llevándome en brazos.

—¿Quién estaba en la casa?

Crowe no contestó.

—¿Quién?

—Tu familia.

Silencio.

La máquina emitió otro pitido.

14%.

Me llevé una mano a la cabeza.

Una imagen.

Una voz.

Una mujer gritándome:

—¡Corre, Lowlet!

Después...

fuego.

Mucho fuego.

Me apoyé contra la mesa.

Crowe permaneció inmóvil.

—¿Qué me pasó?

—Sobreviviste.

—Eso ya lo sé.

—No.

Crowe negó.

—No sabes cómo sobreviviste.

Jefferson intervino:

—Silas, basta.

Crowe lo miró.

—¿Todavía quieres protegerlo?

—No sabes lo que estás haciendo.

—Sí lo sé.

Señaló la máquina.

—Por eso regresé.

Miré a Jefferson.

—¿Qué está ocultando?

—Nada.

—Miente.

Crowe sonrió.

—Siempre ha sido malo mintiendo.

Jefferson bajó la mirada.

Yo me acerqué a Crowe.

—Dígame la verdad.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces escucha con atención.

Crowe señaló la máquina.

—Edgar no fue quien comenzó todo esto.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué?

—Edgar solo continuó el trabajo.

—¿De quién?

Crowe me miró directamente.

—Mío.

La habitación quedó completamente silenciosa.

Jefferson cerró los puños.

—No.

Crowe continuó:

—Yo diseñé el primer procedimiento.

Miré la máquina.

—¿Y yo fui el primer paciente?

—No.

—¿Entonces qué fui?

Crowe sonrió.

—Fuiste el primer éxito.

La máquina emitió otro pitido.

15%.

Y entonces todas las luces de la clínica se encendieron al mismo tiempo.

Una después de otra.

Bip.

Bip.

Bip.

El pasillo quedó completamente iluminado.

Y por primera vez pude ver algo que antes no había visto.

En las paredes había fotografías.

Decenas.

Quizá cientos.

Personas.

Pacientes.

Todos con sus nombres debajo.

Caminé lentamente hacia la primera.

Después hacia la segunda.

Y luego hacia la tercera.

Hasta que encontré una fotografía que me hizo detenerme.

Un hombre.

Un nombre.

Una fecha.

PACIENTE 02 — EDGAR VANE.

Miré a Crowe.

—¿Edgar fue paciente?

—Sí.

—¿De qué?

Crowe no respondió.

Miré nuevamente la fotografía.

Entonces entendí que había estado buscando las respuestas en el lugar equivocado.

Yo no era solamente alguien que había pasado por aquella clínica.

También había sido parte de ella.

Y Edgar...

Edgar había estado exactamente donde yo estaba.

En aquella silla.

Bajo aquella máquina.

Escuchando las mismas preguntas.

Sufriendo el mismo procedimiento.

Pero había una diferencia.

Debajo de la fotografía de Edgar había una segunda línea.

Una anotación escrita a mano.

"Paciente 02 — rechazado."

Levanté lentamente la mirada.

—¿Qué significa "rechazado"?

Crowe sonrió.

—Significa que Edgar no pudo hacer lo que tú hiciste.

—¿Y qué hice yo?

Crowe miró la máquina.

—Sobrevivir al recuerdo de otra persona.

La pantalla volvió a cambiar.

MEMORIA RECUPERADA: 16%.

Y entonces apareció una última frase:

RECUERDO BLOQUEADO: ELENA.

Crowe dejó de sonreír.

Jefferson palideció.

Yo miré la pantalla.

—¿Qué tiene que ver Elena conmigo?

Nadie respondió.

Y eso...

me dio una respuesta mucho más clara que cualquier palabra.

Elena no había sido solamente una víctima.Capítulo 13 — Elena

—Elena no había sido solamente una víctima.

Lo dije en voz alta.

Nadie respondió.

Crowe permaneció junto a la máquina.

Jefferson miraba al suelo.

Y Lilith...

Lilith estaba mirando a Crowe.

—Bien —dije—. Como nadie parece tener intención de explicarme nada, voy a empezar por lo más sencillo.

Miré a Crowe.

—¿Quién era Elena?

—Una investigadora.

—Eso ya lo sé.

—Trabajaba con Edgar.

—También lo sé.

—Y contigo.

Fruncí el ceño.

—Yo tenía diez años.

—Sí.

—¿Qué podía hacer yo en un laboratorio?

Crowe sonrió ligeramente.

—Más de lo que imaginas.

—Eso empieza a sonar bastante ofensivo.

Jefferson intervino.

—Elena te cuidaba.

Lo miré.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Edgar estaba obsesionado contigo.

—¿Obsesionado?

—Decía que eras diferente.

—Todos parecen tener una opinión sobre mí.

Miré la máquina.

—¿Diferente cómo?

Jefferson respiró profundamente.

—Tus recuerdos no funcionaban como los de los demás.

—¿Qué significa eso?

—Cuando intentaban borrar algo...

Se detuvo.

—¿Qué?

—Aparecía otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Recuerdos de otras personas.

Miré a Crowe.

—¿Yo podía recordar la vida de otras personas?

Crowe asintió.

—No exactamente.

—Entonces explíquelo.

—No recordabas sus vidas.

—¿Qué recordaba?

—Sus últimos momentos.

La habitación quedó en silencio.

Miré la máquina.

—¿Por eso Elena está bloqueada?

Crowe no respondió.

—¿Qué vi?

—No lo sabes todavía.

—Entonces desbloquéelo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estás preparado.

Solté una pequeña risa.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Todos ustedes llevan años diciéndome lo que estoy preparado para saber.

Me acerqué a Crowe.

—Estoy cansado de eso.

Él me observó.

—Entonces recuerda por tu cuenta.

—¿Cómo?

Crowe señaló la máquina.

—La máquina no crea recuerdos.

—¿No?

—Los devuelve.

—Entonces quiero que me devuelva a Elena.

Crowe negó.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque Elena no está dentro de la máquina.

Miré a Jefferson.

—¿Dónde está?

Jefferson no respondió.

—¿Dónde está Elena?

Crowe habló.

—Muerta.

—Eso ya lo sé.

—No.

Crowe se acercó.

—No sabes cómo murió.

La máquina comenzó a emitir un sonido.

Bip.

La pantalla cambió.

MEMORIA RECUPERADA: 17%.

Las luces parpadearon.

Y entonces...

la recordé.

Elena estaba sentada conmigo en una habitación.

No parecía una científica.

Parecía cansada.

Tenía sangre en la manga.

—Lowlet.

—¿Sí?

—Escúchame.

—Quiero irme.

—Lo sé.

Se arrodilló frente a mí.

—Pero tienes que hacer algo.

—¿Qué?

Me entregó algo.

Una pequeña llave.

—Guárdala.

—¿Para qué?

—Cuando llegue el momento...

Miró hacia la puerta.

—abre la caja.

La imagen terminó.

Volví a la habitación.

Respiré profundamente.

Metí la mano en el bolsillo.

Saqué la pequeña caja metálica que había encontrado en la clínica.

La miré.

La misma caja.

Crowe la vio.

Su expresión cambió.

—¿Dónde encontraste eso?

—Aquí.

—Dámela.

—No.

Por primera vez, Crowe perdió la calma.

—Lowlet, dámela.

Sonreí.

—Ahora sí parece importante.

Jefferson se levantó.

—No la abras.

Lo miré.

—¿Por qué?

—Porque Elena la dejó para ti.

—Eso ya lo imaginaba.

—No sabes qué hay dentro.

—Precisamente por eso quiero abrirla.

Crowe dio un paso hacia mí.

Lilith se interpuso.

Comenzó a gruñir.

Crowe se detuvo.

Miró a la perra.

—Esa criatura...

—¿Qué?

—No debería estar aquí.

Miré a Lilith.

—Es una perra.

—No.

Crowe la observó fijamente.

—Ella estaba allí.

Sentí que el aire se detenía.

—¿Dónde?

Crowe no respondió.

Me acerqué.

—¿Dónde estaba Lilith?

Crowe miró a Jefferson.

Jefferson palideció.

Y entonces comprendí que acabábamos de descubrir otro secreto.

Uno que ninguno de los dos quería contarme.

Miré a Lilith.

Ella me miró.

Por primera vez desde que la conocí...

sentí que no estaba mirando a una simple mascota.

Estaba mirando a alguien que llevaba mucho tiempo esperando que yo recordara algo.

Saqué nuevamente la caja.

La cerradura estaba frente a mí.

Y entonces escuché una voz en mi cabeza.

La voz de Elena.

"Cuando llegue el momento, abre la caja."

Miré a Crowe.

—Creo que el momento llegó.

Y metí la mano en el bolsillo buscando una llave que, hasta hacía unos minutos...

ni siquiera recordaba tener.Capítulo 14 — La llave

Metí la mano en el bolsillo.

Nada.

Volví a buscar.

Nada.

Miré a Jefferson.

Después a Crowe.

—Un momento.

Saqué todo lo que llevaba encima.

La fotografía.

El papel.

Una moneda.

Dos caramelos.

Un recibo que no recordaba haber guardado.

Pero ninguna llave.

—Magnífico.

Miré a Lilith.

—¿Tú tienes una?

Lilith inclinó la cabeza.

Jefferson soltó una pequeña risa.

—¿De verdad está preguntándole a la perra?

—Es la única persona aquí en quien confío.

Crowe no parecía divertido.

—La llave no está contigo.

Lo miré.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nunca salió de la clínica.

—¿Dónde está?

Crowe señaló la caja.

—Dentro.

Miré la caja metálica.

—Eso es bastante poco práctico.

—Edgar la diseñó así.

—¿Por qué?

—Porque quería que solo pudieras abrirla cuando recordaras dónde estaba.

Me quedé mirando la caja.

—¿Y dónde estaba?

Crowe sonrió.

—Eso tienes que recordarlo tú.

—Empiezo a entender por qué nadie aquí tiene amigos.

Me senté frente a la máquina.

La pantalla seguía mostrando:

MEMORIA RECUPERADA: 17%.

—Entonces hagámoslo.

Jefferson se acercó.

—¿Qué va a hacer?

—Recordar.

—No puedes obligarte a recordar.

—Puedo intentarlo.

Cerré los ojos.

Nada.

Solo oscuridad.

Respiré.

Intenté pensar en Elena.

Nada.

Pensé en la habitación.

Nada.

Pensé en la caja.

Entonces apareció una imagen.

Yo era niño.

Estaba sentado debajo de una mesa.

Escuchaba voces.

Edgar discutía con alguien.

—No podemos continuar.

Era Elena.

—El procedimiento está dañando al niño.

—No lo está dañando.

—¡Míralo!

Silencio.

Después Edgar:

—Es el único que puede hacerlo.

—No es un experimento.

—Lo será hasta que funcione.

La imagen cambió.

Yo seguía debajo de la mesa.

Elena entró.

Se arrodilló frente a mí.

Tenía algo en la mano.

Una llave.

—Lowlet.

—¿Sí?

—¿Dónde está la caja?

—En mi habitación.

—¿Y dónde está tu habitación?

Señalé una puerta.

Elena sonrió.

—Muy bien.

Me entregó la llave.

—Cuando llegue el momento, tienes que encontrarla.

—¿Qué hay dentro?

Elena miró hacia la puerta.

—La verdad.

La imagen desapareció.

Abrí los ojos.

—Ya sé dónde está.

Jefferson me miró.

—¿Dónde?

—Mi habitación.

Crowe negó.

—Tu habitación ya no existe.

—Entonces tendremos que encontrar lo que queda de ella.

Me levanté.

Pero antes de salir, miré la máquina.

Había aparecido una nueva línea.

MEMORIA RECUPERADA: 18%.

Debajo:

UBICACIÓN DE LA CAJA: CONFIRMADA.

Crowe se quedó completamente quieto.

—¿Qué ocurre?

No respondió.

—Crowe.

—No puede ser.

—¿Qué?

Señaló la pantalla.

—La máquina acaba de reconocer tu recuerdo.

—¿Y?

—Eso significa que la habitación sigue allí.

Jefferson palideció.

—No...

Lo miré.

—¿Qué pasa?

—La casa.

—¿Qué casa?

Jefferson respiró profundamente.

—La casa donde encontré a Lowlet después del incendio.

Silencio.

—¿Dónde está?

Jefferson tardó unos segundos.

—Al norte del pueblo.

—¿Sigue en pie?

—No debería.

Sonreí.

—Entonces parece que tenemos otra visita pendiente.

Crowe negó.

—No vayas allí.

—¿Por qué?

—Porque si encuentras esa habitación...

Se detuvo.

—¿Qué?

Crowe me miró directamente.

—Vas a descubrir quién provocó el incendio.

Me quedé en silencio.

—¿Edgar?

—No.

—¿Entonces quién?

Crowe no respondió.

Jefferson cerró los ojos.

Y eso fue suficiente.

—Fue usted.

Jefferson levantó la mirada.

—No.

—Entonces dígame quién.

No respondió.

Tomé mi abrigo.

—Vamos.

Jefferson se puso de pie.

—Lowlet...

—¿Sí?

—Si vamos allí...

Miró a Lilith.

—Ella también tiene que venir.

Observé a la perrita.

—¿Por qué?

Jefferson tragó saliva.

—Porque Lilith estaba contigo aquella noche.

Miré a la perra.

Ella no se movió.

Y de repente recordé algo.

Dos ojos.

En medio del humo.

Una pequeña figura junto a mí.

Y una voz.

No humana.

Un ladrido.

Lilith.

La miré fijamente.

—Tú estabas allí.

Lilith bajó las orejas.

Yo sonreí.

—Bueno...

Abrí la puerta de la clínica.

—Parece que alguien lleva diez años guardando un secreto.

Y esta vez...

vamos a preguntarle directamente.Capítulo 15 — La casa quemada

La casa estaba lejos del pueblo.

Muy lejos.

Lo suficiente para que Jefferson dejara de hablar durante casi todo el camino.

Eso me pareció sospechoso.

También me pareció conveniente.

Hay personas que hablan demasiado cuando quieren esconder algo.

Jefferson, en cambio, hablaba demasiado cuando quería ocultarlo.

Así que aquel silencio era prácticamente una confesión.

Lilith caminaba delante de nosotros.

No parecía perdida.

De hecho, parecía saber exactamente hacia dónde iba.

—¿Siempre hace eso? —pregunté.

Jefferson miró a la perra.

—¿Qué cosa?

—Caminar como si conociera el camino.

—Lilith tiene buena memoria.

—Mucho mejor que la mía, aparentemente.

Jefferson no respondió.

Seguimos caminando.

Después de unos minutos, llegamos.

La casa ya no era una casa.

Solo quedaban algunas paredes ennegrecidas, parte del suelo y una chimenea cubierta de cenizas viejas.

Me quedé mirándola.

Algo dentro de mí se movió.

No era un recuerdo completo.

Era una sensación.

Calor.

Humo.

Miedo.

Y alguien gritando mi nombre.

—Aquí fue.

Jefferson habló detrás de mí.

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—La casa se incendió.

—Eso ya lo veo.

—Fue hace diez años.

Miré las ruinas.

—¿Quién estaba dentro?

Jefferson tardó demasiado en responder.

—Tu familia.

Bajé la mirada.

—¿Todos murieron?

—No.

Lo miré.

—¿Quién sobrevivió?

Jefferson no contestó.

—¿Quién?

—Tú.

Me quedé quieto.

—Eso ya lo sé.

—No.

Jefferson negó lentamente.

—No sabes lo que quiero decir.

—Entonces explíquese.

—Cuando llegamos...

Miró las ruinas.

—Solo había una persona viva.

—Yo.

—Sí.

—¿Y nadie más?

Jefferson bajó la mirada.

—No.

Caminé entre los restos.

Cada paso despertaba algo.

Una puerta.

Una mesa.

Una escalera.

Un pasillo.

Me detuve frente a una pared.

—Aquí estaba mi habitación.

Jefferson asintió.

—Sí.

Toqué la pared.

Y entonces lo recordé.

No todo.

Solo un instante.

Yo era un niño.

Estaba debajo de la cama.

Escuchaba gritos.

Una mujer decía:

—¡Corre!

Después un hombre.

—¡No lo dejes escapar!

Una puerta se abrió.

Yo salí corriendo.

Y entonces...

Lilith.

La vi.

Era apenas una cachorra.

Estaba escondida debajo de una mesa.

Me agaché.

La tomé en brazos.

Y corrí.

Abrí los ojos.

Lilith estaba frente a mí.

La miré.

Ella me miró.

—Tú estabas conmigo.

Movió la cola.

Jefferson se acercó.

—Sí.

—¿Quién estaba persiguiéndonos?

Jefferson no respondió.

—¿Quién?

—No lo vi.

—Miente.

—Lowlet...

—Siempre dice eso cuando no quiere responder.

Seguí caminando.

Encontré una pequeña abertura entre las piedras.

Me agaché.

Había algo debajo.

Una caja.

La saqué.

Era vieja.

Cubierta de ceniza.

La abrí.

Dentro había ropa quemada.

Una fotografía.

Y una pequeña llave.

La tomé.

Jefferson palideció.

—No.

Sonreí.

—¿La reconoce?

—Sí.

—¿De quién era?

—De Elena.

Miré la llave.

—Entonces parece que la memoria tenía razón.

Guardé la llave.

Pero antes de cerrar la caja encontré otra cosa.

Una hoja parcialmente quemada.

Solo quedaban unas líneas.

Las leí.

"Si Lowlet sobrevive..."

El resto estaba destruido.

Debajo aparecía otra frase:

"...no permitan que recuerde quién inició el incendio."

Miré a Jefferson.

Él estaba completamente pálido.

—¿Quién inició el incendio?

No respondió.

—Jefferson.

Silencio.

—¿Quién?

Finalmente levantó la mirada.

—No lo sé.

—Otra mentira.

—No.

—Entonces mírame y dilo.

Jefferson me miró.

—No fui yo.

Eso me sorprendió.

Porque por primera vez...

parecía decir la verdad.

Entonces Lilith comenzó a gruñir.

Miramos hacia el bosque.

Había alguien entre los árboles.

Una figura.

Quieto.

Observándonos.

Jefferson susurró:

—No...

—¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Quién es?

La figura comenzó a caminar hacia nosotros.

Un paso.

Otro.

Hasta que salió de entre los árboles.

Era un hombre.

Mayor.

Cabello completamente blanco.

Una cicatriz debajo del ojo.

El mismo hombre de la fotografía.

Sonrió.

—Hola, Lowlet.

Me quedé inmóvil.

Él miró a Lilith.

—Y veo que todavía conservas a la perrita.

Después miró a Jefferson.

—Tú también sobreviviste.

Jefferson retrocedió.

Yo apreté la llave dentro de mi mano.

—¿Quién eres?

El hombre sonrió.

—Pensé que ya habíamos pasado esa parte.

Hizo una pausa.

—Soy Edgar Vane.

Y entonces entendí algo.

Edgar Vane nunca había desaparecido.Capítulo 16 — El hombre que nunca desapareció

Nadie habló.

Edgar Vane estaba frente a nosotros.

Vivo.

Después de veinte años.

Miré a Jefferson.

Luego a Edgar.

Luego nuevamente a Jefferson.

—Tengo una pregunta.

Edgar sonrió.

—Adelante.

—¿No estaba usted muerto?

Edgar soltó una pequeña carcajada.

—Eso es lo que suele decir la gente cuando no me encuentra.

—No lo encontraron durante veinte años.

—Exactamente.

—Entonces supongo que tuvo unas vacaciones bastante largas.

Edgar sonrió.

—Más o menos.

Jefferson dio un paso adelante.

—¿Por qué regresaste?

Edgar lo miró.

—No regresé.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Esperándolo.

Sus ojos se dirigieron hacia mí.

—A él.

Sentí la llave dentro de mi bolsillo.

—¿Por qué?

—Porque finalmente encontraste la llave.

Jefferson palideció.

—No.

Edgar lo miró.

—Sí.

—No puedes hacerle esto otra vez.

Edgar inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Otra vez?

Lo miré.

—¿Qué quiere decir con eso?

Jefferson no respondió.

Edgar sí.

—Tu querido Jefferson todavía intenta protegerte.

—¿De qué?

—De la verdad.

—Todo el mundo en este pueblo parece estar enamorado de esa palabra.

Edgar comenzó a caminar alrededor de las ruinas.

—¿Sabes qué es lo curioso de los recuerdos?

—¿Qué?

—Que no desaparecen.

Se detuvo.

—Solo esperan.

—¿Y qué esperan?

Edgar me miró.

—Que llegue el momento adecuado.

Una ráfaga de viento atravesó las ruinas.

Las cenizas se levantaron.

Por un instante vi algo.

Una habitación.

Una mesa.

Elena.

Edgar.

Jefferson.

Y yo.

Pero esta vez había alguien más.

Un hombre parado detrás de la puerta.

No podía verle el rostro.

La imagen desapareció.

Me llevé una mano a la cabeza.

Edgar lo notó.

—Ya comenzó.

—¿Qué comenzó?

—Tu memoria.

—Eso ya lo sé.

—No.

Edgar sonrió.

—Todavía no sabes lo que estás recordando.

Saqué la llave.

—¿Esto abre qué?

Edgar miró la llave.

Su expresión cambió.

—La habitación de Elena.

Jefferson cerró los ojos.

—No...

—¿Dónde está?

Edgar señaló las ruinas.

—Debajo de esta casa.

Miré el suelo.

—¿Debajo?

—Había un sótano.

—No aparece en ningún mapa.

—Porque no debía aparecer.

Comencé a retirar algunas tablas quemadas.

Jefferson intentó detenerme.

—Lowlet, espera.

—No.

—No sabes qué hay abajo.

—Precisamente por eso quiero verlo.

Edgar observaba en silencio.

Finalmente encontramos una trampilla.

Estaba cubierta por tierra y ceniza.

La levanté.

Un olor húmedo salió del interior.

Había unas escaleras.

Bajé.

Jefferson me siguió.

Edgar también.

Lilith fue detrás de nosotros.

—Qué grupo tan encantador —murmuré.

Bajamos.

El sótano estaba intacto.

Demasiado intacto.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías.

Cientos.

Personas desaparecidas.

Algunas conocidas.

Otras no.

Y en el centro había una mesa.

Sobre ella había una caja.

La misma caja metálica.

Me quedé inmóvil.

—Pero yo la encontré arriba.

Edgar sonrió.

—No.

Miré la caja.

—¿Entonces?

—La encontraste allí porque alguien quería que la encontraras.

Jefferson miró a Edgar.

—¿Quién?

Edgar no respondió.

Me acerqué a la mesa.

La caja tenía una cerradura.

Saqué la llave.

La introduje.

Clic.

La tapa se abrió.

Dentro había una fotografía.

Una cinta.

Y una hoja.

Tomé la hoja.

Solo tenía una frase.

"Lowlet no fue el primer paciente."

Miré a Edgar.

—¿Entonces quién?

Edgar no respondió.

Tomé la fotografía.

Había un niño sentado en la misma silla de la clínica.

Un niño mucho más pequeño que yo.

Debajo de la fotografía:

PACIENTE 00.

Sentí que algo no estaba bien.

—¿Quién es?

Edgar se acercó.

Miró la fotografía.

Y por primera vez desde que lo conocí...

pareció tener miedo.

—Ese...

Se detuvo.

—Ese niño no debería seguir vivo.

Silencio.

Miré nuevamente la fotografía.

El niño tenía los ojos cerrados.

Pero debajo había una fecha.

17 de octubre.

La misma fecha.

Otra vez.

Entonces Lilith comenzó a ladrar.

No hacia Edgar.

No hacia Jefferson.

Hacia la pared.

Me acerqué.

Había una puerta oculta.

La abrí.

Detrás había una habitación pequeña.

Una silla.

Una mesa.

Y un espejo.

Me acerqué al espejo.

Mi reflejo me miró.

Pero durante un segundo...

no vi mi rostro.

Vi el rostro del niño de la fotografía.

Abrí los ojos.

El reflejo volvió a ser mío.

Edgar habló detrás de mí.

—Ahora entiendes por qué intentamos borrar tus recuerdos.

Me giré.

—No.

Lo miré directamente.

—Ahora quiero saber qué recuerdo había que borrar para que yo dejara de ser yo.

Edgar guardó silencio.

Y entonces, desde la cinta dentro de la caja...

se escuchó un sonido.

Clic.

La grabadora se encendió sola.

Una voz infantil comenzó a hablar.

Era mi voz.

Pero yo no recordaba haber dicho aquellas palabras.

—Si estás escuchando esto, significa que Edgar fracasó.

Edgar se quedó completamente inmóvil.

La voz continuó:

—Y significa que el Paciente 00 ya despertó.Capítulo 17 — El Paciente 00

La grabación continuó.

Mi propia voz llenó el sótano.

Una voz infantil.

Tranquila.

Demasiado tranquila para un niño que estaba hablando de algo que parecía haber ocurrido hacía muchos años.

—Si estás escuchando esto, significa que Edgar fracasó.

Silencio.

Después:

—Y significa que el Paciente 00 ya despertó.

La cinta siguió girando.

Crrr... crrr...

Nadie se movió.

Miré a Edgar.

Por primera vez, no parecía un hombre que tuviera respuestas.

Parecía un hombre que acababa de escuchar una amenaza.

—¿Quién es el Paciente 00?

Edgar no respondió.

—Te hice una pregunta.

—No debes saberlo.

—Eso ya me lo han dicho demasiadas veces.

Jefferson se acercó.

—Lowlet, escucha la grabación.

La voz infantil continuó.

—No confíes en Edgar.

Edgar cerró los ojos.

—No confíes en Jefferson.

Jefferson palideció.

Lo miré.

—Vaya.

—No fue así —dijo rápidamente.

—La cinta acaba de decir que no confíe en usted.

—Era un niño.

—Un niño bastante observador.

La grabación continuó.

—Y tampoco confíes en Elena.

Me quedé inmóvil.

Edgar abrió los ojos.

Jefferson retrocedió.

La voz siguió:

—Ella te dirá que quiere ayudarte.

Una pausa.

—Pero ella fue quien abrió la puerta.

La cinta terminó.

Clic.

Silencio.

Miré a Edgar.

—¿Qué puerta?

No respondió.

—¿Qué puerta abrió Elena?

Edgar respiró profundamente.

—No lo sé.

—Otra vez no.

—Esta vez es verdad.

—Entonces pregúntele a Jefferson.

Ambos se miraron.

Jefferson bajó la cabeza.

—Elena abrió la puerta del laboratorio.

—¿Qué había detrás?

—El Paciente 00.

—¿Era un niño?

—Sí.

—¿Quién?

Jefferson no contestó.

Me acerqué.

—¿Quién era?

—No lo sabemos.

—Pero tienen una fotografía.

—La fotografía apareció después.

—¿Después de qué?

Jefferson miró a Edgar.

Edgar negó lentamente con la cabeza.

—Después del incendio.

Me quedé quieto.

—¿El Paciente 00 provocó el incendio?

Edgar respondió:

—No.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—El Paciente 00 escapó.

—¿Y luego?

—Intentamos encontrarlo.

—¿Lo encontraron?

Edgar miró hacia la fotografía.

—Sí.

—¿Dónde?

Silencio.

Entonces Lilith comenzó a gruñir.

Todos miramos hacia ella.

Estaba frente al espejo.

El mismo espejo que había visto antes.

Pero ahora había algo escrito sobre el cristal.

No estaba allí hacía unos minutos.

Tres palabras.

MÍRATE MEJOR.

Me acerqué.

—¿Quién escribió eso?

Nadie respondió.

Limpié parte del polvo del espejo.

Miré mi reflejo.

Nada extraño.

Solo yo.

Mi rostro.

Mis ojos.

Mi cabello.

Entonces Lilith ladró.

Me giré hacia ella.

Volví a mirar el espejo.

Y esta vez...

mi reflejo no se movió.

Yo estaba quieto.

Él también.

Pero sonrió.

Sentí que el corazón me golpeaba el pecho.

Di un paso hacia atrás.

Mi reflejo permaneció exactamente donde estaba.

Edgar susurró:

—No...

Jefferson dijo:

—Lowlet, aléjate.

No pude.

Mi reflejo levantó lentamente una mano.

Y escribió sobre el cristal desde el otro lado.

PACIENTE 01.

Después borró las palabras.

Y escribió:

PACIENTE 00.

Sentí un frío recorrerme entero.

—¿Qué significa eso?

Edgar no respondió.

El reflejo volvió a escribir.

Esta vez:

NO SOY ÉL.

Me acerqué al espejo.

—Entonces, ¿quién eres?

El reflejo levantó la mirada.

Y movió los labios.

No escuché ninguna voz.

Pero entendí perfectamente lo que dijo.

"Tú."

El espejo se agrietó.

CRACK.

Lilith ladró.

Jefferson retrocedió.

Edgar gritó:

—¡SALGAN DE AQUÍ!

Demasiado tarde.

Una de las paredes del sótano comenzó a vibrar.

Después otra.

Y finalmente escuchamos algo detrás de nosotros.

Pasos.

Lentos.

Pesados.

Tac.

Tac.

Tac.

Me giré.

Al fondo del pasillo había una silueta.

Un niño.

Pequeño.

Descalzo.

Con la cabeza inclinada.

Edgar dejó de respirar por un instante.

—No puede ser...

El niño levantó lentamente la cabeza.

Tenía mis mismos ojos.

Y una sonrisa idéntica a la mía.

Me miró directamente.

—Llegaste tarde.

Sentí que el mundo se detenía.

Porque esa frase...

ya la había escuchado antes.

La había escuchado en la clínica.

La había escuchado en mis recuerdos.

Pero ahora sabía dónde.

La había dicho yo.Capítulo 18 — El niño

El niño no se movió.

Nosotros tampoco.

Durante unos segundos nadie pareció recordar cómo respirar.

Yo fui el primero en hablar.

—¿Quién eres?

El niño sonrió.

La misma sonrisa.

La mía.

—Ya lo sabes.

—No.

—Sí.

—No te conozco.

El niño inclinó la cabeza.

—Todavía.

Edgar retrocedió.

—Esto no puede estar pasando.

El niño lo miró.

—Tú dijiste lo mismo la primera vez.

Edgar palideció.

—¿Qué sabes de mí?

—Todo.

Jefferson se acercó lentamente.

—¿Dónde has estado?

El niño lo miró.

—Esperando.

—¿Esperando qué?

—A que Lowlet recordara.

Me giré hacia Jefferson.

—¿Por qué me llama Lowlet?

Jefferson no respondió.

El niño soltó una pequeña risa.

—Porque ese no es tu nombre.

El silencio fue absoluto.

—¿Cómo que no es mi nombre?

El niño señaló a Edgar.

—Él te lo dio.

Miré a Edgar.

—¿Es verdad?

Edgar cerró los ojos.

—Sí.

Aquella respuesta me golpeó más que cualquier otra cosa.

—Entonces...

Miré mis manos.

—¿Quién soy?

El niño caminó lentamente hacia mí.

—Eso es lo que has estado buscando desde que despertaste.

—¿Y tú tienes la respuesta?

—Sí.

—Dímela.

El niño se detuvo frente a mí.

—No aquí.

—¿Por qué?

Señaló el techo.

—Porque ellos están escuchando.

Miré hacia arriba.

Nada.

—¿Quiénes?

El niño sonrió.

—Los que todavía creen que esto es un experimento.

De repente escuchamos un ruido.

CLAC.

Una puerta se cerró en algún lugar del sótano.

Edgar se giró.

—Tenemos que irnos.

—¿Por qué?

—Porque ya saben que estás aquí.

—¿Quiénes?

Edgar no respondió.

El niño comenzó a caminar hacia una pared.

—Ven.

—¿Adónde?

—A casa.

—Esta no es mi casa.

El niño sonrió.

—Sí lo es.

Tocó la pared.

Una sección se abrió.

Detrás había un pasillo estrecho.

Oscuro.

—Por aquí.

Miré a Jefferson.

—¿Conocía esto?

—No.

Miré a Edgar.

—¿Y usted?

—Sí.

—¿Por qué nunca me habló de él?

Edgar no respondió.

Entré.

Lilith me siguió.

Jefferson detrás.

Edgar cerró la marcha.

Caminamos durante varios minutos.

El pasillo parecía no terminar nunca.

Finalmente llegamos a una habitación.

Había una cama pequeña.

Una mesa.

Un armario.

Y una pared cubierta de dibujos.

Me acerqué.

Eran dibujos infantiles.

La clínica.

La casa.

El incendio.

Elena.

Jefferson.

Edgar.

Lilith.

Y yo.

Pero había algo extraño.

En todos los dibujos aparecía una segunda figura.

Un niño idéntico a mí.

Me acerqué al último dibujo.

Era reciente.

La tinta todavía parecía fresca.

Mostraba la habitación donde estábamos.

Y cinco personas.

Yo.

Jefferson.

Edgar.

Lilith.

Y el niño.

Pero detrás de nosotros había una sexta figura.

Una mujer.

Elena.

Sentí un escalofrío.

—Ella está viva.

Edgar negó.

—No.

—Entonces ¿por qué aparece aquí?

El niño respondió:

—Porque ella nunca se fue.

Me giré.

—¿Qué significa eso?

El niño señaló una puerta.

—Abre.

La puerta llevaba a otra habitación.

Entré.

Había una mesa.

Sobre ella, una grabadora.

La encendí.

La voz de Elena apareció.

—Si estás escuchando esto, Lowlet...

Me quedé inmóvil.

—...entonces encontraste al Paciente 00.

Miré al niño.

—Pero hay algo que debes saber.

La voz de Elena continuó:

—El Paciente 00 no es una persona.

Silencio.

Jefferson cerró los ojos.

Edgar susurró:

—No...

La grabación siguió.

—Es un recuerdo.

Miré al niño.

El niño me miró.

—Y ese recuerdo...

La voz hizo una pausa.

—...pertenece a Lowlet.

La grabación terminó.

Nadie habló.

Entonces el niño se acercó a mí.

—Ahora entiendes.

—No.

—Sí.

—Si tú eres un recuerdo...

—Lo soy.

—Entonces ¿por qué puedo verte?

El niño sonrió.

—Porque todavía no has decidido si quieres olvidarme.

Sentí que algo se quebraba dentro de mi cabeza.

Una imagen apareció.

Elena.

Sangre.

La máquina.

Jefferson.

Edgar.

Y yo...

sosteniendo una llave.

Pero esta vez recordé algo que nunca había recordado antes.

Yo no fui el paciente de Edgar.

Yo fui quien pidió que comenzara el experimento.Capítulo 19 — La primera mentira

No.

Esa palabra fue lo único que pude decir.

—No.

El niño me miró.

—Sí.

—Yo tenía diez años.

—Exactamente.

—Un niño no pediría algo así.

—Tú sí.

Me aparté.

—¿Por qué?

El niño no respondió.

Miré a Edgar.

—Dime que está mintiendo.

Edgar permaneció en silencio.

—Edgar.

Nada.

—¡Dime que está mintiendo!

Edgar levantó la mirada.

—No está mintiendo.

Sentí que algo dentro de mí se hundía.

Jefferson se acercó.

—Lowlet...

—No.

Levanté una mano.

—No me digas ese nombre.

Jefferson se detuvo.

—Entonces dime cuál es mi nombre.

Silencio.

—¿Cuál es?

Edgar respondió:

—No lo sabemos.

Solté una risa seca.

—Magnífico.

Miré al niño.

—Entonces empieza desde el principio.

El niño se sentó sobre la cama.

—Tú encontraste a Elena.

—¿Dónde?

—En la casa.

—¿Qué casa?

—La que se incendió.

Me quedé quieto.

—Ella estaba herida.

El niño continuó.

—Tú intentaste ayudarla.

Una imagen apareció.

Yo, pequeño, arrodillado junto a Elena.

Ella tenía sangre en el rostro.

—No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Porque Edgar me encontrará.

—¿Quién es Edgar?

—Un hombre que quiere saber qué recuerdas.

La imagen cambió.

Edgar entrando.

Elena levantándose.

—¡Corre!

Yo corría.

Lilith detrás de mí.

Después...

el fuego.

Abrí los ojos.

—Elena no murió allí.

Jefferson negó.

—No.

—Entonces ¿qué pasó?

—La encontramos después.

—¿Dónde?

Jefferson miró a Edgar.

—En la clínica.

—¿Viva?

Edgar respondió:

—Sí.

—Entonces ¿quién murió?

Nadie respondió.

El niño habló.

—El hombre de la casa.

—¿Quién?

—Tu padre.

Silencio.

No sentí tristeza.

Eso fue lo más extraño.

Solo una ausencia.

Como si alguien hubiera arrancado una página de un libro y yo ni siquiera pudiera recordar qué decía.

—¿Por qué no lo recuerdo?

El niño me miró.

—Porque tú lo pediste.

—¿Por qué?

—Porque viste quién lo mató.

Me quedé inmóvil.

—¿Quién?

El niño señaló a Edgar.

Edgar no se movió.

—¿Edgar mató a mi padre?

—No.

El niño negó.

—Edgar llegó después.

—Entonces ¿quién?

El niño señaló hacia mí.

—Tú.

No entendí.

—Eso es imposible.

—No lo mataste con tus manos.

—Entonces ¿cómo?

—Le diste la información a la persona que lo mató.

Sentí que el aire se volvía pesado.

—¿Quién?

El niño sonrió.

—Elena.

Edgar dio un paso atrás.

—Eso no es verdad.

—Tú sabes que sí.

—¡Cállate!

El niño lo miró.

—Tú también estabas allí.

Me giré hacia Edgar.

—¿Qué ocurrió?

Edgar no respondió.

—¡¿Qué ocurrió?!

Finalmente habló.

—Tu padre descubrió lo que estábamos haciendo.

—¿Qué estaban haciendo?

—Los experimentos.

—¿Y?

—Intentó detenernos.

—¿Y Elena?

—Elena quería sacarte de allí.

—¿Y mi padre?

Edgar bajó la mirada.

—Tu padre amenazó con denunciarlo todo.

—Entonces...

Miré al niño.

—¿Yo le dije a Elena dónde encontrarlo?

El niño asintió.

—Sí.

—¿Y ella lo mató?

—Sí.

Sentí un vacío.

—¿Por qué?

El niño respondió:

—Porque tu padre quería matarte.

Silencio.

Edgar intervino.

—Tu padre creía que estabas enfermo.

—¿Lo estaba?

Edgar no respondió.

—¿Lo estaba?

—No.

—Entonces ¿por qué?

Edgar me miró.

—Porque él sabía lo que eras.

Mi expresión cambió.

—¿Qué soy?

Nadie respondió.

El niño se levantó.

Caminó hacia una pared.

Apartó una fotografía.

Detrás había una pequeña puerta.

La abrió.

Dentro había un espejo.

Pero este era diferente.

No mostraba mi reflejo.

Mostraba una escena.

Una casa.

Una mujer.

Un hombre.

Un niño.

Y Lilith.

Entonces entendí algo.

La historia que había estado intentando recordar...

no comenzaba en la clínica.

No comenzaba con Edgar.

Ni siquiera comenzaba conmigo.

Comenzaba con una familia.

Y con una decisión.

Una decisión que yo mismo había tomado cuando tenía diez años.

El niño se acercó al espejo.

—¿Quieres recordar el resto?

Lo miré.

—Sí.

—Entonces tendrás que aceptar algo.

—¿Qué?

Sonrió.

—Que quizás...

el hombre que estás buscando no es Edgar.Capítulo 20 — El hombre que buscamos

—Entonces, ¿a quién estamos buscando?

El niño no respondió inmediatamente.

Se acercó al espejo y apoyó una mano sobre el cristal.

—A alguien que estuvo aquí antes que todos nosotros.

—¿Quién?

—El hombre que empezó todo.

Miré a Edgar.

—¿Crowe?

El niño negó.

—No.

—¿Mi padre?

—Tampoco.

—Entonces dime quién.

El niño señaló el espejo.

La imagen cambió.

Apareció una fotografía antigua.

Un hombre joven.

Traje oscuro.

Cabello negro.

Una pequeña cicatriz sobre la ceja.

Lo reconocí.

—Crowe.

—Sí.

—Pero dijiste que no era él.

—No dije que no estuviera involucrado.

—Entonces explícate.

El niño señaló la fotografía.

—Crowe encontró a Edgar.

La imagen cambió.

Crowe entregándole unos documentos a Edgar.

—¿Qué documentos?

—Los primeros estudios.

—¿Sobre qué?

El niño me miró.

—Sobre ti.

Sentí un escalofrío.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá.

La imagen cambió otra vez.

Ahora aparecía mi padre.

Estaba discutiendo con Crowe.

No podía escuchar lo que decían.

Pero podía ver sus rostros.

Mi padre estaba furioso.

Crowe estaba tranquilo.

Entonces apareció Elena.

Ella entró en la habitación.

Mi padre la señaló.

Después señaló hacia mí.

Elena negó con la cabeza.

Y Crowe sonrió.

—¿Qué estaban discutiendo?

—Sobre ti.

—¿Qué querían?

—Que fueras parte del experimento.

—¿Y mi padre se negó?

—Sí.

—¿Y Elena?

—También.

—¿Entonces por qué siguieron?

El niño me miró.

—Porque tú aceptaste.

Me quedé inmóvil.

—Yo era un niño.

—Pero estabas cansado.

—¿De qué?

—De recordar.

El silencio se hizo pesado.

El niño continuó:

—Antes del incendio ya habías estado en la clínica.

—¿Cuántas veces?

—Dieciséis.

Miré la máquina.

Paciente 01.

—¿Por qué tantas?

—Porque cada vez recordabas algo diferente.

—¿Qué?

—Personas.

—¿Qué personas?

El niño sonrió.

—Personas que todavía no habían muerto.

Eso me hizo retroceder.

—¿Qué?

—Podías recordar cosas antes de que ocurrieran.

Jefferson habló por primera vez en varios minutos.

—Eso era lo que Edgar quería estudiar.

—¿Y Crowe?

—Crowe quería utilizarlo.

—¿Para qué?

Jefferson bajó la mirada.

—Para encontrar a alguien.

—¿A quién?

—A una persona que podía hacer lo mismo.

Miré al niño.

—¿El Paciente 00?

El niño negó.

—No.

—Entonces ¿quién?

—El original.

—¿Qué significa eso?

El niño señaló la pared.

Había una fotografía que no había visto antes.

Un hombre.

Muy joven.

Al lado, una mujer.

Y entre ellos...

un niño.

El mismo niño que estaba frente a mí.

—Ese soy yo.

—No.

El niño negó.

—Ese eres tú.

Lo miré.

—Entonces tú...

—Soy el recuerdo que quedó cuando tú olvidaste quién eras.

La habitación quedó en silencio.

Me acerqué a la fotografía.

Había una fecha.

17 de octubre de 2006.

Mi fecha de nacimiento.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—No.

El niño sonrió.

—Ahora entiendes.

—No.

—Sí.

—Yo nací ese día.

—Sí.

—Entonces ¿cómo puede existir una fotografía mía dentro de una clínica?

El niño respondió:

—Porque te estaban esperando.

Miré a Edgar.

—¿Desde antes de que naciera?

Edgar no contestó.

Miré a Jefferson.

Tampoco.

Entonces comprendí que había una pieza todavía más grande.

Algo que ninguno de ellos quería decir.

—Mi nacimiento no fue normal.

Silencio.

—¿Verdad?

Edgar cerró los ojos.

—No.

—¿Qué ocurrió?

Crowe apareció en la puerta.

No sabíamos cuánto tiempo llevaba allí.

—Eso...

Hizo una pausa.

—es precisamente lo que vinimos a descubrir.

Lo miré.

—¿Vinimos?

Crowe sonrió.

—Sí.

Miró al niño.

Después a mí.

—Porque tú no fuiste el experimento.

Señaló al niño.

—Tú eras el resultado.

Y entonces las luces se apagaron.

Esta vez...

no volvió a encenderse ninguna.Capítulo 21 — El resultado

La oscuridad volvió a tragarse la habitación.

No se veía absolutamente nada.

—¿Crowe?

Silencio.

—¿Edgar?

Nada.

—¿Jefferson?

Escuché su respiración.

—Estoy aquí.

—Perfecto. Por un momento pensé que todos habían decidido abandonarme en una habitación oscura. Qué considerados.

Lilith ladró.

—Sí, tú también estás aquí.

Entonces escuché un sonido.

Clac.

Una puerta cerrándose.

—¿Quién cerró la puerta?

Nadie respondió.

Encendí la linterna del teléfono.

El haz de luz iluminó la habitación.

Crowe había desaparecido.

Edgar también.

Solo quedábamos Jefferson, Lilith...

y el niño.

Miré al niño.

—¿Dónde están?

—Se fueron.

—¿Por qué?

—Porque ya no los necesitan.

—¿Quiénes?

El niño señaló hacia arriba.

—Ellos.

Miré el techo.

—¿Quiénes son "ellos"?

El niño no respondió.

Entonces escuchamos algo encima de nosotros.

Pasos.

Muchos.

Tac. Tac. Tac. Tac.

Jefferson se puso pálido.

—Tenemos que salir.

—¿Ahora sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque esa gente no viene a hablar.

—Eso lo suponía.

Corrimos hacia la salida.

El niño se quedó atrás.

Me detuve.

—¡Vamos!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque si salgo...

Miró sus manos.

—Desaparezco.

Me quedé quieto.

—Entonces no te dejo aquí.

El niño sonrió.

—Sabía que dirías eso.

Se acercó.

Y cuando tomó mi mano...

sentí un golpe de memoria.

Una habitación.

Una mujer.

Un hombre.

Un bebé.

Yo.

No.

No era yo.

Era otro niño.

Un bebé idéntico a mí.

Y junto a él estaba Elena.

Ella lloraba.

Crowe estaba detrás.

Edgar también.

Mi padre discutía con ellos.

—¡No se lo llevarán!

Crowe respondió:

—No es suyo.

—¡Es mi hijo!

—Precisamente.

La imagen cambió.

Mi padre tomó al bebé.

Intentó escapar.

Crowe lo alcanzó.

Elena se interpuso.

—¡Déjalos!

Crowe la apartó.

Después...

fuego.

La casa.

El incendio.

Mi padre.

El bebé.

Y yo...

Pero había algo imposible.

Había dos niños.

Uno estaba en brazos de mi padre.

El otro estaba en el suelo.

Me separé bruscamente del niño.

—¿Qué fue eso?

El niño me miró.

—Tu nacimiento.

—Había dos bebés.

—Sí.

—¿Quién era el otro?

—Tu hermano.

Sentí que no podía respirar.

—Yo no tengo un hermano.

—Ya no.

—¿Qué significa eso?

El niño bajó la mirada.

—Murió.

Silencio.

—¿Cuándo?

—Antes del incendio.

—¿Cómo?

El niño no respondió.

Entonces entendí.

—El experimento.

El niño asintió.

—Crowe intentó transferir sus recuerdos a ti.

Miré a Jefferson.

—¿Es verdad?

Jefferson estaba llorando.

—Sí.

—¿Y funcionó?

—Parcialmente.

Miré al niño.

—Entonces tú…

—Soy lo que quedó de él.

No pude responder.

Toda la historia había cambiado.

Yo no había estado intentando recuperar mis recuerdos.

Había estado recuperando los recuerdos de otra persona.

Mi hermano.

El niño se acercó.

—Por eso Edgar te llamó Paciente 01.

—¿Y Paciente 00?

El niño sonrió.

—Mi hermano.

Sentí un frío profundo.

—Entonces...

Miré hacia la puerta.

—¿Quién soy yo?

El niño respondió:

—El que sobrevivió.

—¿Y quién era él?

—El que debía sobrevivir.

De repente escuchamos un golpe.

¡BOOM!

La puerta se abrió violentamente.

Tres hombres entraron.

Vestían abrigos negros.

No dijeron nada.

Jefferson me agarró del brazo.

—¡Corre!

Corrimos.

El niño vino con nosotros.

Atravesamos el pasillo.

Uno de los hombres gritó:

—¡No dejen escapar al Paciente 01!

Otro respondió:

—¡El 00 también está con él!

Me detuve.

Miré al niño.

—¿Nos están buscando a los dos?

Él sonrió.

—Te dije que todavía no habías entendido.

—¿Qué?

—Ellos no quieren matarnos.

Los hombres se acercaban.

—¿Entonces qué quieren?

El niño me miró directamente.

—Quieren terminar el experimento.

Y entonces Lilith salió corriendo hacia una puerta lateral.

La puerta se abrió.

Detrás había una escalera.

—¡Por aquí!

Bajamos.

Uno de los hombres nos siguió.

Pero antes de que pudiera alcanzarnos...

Lilith se giró.

Gruñó.

Y el hombre se detuvo.

No por miedo.

Por reconocimiento.

—No...

Miró a la perra.

—La Unidad L-17.

Me quedé quieto.

—¿Qué acabas de decir?

El hombre retrocedió.

—No puede ser.

Miré a Lilith.

Ella enseñó los dientes.

Y comprendí que la perrita que había estado conmigo desde el principio...

también había formado parte del experimento.Capítulo 22 — L-17

—¿Qué significa L-17?

El hombre no respondió.

Lilith seguía gruñendo.

Yo la miré.

Era la misma perrita que había orinado mis flores, perseguido pájaros y robado comida de mi plato.

Ahora tres hombres vestidos de negro la miraban como si acabaran de encontrar un fantasma.

—Te hice una pregunta.

El hombre retrocedió.

—No debería existir.

—Eso tampoco responde.

El niño se acercó a Lilith.

Ella dejó de gruñir.

El hombre la señaló.

—Esa criatura estuvo en el laboratorio.

—¿Era un experimento?

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué era?

El hombre tragó saliva.

—Un rastreador.

Miré a Lilith.

—¿Un rastreador?

El niño respondió:

—La utilizaban para encontrarnos.

—¿A nosotros?

Asintió.

—A los recuerdos.

Eso era una frase que definitivamente no quería escuchar.

—¿Cómo puede un perro rastrear recuerdos?

El niño sonrió.

—No puede.

Miré al hombre.

—Entonces explíquese.

El hombre guardó silencio.

Uno de sus compañeros gritó:

—¡Tenemos que llevárnoslos!

El hombre levantó una mano.

—Espera.

Se acercó lentamente.

Lilith volvió a gruñir.

—No te acerques.

El hombre se detuvo.

—No quiero hacerles daño.

—Qué alivio.

—Quiero ayudarte.

—Eso dicen todos antes de hacer algo terrible.

El hombre respiró profundamente.

—Mi nombre es Viktor.

—¿Y trabajas para Crowe?

—Trabajaba.

—¿Dónde está Crowe?

Viktor miró hacia atrás.

—Se fue.

—¿A dónde?

—A buscar a Elena.

El niño se quedó inmóvil.

—¿Está viva?

Viktor lo miró.

—No exactamente.

La expresión del niño cambió.

—¿Qué significa eso?

—Que su cuerpo murió hace años.

—Entonces...

Viktor señaló mi cabeza.

—Pero parte de ella quedó dentro del sistema.

Sentí un escalofrío.

—¿Dentro de la máquina?

Viktor negó.

—Dentro de ti.

Silencio.

Miré al niño.

Él no parecía sorprendido.

—¿Por eso puedo recordarla?

—Sí.

—¿Y ella puede verme?

Viktor no respondió.

La respuesta estaba clara.

—¿Cómo la sacamos?

—No pueden.

—Todo se puede sacar.

—No esto.

—Entonces encontraremos otra forma.

Viktor me miró.

—No entiendes lo que llevas dentro.

—Últimamente escucho eso bastante.

—Llevas recuerdos de tres personas.

—¿Tres?

—Tu hermano.

Miró al niño.

—Elena.

Y después me señaló.

—Y tú.

Sentí un frío recorrerme.

—¿Tres personas dentro de mí?

—No exactamente.

Viktor se acercó.

—Los recuerdos de tu hermano y Elena están mezclados con los tuyos.

—¿Y cómo los separo?

—No puedes.

—¿Entonces por qué me buscaban?

—Porque Crowe descubrió algo.

—¿Qué?

Viktor miró a Lilith.

—Los recuerdos no están desapareciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Están evolucionando.

El niño sonrió.

—Te lo dije.

—¿Qué me dijiste?

—Que todavía no habías terminado de recordar.

Entonces la máquina comenzó a sonar desde algún lugar detrás de nosotros.

BIP.

BIP.

BIP.

Viktor palideció.

—Ya empezó.

—¿Qué?

—La transferencia.

—¿Transferencia de qué?

Viktor miró al niño.

—Del Paciente 00.

El niño dio un paso hacia mí.

—No.

—¿Qué ocurre?

Viktor levantó su arma.

—Si la transferencia termina...

Me miró.

—El niño desaparecerá.

El niño sonrió.

—Y yo despertaré.

Sentí un escalofrío.

—¿Quién despertará?

El niño me miró directamente.

—Tu hermano.

La máquina volvió a emitir un sonido.

BIP.

Y entonces escuché una segunda voz dentro de mi cabeza.

Una voz que no era la mía.

Una voz infantil.

"Hermano..."

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡Sal de mi cabeza!

El niño se acercó.

—No puedo.

—¡Sal!

—Porque siempre estuve aquí.

La habitación comenzó a girar.

Las paredes desaparecieron.

Vi la casa.

Vi el incendio.

Vi a Elena.

Vi a mi padre.

Vi a Edgar.

Vi a Crowe.

Y finalmente vi a dos niños.

Uno lloraba.

El otro dormía.

Elena los miraba.

Y decía:

—Solo uno de ustedes puede salir de aquí.

Abrí los ojos.

Viktor estaba frente a mí.

—Lowlet.

—¿Qué?

—Tenemos que irnos.

—¿Por qué?

—Porque Crowe ya llegó.

Miré hacia el pasillo.

Una silueta apareció al fondo.

Crowe.

Pero esta vez no estaba solo.

A su lado estaba una mujer.

Cabello oscuro.

Ropa blanca.

El rostro cubierto de sangre.

La reconocí inmediatamente.

No podía ser.

—Elena…

La mujer levantó la cabeza.

Y sonrió.

—Hola, Lowlet.Capítulo 23 — Elena

Nadie se movió.

Elena estaba al final del pasillo.

Viva.

O algo que se parecía bastante a estar viva.

La observé durante unos segundos.

—Esto empieza a ponerse ridículo.

Elena sonrió.

—Siempre fuiste así.

Me quedé inmóvil.

Esa voz.

Era exactamente la de mis recuerdos.

—¿Eres Elena?

—Sí.

—¿Estás viva?

Miró sus propias manos.

—Depende de lo que entiendas por viva.

—No me gustan las respuestas misteriosas.

—Lo sé.

Crowe dio un paso hacia nosotros.

—El tiempo se terminó.

Viktor levantó el arma.

—No te acerques.

Crowe lo ignoró.

—Lowlet debe venir conmigo.

—No.

Elena habló.

—No.

Todos la miramos.

Crowe giró lentamente hacia ella.

—Elena.

—Ya cometiste ese error una vez.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí sé.

Elena caminó hacia mí.

Lilith no gruñó.

Al contrario.

Se acercó a ella.

Elena se arrodilló y acarició su cabeza.

—Hola, pequeña.

Lilith movió la cola.

Miré a Viktor.

—¿Ella la conoce?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes del incendio.

Elena se levantó.

—Lilith fue quien te encontró aquella noche.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Y mi hermano?

Elena se quedó callada.

El niño apareció a mi lado.

—Ella sabe.

Elena lo miró.

Su rostro cambió.

—Tú…

El niño sonrió.

—Hola, Elena.

Ella dio un paso atrás.

—No puede ser.

—Me extrañaste.

—Te vi morir.

—Lo sé.

—Yo estaba allí.

—También lo sé.

Elena comenzó a llorar.

Me acerqué.

—¿Qué pasó con mi hermano?

Ella me miró.

—Tu hermano no murió.

El mundo pareció detenerse.

—¿Qué?

—Su cuerpo murió.

Miró al niño.

—Pero su memoria sobrevivió.

—Entonces él es real.

—Sí.

El niño sonrió.

—Te dije que estaba aquí.

Me llevé una mano al pecho.

—¿Por qué me hicieron esto?

Elena bajó la mirada.

—Porque Crowe quería salvarlo.

—¿Salvarlo?

—Tu hermano tenía una enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—No había cura.

Crowe intervino.

—Yo encontré una alternativa.

Elena lo miró con desprecio.

—Encontraste una forma de utilizar a dos niños.

—Encontré una forma de vencer a la muerte.

—No.

Elena negó.

—Encontraste una forma de esconderla.

Crowe se acercó.

—Y funcionó.

Elena respondió:

—No.

Miró hacia mí.

—Funcionó a medias.

—¿Qué significa eso?

—Tu hermano sobrevivió dentro de tus recuerdos.

El niño me miró.

—Y tú sobreviviste con los míos.

Me quedé en silencio.

Entonces entendí algo.

Durante años había pensado que mis recuerdos estaban incompletos.

No.

Estaban ocupados.

Elena se acercó.

—Hay una última cosa que debes recordar.

—¿Qué?

—Quién inició el incendio.

Miré a Jefferson.

Él cerró los ojos.

—No fue Edgar.

Miré a Crowe.

—Tampoco fue Crowe.

Elena negó.

—No.

—Entonces ¿quién?

Elena me miró directamente.

—Tú.

Silencio.

—No.

—Sí.

—Yo era un niño.

—Lo sé.

—¿Por qué incendiaría mi propia casa?

Elena respondió:

—Porque querías destruir el laboratorio.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Y mi padre?

Elena cerró los ojos.

—Estaba dentro.

—¿Lo sabía?

—Sí.

—Entonces...

Mi voz se quebró.

—¿Yo lo maté?

Elena negó.

—No.

—¿Quién?

Ella miró a Jefferson.

Jefferson comenzó a llorar.

—Yo.

Nadie habló.

—¿Tú?

Jefferson asintió.

—Tu padre intentó sacarte de allí.

—¿Y tú?

—Yo intenté detenerlo.

—¿Por qué?

—Porque Crowe me ordenó que te sacara.

—¿Y mi padre?

—Se interpuso.

—Entonces lo mataste.

Jefferson bajó la cabeza.

—Sí.

El niño se acercó a mí.

—Ahora recuerdas.

Las imágenes volvieron.

Mi padre.

Jefferson.

El fuego.

Lilith.

Elena.

Y yo corriendo.

Pero había algo más.

Una última imagen.

Antes de salir de la casa...

yo había dejado algo dentro.

Una pequeña caja.

La misma caja que acababa de encontrar.

Y dentro de ella había una fotografía.

La fotografía de mi hermano.

Pero debajo de la fotografía había escrito algo.

"Si algún día olvido quién soy, que él me lo recuerde."

Abrí los ojos.

Miré al niño.

—Tú no eres mi recuerdo.

Él sonrió.

—No.

—Eres mi hermano.

—Sí.

Por primera vez...

me sonrió como un niño.

No como un experimento.

No como un recuerdo.

Como mi hermano.

Entonces Crowe levantó un dispositivo.

—Ya basta.

La máquina comenzó a activarse.

Elena gritó:

—¡CORRE!

Crowe presionó el botón.

Y mi hermano desapareció.

No hubo explosión.

No hubo sangre.

Simplemente...

desapareció.

Me quedé mirando el lugar donde había estado.

—No...

Entonces escuché su voz dentro de mi cabeza.

"No te preocupes, hermano."

Una pausa.

"Ahora estoy completamente despierto."

Grupo 1

Capítulo 24 — Completamente despierto

—Ahora estoy completamente despierto.

La voz de mi hermano seguía dentro de mi cabeza.

Pero él ya no estaba frente a mí.

Miré el lugar donde había desaparecido.

Nada.

Solo polvo.

—Devuélvelo.

Crowe no respondió.

—Te dije que lo devuelvas.

—No puedo.

—Entonces aprende.

Crowe levantó el dispositivo.

—No entiendes lo que acabas de liberar.

—Mi hermano.

—No.

Crowe negó.

—Algo mucho más peligroso.

Elena se interpuso.

—Crowe, basta.

—Apártate.

—No.

Crowe la miró.

—Tú deberías estar muerta.

Elena sonrió.

—Y tú deberías haber aprendido a no jugar con cosas que no comprendes.

Crowe levantó el dispositivo.

Viktor disparó.

¡BANG!

El dispositivo cayó al suelo.

Crowe retrocedió.

—¡Viktor!

—Corre —me dijo.

No tuve que preguntarle hacia dónde.

Corrí.

Jefferson me siguió.

Elena también.

Lilith iba delante.

Detrás de nosotros comenzaron los disparos.

Corrimos por el pasillo.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

Elena respondió:

—A la habitación 17.

—¿Otra vez?

—Allí empezó todo.

—Y pensé que ya habíamos tenido suficiente con ese lugar.

Llegamos a las escaleras.

Subimos.

La clínica estaba completamente oscura.

Pero algo había cambiado.

Las puertas estaban abiertas.

Las luces parpadeaban.

Y de todas las habitaciones se escuchaban voces.

Decenas.

Cientos.

Personas hablando al mismo tiempo.

—¿Qué es esto?

Elena me miró.

—Los recuerdos.

—¿De quién?

—De todos los pacientes.

Miré las habitaciones.

En una escuché a una mujer llorando.

En otra, un hombre riendo.

En otra, un niño preguntando por su madre.

—¿Están vivos?

—No.

—Entonces...

—Son recuerdos que quedaron atrapados aquí.

Llegamos a la habitación 17.

La puerta estaba abierta.

La máquina estaba encendida.

La pantalla mostraba:

PACIENTE 01 — CONEXIÓN ESTABLE.

Debajo apareció otra línea:

PACIENTE 00 — DESPIERTO.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué significa eso?

Elena se acercó a la máquina.

—Tu hermano tomó el control.

—¿De la máquina?

—De todo el sistema.

Las luces se apagaron.

Después se encendieron.

Una por una.

La pantalla cambió.

TRANSFERENCIA COMPLETADA.

—¿Dónde está? —pregunté.

Elena me miró.

—Dentro de ti.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué?

—Tu hermano ya no necesita un cuerpo.

—Entonces está…

—En tus recuerdos.

Cerré los ojos.

Y lo escuché.

—Hermano.

—¿Dónde estás?

—En todas partes.

Abrí los ojos.

—¿Puedes oírme?

—Siempre pude.

—¿Por qué nunca hablaste?

—Porque no recordabas cómo escucharme.

Miré a Elena.

—¿Cómo lo saco?

—No puedes.

—¿Entonces qué hago?

Elena respondió:

—Aceptarlo.

—No.

—Lowlet...

—No quiero que viva dentro de mi cabeza.

Mi hermano respondió:

—Yo tampoco quería morir.

Silencio.

No pude responder.

Entonces la puerta se abrió.

Crowe apareció.

Estaba herido.

Pero sonreía.

—Ahora finalmente lo entiendes.

—¿Qué?

—Tu hermano no era el objetivo.

—¿Entonces quién?

Crowe señaló la máquina.

—Tú.

—Ya me lo dijeron.

—No.

Crowe negó.

—Todavía no lo entiendes.

Se acercó lentamente.

—Todo esto no fue para salvar a tu hermano.

Miró a Elena.

—Ni siquiera fue para estudiar los recuerdos.

Después me miró.

—Fue para crear algo que pudiera contenerlos.

—¿Contener qué?

Crowe sonrió.

—A todos.

Las luces se encendieron.

La máquina comenzó a vibrar.

En las pantallas aparecieron cientos de nombres.

Pacientes.

Desaparecidos.

Personas muertas.

Y finalmente...

mi nombre.

LOWLET — CONTENEDOR PRINCIPAL.

Sentí que mi hermano hablaba dentro de mi cabeza.

—Hermano...

—¿Qué?

—No dejes que te conecten.

Miré a Crowe.

—¿Qué pasará si lo hacen?

Mi hermano respondió:

—Todos los recuerdos de esta clínica entrarán en ti.

Y entonces comprendí por qué Crowe había pasado tantos años buscándome.

No quería recuperar mis recuerdos.

No quería recuperar a mi hermano.

No quería salvar a Elena.

Quería utilizarme como una prisión.

Una prisión para cientos de personas.

Crowe levantó la mano.

—Conéctalo.

Los hombres entraron.

Elena gritó:

—¡LOWLET, CORRE!

Pero esta vez...

no corrí.

Sonreí.

—No.

Crowe frunció el ceño.

—¿Qué dijiste?

Miré la máquina.

—Creo que olvidó algo.

—¿Qué?

Levanté la pequeña llave de Elena.

—Yo también sé cómo apagarla.

Y giré la llave.

Clic.

Toda la clínica quedó en silencio.

Y entonces...

algo respondió desde debajo del suelo.Capítulo 25 — Debajo de la clínica

El suelo tembló.

No mucho.

Lo suficiente para que una taza olvidada sobre una mesa comenzara a moverse.

Tac.

Tac.

Tac.

Crowe miró hacia abajo.

—¿Qué hiciste?

—No tengo la menor idea.

—¡Apaga la llave!

—Ya la apagué.

—¡No!

Sonreí.

—Entonces parece que tenemos un pequeño problema.

El suelo volvió a temblar.

Esta vez con más fuerza.

Las paredes comenzaron a agrietarse.

Jefferson sujetó a Elena.

—Tenemos que salir.

—Todavía no —dijo Elena.

—¿Por qué?

Señaló el suelo.

—Porque eso no estaba debajo de la clínica.

Crowe la miró.

—¿Qué quieres decir?

Elena respondió:

—Estaba debajo de la casa.

Todos guardamos silencio.

La casa quemada.

La clínica.

La habitación 17.

Todo estaba conectado.

Mi hermano habló dentro de mi cabeza.

—Hermano.

—¿Qué?

—No abras la puerta.

—¿Qué puerta?

Entonces apareció.

Una pequeña puerta en el suelo.

Nadie la había visto antes.

Tenía el mismo símbolo que aparecía en las fotografías de los pacientes.

Crowe retrocedió.

—No puede ser.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Nada.

—Eso nunca significa nada bueno.

La puerta comenzó a abrirse sola.

Creeeeec.

Debajo había una escalera.

Pero no descendía hacia una habitación.

Descendía hacia algo mucho más profundo.

Elena miró a Crowe.

—Tú sabías que estaba ahí.

—No.

—Mientes.

—Nunca pude abrirla.

—Porque necesitabas a Lowlet.

Crowe me miró.

—No.

Elena señaló la llave que todavía tenía en mi mano.

—Necesitabas la llave.

Miré la pequeña llave.

—¿Qué abre realmente?

Elena respondió:

—La primera puerta.

—¿Y qué hay detrás?

Ella tardó unos segundos.

—El primer experimento.

Bajamos.

No porque fuera buena idea.

Simplemente porque, aparentemente, nuestras malas decisiones todavía tenían espacio para mejorar.

La escalera parecía interminable.

Al llegar abajo encontramos un enorme espacio subterráneo.

No había máquinas.

No había cables.

No había científicos.

Solo una pared.

Y sobre ella...

miles de nombres.

Pacientes.

Uno debajo de otro.

Algunos tenían una fecha.

Otros estaban tachados.

Algunos tenían una palabra:

RECHAZADO.

FALLECIDO.

TRANSFERIDO.

Y finalmente encontramos uno que no tenía ninguna palabra.

Solo un nombre.

El mío.

LOWLET.

Debajo había una fecha.

17/10/2006.

Y debajo de esa fecha:

RESULTADO: INCOMPLETO.

Me acerqué.

—¿Incompleto?

Elena asintió.

—Sí.

—¿Qué me falta?

Mi hermano respondió:

—A mí.

Miré al niño.

Pero él no estaba allí.

Su voz venía desde mi cabeza.

—No necesitas verme para que esté contigo.

Entonces escuchamos un ruido.

Clac.

Algo se abrió detrás de la pared.

Una puerta secreta.

Crowe se acercó.

—No.

—¿Qué?

—No puede estar ahí.

La puerta terminó de abrirse.

Dentro había una habitación pequeña.

Y una silla.

La misma silla de la máquina.

Pero mucho más antigua.

Sobre ella había una fotografía.

La tomé.

Era una fotografía de un bebé.

Dos bebés.

Uno junto al otro.

Y detrás de ellos estaba Elena.

Pero había alguien más.

Un hombre.

No era Crowe.

No era Edgar.

No era mi padre.

Era un hombre que jamás había visto.

Excepto...

que había algo familiar en su rostro.

Miré a Elena.

—¿Quién es?

Ella no respondió.

Crowe sí.

—Tu abuelo.

Sentí que el silencio se volvía pesado.

—¿Mi abuelo?

—Él comenzó la investigación.

—¿Sobre qué?

Crowe miró la fotografía.

—Sobre una cosa que tu familia llevaba generaciones ocultando.

—¿Qué cosa?

Crowe me miró.

—Los recuerdos no siempre pertenecen a quienes los viven.

Mi hermano habló:

—Hermano...

—¿Qué?

—Hay algo más.

—¿Qué?

—Él también tenía recuerdos de otra persona.

Miré la fotografía.

—¿De quién?

Mi hermano guardó silencio.

Después respondió:

—De mí.

No entendí.

—Eso es imposible.

—Sí.

—¿Cómo podría tener recuerdos de ti antes de que nacieras?

La voz de mi hermano respondió:

—Porque yo...

Hizo una pausa.

—ya había vivido antes.

Elena cerró los ojos.

Crowe retrocedió.

Jefferson susurró:

—Dios mío...

Y por primera vez comprendí que el experimento no había comenzado conmigo.

Ni con mi hermano.

Ni siquiera con mi padre.

Había comenzado generaciones antes.Capítulo 26 — El recuerdo de otro hombre

—Había comenzado generaciones antes.

Nadie dijo nada.

Yo seguía mirando la fotografía.

Dos bebés.

Elena detrás.

Y aquel hombre desconocido.

Mi abuelo.

Pero había algo que no entendía.

—Mi hermano dijo que ya había vivido antes.

Elena bajó la mirada.

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sabemos.

—Eso es mentira.

—No tenemos todas las respuestas.

—Entonces dame las que tengas.

Elena respiró profundamente.

—Tu abuelo descubrió que algunas personas podían conservar fragmentos de recuerdos que no les pertenecían.

—¿Recuerdos de personas muertas?

—A veces.

—¿Y mi hermano?

—Tu hermano era diferente.

—¿Por qué?

—Porque no solo recordaba.

Elena me miró.

—Reconocía lugares donde nunca había estado.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué lugares?

—Esta clínica.

Miré alrededor.

—¿Mi hermano había estado aquí antes de nacer?

—Eso decía tu abuelo.

—¿Y ustedes le creyeron?

—Al principio no.

—¿Qué pasó?

Elena señaló la fotografía.

—Tu abuelo encontró una fotografía antigua.

—¿De qué?

—De un niño.

—¿Quién?

—Tu hermano.

Me quedé inmóvil.

—Eso no tiene sentido.

—La fotografía era anterior a su nacimiento.

Jefferson intervino:

—Tu abuelo pensó que era una coincidencia.

—¿Y no lo era?

—No.

—¿Qué descubrió?

Jefferson miró a Elena.

—Que el niño de la fotografía tenía el mismo rostro que tu hermano.

Miré nuevamente la fotografía.

—¿Dónde está esa otra fotografía?

Elena señaló la habitación.

—En la caja.

Busqué.

Había documentos.

Cintas.

Fotografías.

Finalmente encontré una.

La levanté.

Era una fotografía mucho más antigua.

Un niño estaba sentado frente a una casa.

El mismo rostro.

La misma mirada.

La misma cicatriz pequeña junto al ojo.

Y debajo:

17 DE OCTUBRE DE 1942.

Sentí que la fotografía se volvía pesada.

—Eso es imposible.

Mi hermano habló dentro de mi cabeza.

—No.

—¿Tú lo sabías?

—No completamente.

—¿Entonces qué sabes?

Silencio.

—Hermano.

—Creo que recuerdo esa casa.

Me quedé inmóvil.

—¿La casa de la fotografía?

—Sí.

—Pero tú nunca viviste allí.

—Lo sé.

—Entonces ¿cómo la recuerdas?

Mi hermano tardó unos segundos.

—Porque allí morí.

Dejé caer la fotografía.

Jefferson la recogió.

—¿Qué dijo?

—Que murió allí.

Elena palideció.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque esa casa desapareció hace más de ochenta años.

Crowe se acercó lentamente.

—No desapareció.

Elena lo miró.

—¿Qué sabes?

—Que sigue existiendo.

—¿Dónde?

Crowe señaló la fotografía.

—En el mismo lugar.

Jefferson negó.

—Eso es imposible.

Crowe sonrió.

—Hay muchas cosas imposibles esta noche.

Miré la fotografía.

Después la fecha.

Después a Crowe.

—¿Quieres llevarnos allí?

—No.

—Entonces, ¿por qué nos lo dices?

Crowe respondió:

—Porque ya estamos allí.

Sentí un escalofrío.

Miré alrededor.

La habitación subterránea comenzó a cambiar.

Las paredes desaparecieron.

La humedad desapareció.

La clínica desapareció.

Durante unos segundos...

estábamos dentro de una casa.

Una casa vieja.

Pero no estaba abandonada.

Había muebles.

Una chimenea encendida.

Fotografías familiares.

Y una mujer caminando por el pasillo.

Me quedé paralizado.

—¿Qué está pasando?

Elena me tomó del brazo.

—No te muevas.

—¿Por qué?

—Esto no es el presente.

—¿Entonces qué es?

Mi hermano respondió:

—Un recuerdo.

La mujer se detuvo.

Miró directamente hacia nosotros.

No podía vernos.

Pero parecía sentir nuestra presencia.

Después entró un niño.

El mismo niño de la fotografía.

Se acercó a ella.

—Mamá.

La mujer se arrodilló.

—¿Qué ocurre?

El niño señaló hacia una puerta.

—Hay alguien ahí.

La mujer se giró.

La puerta comenzó a abrirse.

Y detrás de ella...

apareció otro niño.

Yo.

No como adulto.

No como recuerdo.

Yo, con diez años.

Me quedé mirando.

—¿Qué hago aquí?

Elena susurró:

—No lo sé.

El niño que estaba dentro de la casa me miró.

Y entonces dijo algo que me hizo sentir un frío absoluto.

—Mamá...

Señaló hacia mí.

—Ese es el hombre que me va a matar.

La visión desapareció.

Volvimos a la habitación.

Nadie hablaba.

Yo respiraba rápidamente.

—¿Qué acaba de pasar?

Elena me miró.

—No lo sé.

—Pero mi hermano sí.

Cerré los ojos.

—Hermano.

Silencio.

—¿Qué significa esa visión?

Su respuesta llegó lentamente.

—No era una visión.

—Entonces ¿qué era?

—Un recuerdo.

—¿De quién?

Mi hermano respondió:

—Mío.

Y entonces comprendí que la próxima respuesta podía cambiar completamente la historia.

Porque si mi hermano recordaba haberme visto antes de morir...

entonces quizá nosotros dos no éramos los primeros.

Éramos simplemente los últimos.Capítulo 27 — Los que vinieron antes

La habitación quedó en silencio.

Yo seguía intentando ordenar lo que acababa de escuchar.

—Si no somos los primeros...

Miré a Elena.

—¿Cuántos hubo antes?

Ella no respondió.

Crowe caminó hasta la pared de fotografías.

—Cincuenta y tres.

—¿Cincuenta y tres qué?

—Personas.

Señaló los nombres.

—Cincuenta y tres intentos.

—¿Y todos tenían mis recuerdos?

—No.

—¿Entonces qué tenían?

Crowe me miró.

—Recuerdos de alguien que no conocían.

—¿De quién?

—Del mismo hombre.

Sentí un escalofrío.

—¿Mi hermano?

Crowe negó.

—No.

—Entonces ¿quién?

Crowe tomó una fotografía.

La limpió con la manga.

Era un hombre joven.

El mismo rostro que había visto en las fotografías antiguas.

—Él.

Miré la fecha.

1942.

—¿Quién es?

Crowe respondió:

—El primero.

—¿Su nombre?

—Aleksandr.

El nombre quedó flotando en la habitación.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

Crowe dejó la fotografía.

—Todo.

—Explícate.

—Aleksandr fue el primer hombre capaz de recordar vidas que no eran suyas.

—¿Vidas?

—No solo recuerdos.

Crowe señaló otra fotografía.

—Experiencias.

Después otra.

—Habilidades.

Otra.

—Miedos.

Y otra.

—Personalidades.

Me quedé inmóvil.

—¿Estás diciendo que una persona podía convertirse en otra?

—No.

Crowe negó.

—Estoy diciendo que podía llevar fragmentos de ellos dentro.

Mi hermano habló.

—Eso es lo que me pasó.

—¿A ti?

—Sí.

—¿Y a mí?

Silencio.

—También.

Miré a Elena.

—¿Entonces qué soy?

Elena respondió:

—El recipiente más estable que encontraron.

—Qué bonito.

Miré mis manos.

—¿Y mi hermano?

—El vínculo.

—¿Qué significa eso?

—Sin él, tus recuerdos se desordenan.

—¿Y sin mí?

Elena bajó la mirada.

—Él no puede permanecer.

Me quedé quieto.

Mi hermano habló.

—Por eso siempre estuvimos juntos.

—Nunca estuvimos juntos.

—Sí.

—No recuerdo haber vivido contigo.

—Porque me olvidaste.

Entonces apareció otro recuerdo.

Una habitación.

Dos camas.

Dos niños.

Yo y mi hermano.

Éramos pequeños.

Él estaba llorando.

Yo me senté junto a él.

—No llores.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De olvidarte.

Yo le di la mano.

—Nunca te voy a olvidar.

La imagen cambió.

La clínica.

La máquina.

Mi hermano sentado en la silla.

Yo detrás del cristal.

Elena llorando.

Y Edgar diciendo:

—Uno de los dos tiene que quedarse.

Mi hermano me miró.

—No quiero.

Yo golpeé el cristal.

—¡No!

Edgar activó la máquina.

Mi hermano gritó.

Y yo...

yo sonreí.

Abrí los ojos.

Retrocedí.

—No.

Elena me miró.

—¿Qué recordaste?

—Yo...

No podía hablar.

Mi hermano habló dentro de mi cabeza.

—Tú elegiste.

—No.

—Sí.

—Yo no te habría hecho eso.

—Lo hiciste para salvarme.

—No.

—Sí.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Qué hice?

La respuesta llegó.

—Me pediste que entrara en ti.

Silencio.

—¿Por qué?

—Porque sabía que iba a morir.

—¿Y tú aceptaste?

—Sí.

—¿Por qué?

Mi hermano respondió:

—Porque eras mi hermano.

Me quedé quieto.

Entonces comprendí la verdadera tragedia.

No me habían obligado.

No había sido simplemente una víctima.

Yo había elegido cargar con él.

Pero había algo que todavía no entendía.

—Entonces ¿por qué borraron mis recuerdos?

Elena respondió:

—Porque después ocurrió algo que nadie esperaba.

—¿Qué?

—Tu hermano no desapareció.

—Ya lo sé.

—No.

Elena negó.

—No entiendes.

Se acercó.

—Tu hermano empezó a recordar cosas que tú nunca habías vivido.

Crowe continuó:

—Y esas cosas nos llevaron hasta Aleksandr.

—¿Qué cosas?

Crowe me miró.

—Su muerte.

—¿La muerte de Aleksandr?

—Sí.

—¿Cómo murió?

Crowe tardó unos segundos.

—Lo mataron.

—¿Quién?

Crowe levantó la fotografía.

Detrás había una inscripción.

La leí.

"Asesinado por su propio hijo."

Sentí un escalofrío.

—¿Quién era su hijo?

Crowe no respondió.

Miró hacia mí.

Después hacia Elena.

Y finalmente dijo:

—Tu abuelo.

El silencio fue absoluto.

Porque entonces la historia dejaba de ser una investigación.

Se convertía en una familia.

Una familia que llevaba ochenta años matándose para esconder el mismo recuerdo.Capítulo 28 — La familia

La frase quedó suspendida en el aire.

Una familia que llevaba ochenta años matándose para esconder el mismo recuerdo.

Miré la fotografía de Aleksandr.

Después la inscripción.

Asesinado por su propio hijo.

—Mi abuelo mató a Aleksandr.

Crowe asintió.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Aleksandr quería recuperar algo.

—¿Qué?

Crowe señaló mi cabeza.

—A ti.

Me quedé inmóvil.

—Eso no tiene sentido. Mi abuelo murió antes de que yo naciera.

—No quería recuperarte a ti físicamente.

—Entonces ¿qué quería?

—El recuerdo.

—¿De quién?

Crowe respondió:

—De Aleksandr.

Elena se acercó.

—Tu abuelo descubrió que el recuerdo de Aleksandr había sobrevivido a su muerte.

—¿Dónde?

—En su propio hijo.

—Mi abuelo.

—Sí.

—Entonces...

Miré las fotografías.

—¿Mi abuelo tenía los recuerdos de Aleksandr?

—Al principio.

—¿Y después?

—Empezaron a desaparecer.

—¿Por qué?

Elena respondió:

—Porque intentó destruirlos.

Jefferson habló:

—Y eso fue lo que comenzó toda la investigación.

—¿La clínica?

—Mucho antes de la clínica.

Miré a Crowe.

—¿Quién construyó este lugar?

—Tu abuelo.

—¿Y luego?

—Edgar continuó su trabajo.

—¿Y Crowe?

Crowe sonrió.

—Yo descubrí cómo hacerlo funcionar.

—¿Y Elena?

—Ella intentó detenernos.

Elena negó.

—Intenté salvarte.

—¿A mí?

—A los dos.

Miré hacia el lugar donde había desaparecido mi hermano.

—¿Dónde está ahora?

Elena respondió:

—Contigo.

Cerré los ojos.

—Hermano.

—Estoy aquí.

—¿Recuerdas a Aleksandr?

Silencio.

—Sí.

—¿Qué recuerdas?

—Su muerte.

—¿Quién lo mató?

—Mi abuelo.

—¿Y por qué?

Mi hermano tardó en responder.

—Porque Aleksandr descubrió la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que los recuerdos no nacen con las personas.

Sentí un escalofrío.

—¿Entonces de dónde vienen?

—No lo sé.

—Tú sí lo sabes.

—No completamente.

—Dímelo.

La voz de mi hermano se volvió más débil.

—Hay algo debajo de la clínica.

Miré el suelo.

—Ya estamos debajo de la clínica.

—Más abajo.

—¿Qué hay?

—La primera habitación.

Crowe se acercó.

—No.

—¿Qué?

—No debes entrar allí.

—¿Por qué?

Crowe respondió:

—Porque esa habitación no fue construida por tu abuelo.

—¿Quién la construyó?

Crowe no respondió.

Elena sí.

—Nadie.

La miré.

—Eso no tiene sentido.

—Precisamente.

Se acercó a la pared.

Había una pequeña marca.

La misma marca de todas las fotografías.

—Esta habitación ya existía.

—¿Antes de la clínica?

—Antes de la casa.

—¿Antes de mi abuelo?

—Sí.

—¿Antes de Aleksandr?

Elena me miró.

—Sí.

Sentí un escalofrío.

—Entonces ¿quién la construyó?

Elena negó.

—Nadie lo sabe.

Mi hermano habló.

—Yo sí.

Todos nos quedamos inmóviles.

—¿Quién?

Su voz llegó claramente.

—No la construyeron.

—Entonces...

—La encontraron.

Silencio.

—¿Quién la encontró?

—Aleksandr.

Miré a Crowe.

—¿Qué encontró?

Crowe retrocedió.

Por primera vez parecía verdaderamente asustado.

—No quieres saberlo.

—Eso significa que quiero saberlo aún más.

Mi hermano respondió:

—Encontró una habitación llena de recuerdos.

—¿De quién?

—De personas que todavía no habían nacido.

Elena cerró los ojos.

—Y uno de esos recuerdos...

La miré.

—¿Cuál?

Ella señaló una fotografía.

La última de la pared.

Era reciente.

Mucho más reciente que todas las demás.

Mostraba a un hombre parado frente a la clínica.

Reconocí su rostro.

Era yo.

Pero la fecha debajo decía:

17 DE OCTUBRE DE 2042.

Me quedé helado.

—Eso es imposible.

Crowe susurró:

—Esa fotografía fue tomada mañana.

Silencio.

Miré nuevamente la imagen.

Yo estaba frente a la clínica.

Pero no estaba solo.

A mi lado había otra persona.

Un hombre mayor.

Cabello completamente blanco.

Una cicatriz debajo del ojo.

Reconocí el rostro.

Era el mismo hombre de la fotografía de 1942.

Aleksandr.

Mi hermano habló dentro de mi cabeza.

—Hermano...

—¿Qué?

—Ya sé por qué recordaba esa casa.

—¿Por qué?

—Porque todavía no hemos vivido esa parte de nuestra historia.

Y entonces entendí la verdadera naturaleza del misterio.

No estábamos recordando el pasado.

Estábamos recordando el futuro.Capítulo 29 — El recuerdo del mañana

Me quedé mirando la fotografía.

17 de octubre de 2042.

Yo.

La clínica.

Y Aleksandr.

Un hombre que llevaba muerto décadas.

—Eso no puede ser una fotografía del futuro.

Crowe no respondió.

—Dime que es falsa.

—No lo es.

—Entonces dime cómo fue tomada.

Crowe guardó silencio.

—Crowe.

—No lo sé.

—Por fin una respuesta honesta.

Elena tomó la fotografía.

La observó durante varios segundos.

—Hay algo extraño.

—¿Qué?

Señaló el fondo.

—Mira la ventana.

Me acerqué.

Detrás de nosotros había una ventana.

Y a través de ella se veía la clínica.

Pero no la clínica abandonada que teníamos delante.

Era otra.

Limpia.

Iluminada.

Funcionando.

Había personas entrando y saliendo.

—Esa clínica ya no existe.

—Exactamente —dijo Elena.

Jefferson se acercó.

—Entonces no es el futuro.

Lo miré.

—¿Qué quieres decir?

—Es un recuerdo del futuro.

—Eso suena todavía peor.

Mi hermano habló:

—No es un recuerdo.

—¿Entonces qué es?

—Una advertencia.

La fotografía comenzó a calentarse en mis manos.

La solté.

Cayó al suelo.

Y durante un instante apareció una imagen sobre ella.

Yo, dentro de la clínica.

Más viejo.

Con una herida en el rostro.

Frente a mí estaba Aleksandr.

Pero ahora podía escucharlos.

—¿Cuántas veces has intentado cambiarlo? —preguntaba Aleksandr.

Mi versión futura respondió:

—Todas.

—¿Y?

—Siempre termina igual.

La imagen cambió.

Edgar.

Después Crowe.

Después Elena.

Después Jefferson.

Todos muertos.

Y finalmente...

Lilith.

Tendida en el suelo.

Me quedé inmóvil.

—No.

La imagen continuó.

Mi versión futura sostenía una caja metálica.

La misma caja.

Y alguien decía:

—Si quieres salvarlos, tendrás que volver al principio.

La imagen desapareció.

La fotografía quedó completamente negra.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Mi hermano respondió:

—Que ya hemos vivido esto.

—¿Cómo?

—Porque alguien volvió atrás.

Miré a Elena.

—¿Quién?

Ella negó.

—No lo sé.

Crowe parecía estar pensando.

—Yo sí.

Todos lo miramos.

—¿Quién?

Crowe señaló la fotografía.

—Tú.

Sentí un escalofrío.

—¿Yo volví atrás?

—Sí.

—¿Para qué?

Crowe respondió:

—Para impedir que ocurriera el incendio.

Miré a Jefferson.

—Entonces...

—Sí —dijo él.

—¿Toda mi vida?

Elena asintió.

—Es posible que hayas vivido esta historia más de una vez.

Me quedé completamente quieto.

Todos los asesinatos.

La clínica.

Elena.

Mi hermano.

Jefferson.

La casa.

Todo.

Quizás no estaba descubriendo una historia.

Quizás estaba repitiéndola.

Mi hermano habló.

—Hermano.

—¿Qué?

—Hay algo que nunca te conté.

—¿Qué?

—Yo recuerdo la primera vez.

—¿La primera vez de qué?

—De todo.

—¿Qué ocurrió?

Su voz se volvió apenas un susurro.

—Tú moriste.

Sentí que el aire desaparecía.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Cómo?

—Intentaste detener a Aleksandr.

—¿Y él me mató?

—No.

—Entonces ¿quién?

Silencio.

—Yo.

Me quedé helado.

—¿Tú me mataste?

—En la primera versión de la historia.

—¿Por qué?

—Porque no eras tú.

—¿Qué quieres decir?

—Había algo dentro de ti.

—¿Qué cosa?

Mi hermano tardó en responder.

—El recuerdo de Aleksandr.

Miré a Crowe.

—¿Entonces qué pasó después?

Crowe respondió:

—Tu hermano te mató para impedir que Aleksandr regresara.

—¿Y luego?

—Murió contigo.

—¿Y Elena?

—Intentó reiniciar el experimento.

—¿Y lo consiguió?

Crowe señaló la fotografía.

—Eso que ves es el resultado.

Miré nuevamente la fecha.

2042.

—Entonces estamos atrapados en un ciclo.

Elena negó.

—No.

—¿No?

—Los ciclos se repiten exactamente.

Miró la fotografía.

—Esto no se está repitiendo.

—¿Entonces?

—Está cambiando.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué cambió?

Elena me miró.

—Lilith.

Miré a la perra.

Ella estaba sentada tranquilamente junto a la puerta.

—¿Qué tiene de especial?

Elena sonrió.

—En todas las versiones anteriores...

Hizo una pausa.

—Lilith moría antes de que llegáramos a esta habitación.

Lilith levantó la cabeza.

Y entonces ladró una sola vez.

Desde el otro lado de la pared...

alguien respondió.

Guau.

Todos nos quedamos inmóviles.

Otro ladrido.

Guau.

Elena palideció.

—No...

—¿Qué ocurre?

—Ese sonido...

Otro ladrido.

Esta vez más cerca.

Elena retrocedió.

—Ese no es Lilith.

Miré hacia la pared.

—Entonces, ¿qué es?

La pared comenzó a agrietarse.

Y desde el otro lado...

algo empezó a rascar.

Ras... ras... ras...

Mi hermano susurró:

—Hermano...

—¿Sí?

—No abras esa puerta.

Miré la pared.

—¿Por qué?

—Porque sé qué hay detrás.

El rasguño se detuvo.

Silencio.

Y una voz infantil habló desde el otro lado:

—Por fin me encontraron.Capítulo 30 — El otro lado

La voz volvió a hablar.

—Por fin me encontraron.

Nadie respondió.

Yo miré a Elena.

Ella estaba completamente pálida.

—¿Quién es? —pregunté.

—No lo sé.

Mi hermano respondió dentro de mi cabeza:

—Sí sabes.

—¿Quién?

—Es él.

—¿Aleksandr?

—No.

La pared volvió a crujir.

Crrr...

Una pequeña grieta apareció.

Después otra.

Algo estaba golpeando desde el otro lado.

Toc.

Toc.

Toc.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jefferson.

—Yo votaría por irnos —dije.

Elena negó.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Porque lleva años esperándonos.

—Eso no es precisamente un argumento para quedarnos.

Crowe se acercó a la pared.

—Tenemos que abrir.

—¿Estás loco?

—Quizás.

Crowe puso la mano sobre la grieta.

La pared dejó de moverse.

—No está intentando entrar.

—¿Entonces?

—Quiere que nosotros entremos.

Mi hermano habló:

—No.

—¿Qué pasa?

—Es una trampa.

—¿De quién?

—Mía.

Me quedé inmóvil.

—¿Tuya?

—De una parte de mí que no recuerdas.

La pared se abrió lentamente.

Detrás había un corredor.

No parecía antiguo.

Parecía nuevo.

Las paredes estaban limpias.

Había luces.

Cámaras.

Puertas de cristal.

Y al fondo...

una habitación.

Entramos.

Sobre una mesa había documentos.

Crowe tomó uno.

Su expresión cambió.

—¿Qué?

Le quité el documento.

Era un informe.

PROYECTO: LILITH.

Miré a la perra.

—No.

Elena se acercó.

Leyó la primera página.

—Esto comenzó antes del nacimiento de Lowlet.

Jefferson palideció.

—Entonces...

—Lilith no fue encontrada por casualidad —dijo Elena.

Miré a la perra.

—¿Quién la envió?

Nadie respondió.

Entonces una pantalla se encendió.

Apareció una grabación.

Un hombre sentado frente a una cámara.

Lo reconocí.

Era mi abuelo.

—Si alguien está viendo esto...

La grabación se distorsionó.

—...significa que el experimento ha llegado demasiado lejos.

Mi abuelo continuó:

—Los recuerdos no son el problema.

Pausa.

—El problema es quién puede recordarlos.

La pantalla cambió.

Aparecieron imágenes de varios pacientes.

Después apareció Lilith.

Era una cachorra.

La misma.

Pero junto a ella había una etiqueta:

L-17 — DETECTOR DE MEMORIA.

Me quedé mirando.

—¿Detector?

Mi abuelo continuó:

—L-17 no detecta personas.

Miró directamente a la cámara.

—Detecta recuerdos.

La grabación terminó.

Silencio.

Mi hermano habló:

—Ahora lo recuerdo.

—¿Qué?

—Lilith me encontró.

—¿Cuándo?

—Antes de que tú me encontraras a mí.

Miré a Lilith.

—¿Ella te encontró?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la primera habitación.

Elena se acercó.

—Eso significa que...

—¿Qué?

—Lilith conoce la entrada.

—¿Entrada a dónde?

La perra se levantó.

Caminó hasta el fondo de la habitación.

Se detuvo frente a una puerta.

Miró hacia nosotros.

Después ladró.

La puerta se abrió.

Detrás había una escalera.

Esta vez descendía.

Mucho más abajo.

Crowe miró a Elena.

—¿Sabes qué hay allí?

—No.

Mi hermano respondió:

—Sí.

—¿Qué hay?

—El origen.

—¿El origen de qué?

—De nosotros.

Bajamos.

La escalera parecía no terminar.

Mientras descendíamos, las luces comenzaron a apagarse una por una detrás de nosotros.

Hasta que solo quedó la luz frente a Lilith.

Finalmente llegamos.

Había una enorme puerta metálica.

No tenía cerradura.

No tenía manija.

Solo una inscripción:

MEMORIA ORIGINAL.

Crowe se quedó inmóvil.

—No puede ser.

—¿Qué?

—La habitación original fue destruida.

Elena negó.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca estuvo arriba.

Miró la puerta.

—Siempre estuvo aquí.

Entonces escuchamos una voz.

No era la de mi hermano.

No era la de Elena.

No era la de Crowe.

Era la voz de un hombre anciano.

—Lowlet.

Me acerqué.

—¿Quién eres?

La voz respondió:

—Soy el primero.

Mi hermano guardó silencio.

—¿Aleksandr?

—No.

La puerta comenzó a abrirse.

—Aleksandr fue solamente el primero que me recordó.

Sentí un escalofrío.

—Entonces ¿quién eres?

La puerta terminó de abrirse.

Dentro había una silla.

Una máquina.

Y un hombre sentado frente a ella.

Era viejo.

Muy viejo.

Pero su rostro...

era el mío.

Me quedé completamente inmóvil.

El hombre abrió los ojos.

—Hola, hijo.

No pude hablar.

Elena comenzó a llorar.

Crowe retrocedió.

Jefferson dejó caer su linterna.

Y Lilith...

se acercó tranquilamente al anciano.

El hombre la acarició.

—Llegaste con él.

Después me miró.

—Como siempre.

Sentí que mi corazón se detenía.

—¿Quién eres?

El anciano sonrió.

—Soy tú.

Pausa.

—Pero de la primera vez.Capítulo 31 — La primera vez

No pude apartar la mirada del anciano.

—Eso no es posible.

El hombre sonrió.

—Has dicho eso muchas veces.

—¿Cuántas?

—Todas.

—¿Todas qué?

—Todas las veces que llegaste hasta aquí.

Miré a Elena.

Ella no podía ni hablar.

Crowe, en cambio, parecía haber entendido algo.

—El ciclo...

El anciano lo miró.

—No es un ciclo.

—Entonces ¿qué es?

—Un intento.

—¿De qué?

El anciano señaló la máquina.

—De corregir un error.

Me acerqué.

—¿Qué error?

El anciano me miró directamente.

—Yo.

Silencio.

—¿Tú eres el error?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque fui el primero en recordar algo que nunca debí recordar.

—¿Qué?

El anciano señaló la pared.

La pared se iluminó.

Apareció una imagen.

Un mundo completamente diferente.

No había clínica.

No había máquinas.

No había ciudades.

Solo una enorme extensión de oscuridad.

Y en medio...

una puerta.

—¿Qué estoy viendo?

—El lugar donde comenzaron los recuerdos.

—¿Dónde es?

—No tiene nombre.

—¿Existe?

—Sí.

—¿Dónde?

—Dentro de todos nosotros.

Me quedé mirándolo.

—Eso no tiene sentido.

—La memoria no necesita sentido.

—Necesita una explicación.

—Eso es lo que llevo ochenta años intentando darte.

El anciano se levantó.

Caminaba lentamente.

—Cuando tenía diez años, encontré aquella puerta.

—¿La misma?

—La misma.

—¿Qué había detrás?

—Yo.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Entré.

Pausa.

—Y me encontré a mí mismo.

Elena susurró:

—Dios mío.

—¿Era otro tú?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo maté.

Silencio.

—¿Mataste a tu propio yo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque él me dijo que yo iba a destruirlo todo.

Miré a Crowe.

—¿Y lo hiciste?

El anciano sonrió.

—Todavía no.

Mi hermano habló dentro de mi cabeza.

—No le creas.

El anciano giró la cabeza.

—Siempre fuiste desconfiado.

Me quedé helado.

—¿Puedes escucharlo?

—Claro.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de que naciera.

—¿Cómo?

El anciano respondió:

—Porque yo fui quien puso su recuerdo dentro de ti.

Mi respiración se detuvo.

—¿Qué?

Elena se acercó.

—¿Tú hiciste el experimento?

—Yo lo comencé.

Crowe negó.

—No.

El anciano lo miró.

—Tú solamente aprendiste a copiarlo.

—¿Entonces Aleksandr?

—Mi hijo.

—¿Mi abuelo?

—Su hijo.

Sentí que todo encajaba.

Aleksandr.

Mi abuelo.

Mi padre.

Yo.

Mi hermano.

Una línea familiar.

Una misma memoria.

Una misma maldición.

—Entonces todos ustedes...

—Intentaron escapar de mí.

—¿Por qué?

El anciano me miró.

—Porque cada generación heredaba mis recuerdos.

—¿Y yo?

—Tú fuiste el primero que intentó romper la cadena.

—¿Cómo?

—Tu hermano.

El anciano señaló el lugar donde yo sentía su presencia.

—Él fue tu intento.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando descubriste que ibas a heredar mis recuerdos, decidiste dividirlos.

—¿En mi hermano?

—Sí.

—¿Y por qué murió?

El anciano bajó la mirada.

—Porque no se puede dividir una memoria sin destruir una parte de la persona.

Mi hermano habló:

—Yo acepté.

—Lo sé.

—¿Por qué?

El anciano respondió:

—Porque ustedes dos eran diferentes.

Lo miré.

—¿Diferentes cómo?

El anciano sonrió.

—Tú querías olvidar.

Pausa.

—Él quería recordar.

Entonces entendí.

No había dos hermanos luchando por sobrevivir.

Había dos partes de una misma persona intentando decidir cuál de ellas debía continuar.

Miré a mi hermano.

—¿Entonces cuál de los dos soy yo?

Su voz respondió:

—Los dos.

La máquina comenzó a encenderse.

BIP.

BIP.

BIP.

El anciano se sentó.

—Ahora viene la última parte.

—¿Cuál?

—La elección.

—¿Qué elección?

—Puedes seguir siendo tú.

La máquina brilló.

—O puedes recordar todo.

Miré a Elena.

Después a Jefferson.

Después a Lilith.

Finalmente cerré los ojos.

Mi hermano estaba allí.

—¿Qué harías tú?

Su respuesta fue inmediata.

—Recordaría.

Abrí los ojos.

—Entonces recordaré.

El anciano sonrió.

—Sabía que dirías eso.

—¿Por qué?

—Porque ya lo dijiste.

La máquina se activó.

Y por primera vez...

recordé absolutamente todo.Capítulo 32 — Todo

No fue como recordar una conversación.

Ni un rostro.

Ni una tarde perdida.

Fue como abrir una puerta y descubrir que detrás había toda mi vida.

Todo ocurrió al mismo tiempo.

Mi nacimiento.

Mi hermano.

Mi padre.

Elena.

Crowe.

Edgar.

La clínica.

La casa.

Lilith.

Las muertes.

Las mentiras.

Los experimentos.

Y entonces vi algo que no había visto nunca.

Yo mismo.

Pero no el Lowlet que conocía.

Uno mucho más joven.

Estaba frente a la primera puerta.

Y detrás de él estaba el anciano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el anciano.

El joven Lowlet respondió:

—Terminándolo.

—No puedes.

—Sí puedo.

—Si destruyes los recuerdos, perderás a tu hermano.

El joven sonrió.

—Entonces no los destruiré.

—¿Qué harás?

—Los esconderé.

La imagen cambió.

Vi al joven Lowlet entrar en la habitación.

Vi a mi hermano.

Vi a Elena.

Vi a Lilith.

Y entonces entendí.

No había sido Crowe quien comenzó el experimento conmigo.

No había sido mi abuelo.

Ni siquiera el anciano.

Había sido yo.

Yo había diseñado el último intento.

Yo había creado el plan.

Yo había pedido que borraran mis recuerdos.

Yo había decidido olvidar.

Porque había descubierto algo terrible.

Si recordaba todo...

el anciano podía regresar.

No físicamente.

A través de mis recuerdos.

Era una especie de puerta.

Mientras yo recordara quién era él, podía encontrarme.

Por eso había olvidado.

Por eso mi hermano había quedado dentro de mí.

Por eso Elena había desaparecido.

Por eso Lilith me había acompañado.

Todo tenía un propósito.

Pero había una cosa que nunca había previsto.

Mi hermano.

—Hermano.

—Estoy aquí.

—¿Sabías todo esto?

—No.

—¿Entonces por qué me ayudaste?

—Porque aunque no recordara por qué...

sabía que eras mi hermano.

Sentí algo extraño.

No era tristeza.

Era alivio.

Por primera vez desde que había comenzado todo...

algo tenía sentido.

El anciano se levantó.

—Ahora sabes la verdad.

—Sí.

—Entonces puedes detenerlo.

—¿Detener qué?

El anciano señaló la máquina.

—A mí.

La máquina comenzó a vibrar.

Elena gritó:

—¡Lowlet!

Me giré.

Crowe estaba intentando alcanzar los controles.

Jefferson lo sujetó.

—¡No!

—¡Si destruye la máquina, todos morirán!

—¡Ya están muertos!

Crowe lo golpeó.

Lilith comenzó a ladrar.

La máquina empezó a calentarse.

Mi hermano habló:

—Tenemos que decidir.

—¿Qué?

—Si destruimos esto...

—¿Qué pasa?

—Todos los recuerdos desaparecerán.

—¿Incluyéndote?

Silencio.

—Sí.

Miré a mi hermano.

—No.

—Es la única forma.

—Tiene que existir otra.

—No existe.

El anciano sonrió.

—Siempre buscas otra opción.

—Porque la primera suele ser horrible.

—Ese fue siempre tu problema.

—¿Cuál?

—Te importan demasiado las personas.

Me reí.

—Eso sí que no me lo esperaba.

Elena se acercó.

—Lowlet...

La miré.

—¿Tú también desaparecerías?

Ella asintió.

—Sí.

Miré a Jefferson.

—¿Y tú?

Jefferson sonrió tristemente.

—Yo ya debería haber desaparecido hace mucho.

Lilith se acercó a mí.

La acaricié.

—¿Y ella?

Nadie respondió.

Miré a Lilith.

Ella me observó.

Después miró la máquina.

Y volvió a mirarme.

Mi hermano habló:

—Ella sabe.

—¿Qué sabe?

—Que tiene que terminar.

La máquina comenzó a emitir un sonido agudo.

BIIIIIIIIP.

El anciano caminó hacia mí.

—Ahora.

—¿Ahora qué?

—Decide quién quieres ser.

—¿Y si no quiero ser ninguno?

El anciano sonrió.

—Entonces serás libre.

Miré la máquina.

Mi hermano.

Elena.

Jefferson.

Lilith.

Todo lo que había perdido.

Todo lo que había encontrado.

Y finalmente comprendí la última mentira.

No necesitaba recuperar mis recuerdos.

Necesitaba dejar de pertenecerles.

Extendí la mano.

—Hermano.

—Sí.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte.

Él respondió:

—Siempre iba a hacerlo.

Cerré los ojos.

Y apagué la máquina.

Silencio.

La luz desapareció.

La voz del anciano también.

Elena desapareció.

Jefferson desapareció.

Crowe cayó al suelo.

Las fotografías se volvieron blancas.

Y mi hermano...

dejó de hablar.

Me quedé solo.

Solo yo.

Y Lilith.

La miré.

—Bueno...

Suspiré.

—Supongo que ahora tenemos que volver a casa.

Lilith movió la cola.

Salimos de la habitación.

Pero antes de cerrar la puerta...

escuché una última voz.

No era mi hermano.

No era el anciano.

Era la mía.

Una versión de mí mucho más joven.

—No abras la segunda puerta.

Me detuve.

Miré a Lilith.

Ella también se había detenido.

Al fondo del pasillo había aparecido una puerta que antes no estaba.

Sobre ella había una pequeña placa.

SEGUNDO EXPERIMENTO.

Suspiré.

—Por supuesto.

Lilith ladró.

—Yo tampoco quería seguir.

La puerta se abrió sola.

Y detrás...

había alguien esperando.Capítulo 33 — El segundo experimento

La puerta estaba abierta.

No había nadie detrás.

Al menos, eso parecía.

—No vamos a entrar.

Lilith me miró.

—No.

Movió la cola.

—Esta vez estoy hablando en serio.

Di un paso hacia atrás.

La puerta se cerró.

Clac.

Perfecto.

Problema resuelto.

O eso pensé.

Entonces escuché:

—¿Ya terminaste?

Me giré.

Un hombre estaba sentado en una silla al final del pasillo.

No lo había visto llegar.

Vestía un traje gris y sostenía una taza de té.

—¿Quién eres?

—Alguien que lleva mucho tiempo esperándote.

—Eso empieza a convertirse en una costumbre bastante molesta.

El hombre sonrió.

—Me llamo Arthur.

Lilith gruñó.

—No le caes bien.

—Nunca le caí bien.

—¿Conoces a Lilith?

—La conozco desde antes que tú.

Me puse serio.

—¿Qué sabes de ella?

Arthur dejó la taza sobre una mesa.

—Sé que no es un perro.

Miré a Lilith.

—Eso ya me lo habían dicho.

—No exactamente.

Arthur se levantó.

—Lilith fue creada para acompañar al primer experimento.

—¿Al anciano?

—Sí.

—Entonces ¿por qué me sigue a mí?

Arthur sonrió.

—Porque tú eres el segundo.

—¿Segundo qué?

—Segundo intento de crear una persona capaz de recordar más de una vida.

—No soy un experimento.

—Eso es lo que te hicieron creer.

—¿Y mi hermano?

—El tercer intento.

Me quedé quieto.

—Entonces no era mi hermano.

Arthur negó.

—Lo era.

—Pero dijiste que era un experimento.

—Puede ser ambas cosas.

—¿Y el primer experimento?

Arthur señaló la puerta.

—Sigue vivo.

Miré la puerta.

—El anciano.

—No.

—Entonces ¿quién?

Arthur se acercó.

—Tú.

Sentí un escalofrío.

—¿Otra vez?

—No el tú que conoces.

Arthur abrió la puerta.

Dentro había una habitación pequeña.

Una mesa.

Una silla.

Y una grabadora.

La encendió.

Mi propia voz salió del aparato.

—Si estás escuchando esto...

Me quedé paralizado.

—...significa que apagaste la máquina.

La grabación continuó.

—Y también significa que cometiste exactamente el mismo error que yo.

Arthur me miró.

—Escucha.

Mi voz siguió:

—Nunca debiste confiar en Elena.

Mi expresión cambió.

—¿Qué?

La grabación continuó.

—Ella no estaba intentando salvarte.

Pausa.

—Estaba intentando salvarse a sí misma.

Miré a Arthur.

—¿Qué significa eso?

—Escucha.

La grabación volvió a hablar.

—Si Elena está contigo, no le digas que recuerdas esto.

Sentí un frío en el pecho.

—Porque ella todavía tiene una parte de mí.

La grabación terminó.

Silencio.

Miré a Lilith.

—Elena desapareció.

Arthur negó.

—No.

—¿Entonces dónde está?

Arthur señaló mi pecho.

—Aquí.

Me quedé inmóvil.

—¿Otra vez?

—No como tu hermano.

—Entonces ¿cómo?

—Ella no está dentro de tus recuerdos.

Arthur sonrió.

—Está dentro de tu conciencia.

Lilith comenzó a ladrar.

—¿Qué pasa?

Arthur miró hacia el pasillo.

—Ya viene.

—¿Quién?

Las luces comenzaron a apagarse.

Una.

Dos.

Tres.

Arthur agarró su taza.

—La mujer que realmente comenzó todo.

—¿Elena?

Arthur negó.

—La madre de Elena.

Las luces se apagaron completamente.

Y una voz de mujer habló desde la oscuridad:

—Lowlet...

Sentí que Lilith se pegaba a mi pierna.

La voz volvió a hablar.

—Has tardado mucho.

Encendí la linterna.

Una mujer estaba parada frente a nosotros.

Cabello blanco.

Vestido negro.

Una sonrisa tranquila.

Y unos ojos que...

se parecían demasiado a los míos.

—¿Quién eres?

Ella sonrió.

—Tu bisabuela.

Hizo una pausa.

—Y tenemos mucho de qué hablar.Capítulo 34 — La mujer de los recuerdos

La mujer permaneció inmóvil.

Yo apunté la linterna hacia su rostro.

—¿Mi bisabuela?

—Sí.

—Pensé que todos mis familiares muertos estaban empezando a aparecer solo para complicarme la noche.

Ella sonrió.

—No todos estamos muertos.

Miré a Arthur.

—¿Ella está viva?

Arthur tomó tranquilamente su taza.

—Más o menos.

—Estoy empezando a odiar esa expresión.

La mujer dio un paso hacia mí.

Lilith gruñó.

—Tranquila, pequeña.

Lilith no dejó de gruñir.

La mujer la observó.

—Todavía me recuerda.

—¿Lilith te recuerda?

—No a mí.

Señaló sus ojos.

—A ella.

—¿A quién?

La mujer respondió:

—A la primera Lilith.

Me quedé callado.

—¿Hay más de una?

—Siempre hubo más de una.

Arthur intervino:

—L-17 no es una criatura.

—¿Entonces?

—Es una línea.

La mujer sonrió.

—Una familia de guardianes.

Miré a Lilith.

—¿Guardianes de qué?

La mujer señaló la puerta del segundo experimento.

—De aquello que no debe ser recordado.

Sentí un escalofrío.

—Entonces ¿por qué me dejaron recordar?

—Porque ya era demasiado tarde.

—¿Para qué?

La mujer se acercó.

—Para detenerte.

—¿Detenerme de qué?

—De hacer exactamente lo que estás haciendo.

—¿Y qué estoy haciendo?

Ella me miró directamente.

—Buscando el origen.

Silencio.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que cuando encuentres el origen, tendrás que decidir qué hacer con él.

—¿Destruirlo?

—No.

—¿Liberarlo?

—Tampoco.

—Entonces dime qué opción queda.

La mujer sonrió.

—Recordarlo.

Mi hermano habló dentro de mi cabeza.

—No.

Me quedé inmóvil.

—¿Hermano?

Silencio.

—¿Estás ahí?

Nada.

La mujer me observó.

—Ya no puede hablar contigo.

—¿Por qué?

—Porque apagaste la máquina.

—Entonces ¿cómo sabes que estaba aquí?

—Porque lo escuché.

—¿Dónde?

Ella señaló mi cabeza.

—Ahí.

Sentí un escalofrío.

—¿Tú también puedes escucharlo?

—No.

—Entonces ¿cómo?

—Porque alguna vez fui él.

Silencio.

Arthur dejó caer la taza.

Crash.

Lo miré.

—¿Qué?

Arthur estaba completamente pálido.

—Eso no estaba en los registros.

La mujer sonrió.

—Claro que no.

—¿Quién eres realmente?

Ella se acercó.

—La primera persona que recibió un recuerdo que no le pertenecía.

—¿De quién?

—De Aleksandr.

Mi corazón se aceleró.

—¿Tú conociste a Aleksandr?

—Yo lo creé.

—¿Qué?

—Era mi hijo.

—Eso ya lo sabía.

—No.

Negó.

—No era mi hijo biológico.

Silencio.

—Entonces ¿qué era?

La mujer respondió:

—Mi primer experimento.

Miré a Arthur.

—Entonces ella...

—Sí —dijo él.

—Ella comenzó todo.

La mujer sonrió.

—No.

Pausa.

—Yo encontré el origen.

—¿Qué origen?

Ella señaló hacia el suelo.

—Los recuerdos no comenzaron con Aleksandr.

—¿Entonces?

—Los encontró.

—¿Dónde?

—Debajo de esta ciudad.

—¿Qué hay debajo?

La mujer se acercó a mi oído.

—Una persona.

Me aparté.

—¿Una persona?

—Una persona que recuerda absolutamente todo.

—¿Quién?

La mujer sonrió.

—Tú.

Silencio.

—No.

—Sí.

—Yo no recuerdo absolutamente todo.

—Todavía no.

La mujer señaló la puerta.

—El segundo experimento no era para crear un recipiente.

—¿Entonces?

—Era para crear una copia.

—¿De quién?

Ella respondió:

—De ti.

Me quedé inmóvil.

—Pero yo nací después.

—Exactamente.

—No entiendo.

—No tienes que entenderlo todavía.

La puerta comenzó a abrirse lentamente.

Detrás no había una habitación.

Había un túnel.

Y al final del túnel...

una luz.

La mujer señaló el camino.

—Ahí comenzó tu historia.

Arthur negó con la cabeza.

—No deberíamos entrar.

La mujer lo miró.

—Tú no decides eso.

Arthur guardó silencio.

Miré a Lilith.

Ella ya estaba caminando hacia el túnel.

—Perfecto.

Suspiré.

—Supongo que nosotros también.

La mujer sonrió.

—No.

—¿No?

—Tú vas solo.

Miré hacia atrás.

Arthur había desaparecido.

La mujer también.

Solo quedaba Lilith.

Y el túnel.

Entré.

Después de unos metros encontré una puerta de cristal.

Al otro lado había una habitación.

Una habitación que reconocí inmediatamente.

Era mi dormitorio.

Pero había algo imposible.

Yo estaba dentro.

Dormido.

Tenía aproximadamente diez años.

Me acerqué al cristal.

El niño abrió los ojos.

Me miró.

Y sonrió.

Entonces escribió algo sobre el cristal con el dedo:

"No eres el original."

Y debajo:

"Yo soy el original."Capítulo 35 — El original

Me quedé frente al cristal.

El niño seguía sentado en la cama.

Diez años.

Mi rostro.

Mis ojos.

Hasta la pequeña cicatriz junto a la ceja.

—¿Qué significa que tú eres el original?

El niño no respondió.

Escribió otra cosa sobre el cristal.

"No confíes en la mujer."

Miré hacia atrás.

El túnel estaba vacío.

—¿Qué mujer?

El niño señaló detrás de mí.

Me giré.

Nada.

Cuando volví a mirar...

el niño había desaparecido.

La puerta de cristal se abrió.

Entré.

La habitación era exactamente igual a la que recordaba de mi infancia.

La cama.

El escritorio.

Los libros.

Incluso una pequeña mancha en la pared.

Me acerqué al escritorio.

Había una fotografía.

La levanté.

Era yo de niño.

Pero detrás había una fecha:

17 de octubre de 2006.

Mi cumpleaños.

Debajo había una frase escrita a mano:

"El segundo nació después del primero."

Sentí un escalofrío.

—¿Segundo?

Entonces escuché una voz.

—Sí.

Me giré.

El niño estaba sentado sobre la cama.

—¿Tú eres el primero?

—Sí.

—¿Entonces quién soy yo?

—El segundo.

—¿Segundo qué?

—Segundo Lowlet.

Me quedé mirándolo.

—Eso es absurdo.

—Tú eres el que recuerda.

—¿Y tú?

—Yo soy el que vivió.

Me acerqué.

—¿Dónde está mi hermano?

—Aquí.

—¿Dónde?

El niño señaló su pecho.

—Aquí.

—No entiendo.

—Porque todavía crees que tu hermano era una persona.

Silencio.

—¿No lo era?

El niño negó.

—Era una memoria.

—Pero tenía cuerpo.

—Sí.

—Tenía voz.

—Sí.

—Tenía recuerdos.

—Sí.

—Entonces era una persona.

El niño sonrió.

—Eso es lo que querían que pensaras.

Sentí que la rabia comenzaba a crecer.

—¿Quiénes?

—Todos.

—¿Elena?

—Sí.

—¿Crowe?

—Sí.

—¿Mi familia?

—Sí.

—¿Arthur?

—También.

—¿Y tú?

El niño dejó de sonreír.

—Yo no.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque tú mismo me creaste.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué?

El niño bajó de la cama.

—Cuando tenías diez años descubriste que podías recordar cosas del futuro.

—Eso ya lo sabía.

—No.

Me miró.

—Descubriste algo peor.

—¿Qué?

—Que cada vez que recordabas el futuro...

lo cambiabas.

La habitación comenzó a cambiar.

Las paredes se llenaron de imágenes.

Yo entrando a la clínica.

Yo hablando con Elena.

Yo con mi hermano.

Yo con Crowe.

Yo apagando la máquina.

Pero había diferencias.

En una imagen...

Elena estaba muerta.

En otra...

Jefferson era quien me perseguía.

En otra...

Lilith nunca había existido.

Y en otra...

yo estaba completamente solo.

—¿Cuántas versiones hay?

—Cincuenta y tres.

—Las mismas que los pacientes.

—Sí.

—¿Y cuál es la verdadera?

El niño sonrió.

—Ninguna.

—Entonces ¿qué soy?

—La versión que llegó más lejos.

—¿Y tú?

—La primera.

—¿La primera versión de mí?

—Sí.

—¿Qué pasó contigo?

El niño señaló una puerta.

—Me encerraron aquí.

—¿Quién?

—Tú.

Sentí un frío en el pecho.

—Yo nunca te encerré.

—Todavía no.

La puerta comenzó a abrirse.

Al otro lado había una habitación llena de máquinas.

Y en el centro...

una silla.

Sobre ella había una persona sentada.

Era Elena.

Pero estaba conectada a decenas de cables.

Abrí los ojos.

—¿Qué le hicieron?

El niño respondió:

—Nada.

—Entonces ¿por qué está conectada?

—Porque ella pidió estar ahí.

Me acerqué.

Elena abrió los ojos.

—Llegaste.

—¿Tú sabías que iba a venir?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde la primera vez.

—¿Cuál primera vez?

Elena sonrió.

—La que todavía no recuerdas.

Me acerqué más.

—Dime la verdad.

Elena me miró.

—Yo no te encontré, Lowlet.

Pausa.

—Tú me encontraste a mí.

La habitación quedó en silencio.

El niño desapareció.

Las máquinas comenzaron a encenderse.

Y Elena dijo:

—Ahora tengo que mostrarte quién eras antes de ser Lowlet.

La pantalla frente a nosotros se iluminó.

Apareció un nombre.

No era Lowlet.

Era otro.

ALEKSANDR.Capítulo 36 — Antes de Lowlet

El nombre permaneció en la pantalla.

ALEKSANDR.

Lo miré durante varios segundos.

—No.

Elena no respondió.

—No soy Aleksandr.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué aparece mi nombre?

—Porque ese fue tu primer nombre.

—Eso es imposible.

—También dijiste eso la primera vez.

Suspiré.

—Empiezo a notar un patrón.

Elena sonrió.

—Al menos conservaste el humor.

Me acerqué a la pantalla.

—Explícame.

—Aleksandr fue la primera identidad.

—¿Identidad?

—El primer conjunto de recuerdos que llevaste.

—Entonces no era una persona.

Elena dudó.

—Eso depende de cómo quieras definirlo.

—No.

La miré.

—Quiero una respuesta sencilla.

—Aleksandr fue una persona.

—¿Y yo?

—También.

—Entonces somos dos personas.

—No exactamente.

—Claro.

Miré al techo.

—Porque aparentemente nada puede ser sencillo en esta familia.

Elena continuó:

—Aleksandr murió.

—Eso ya lo sé.

—Pero sus recuerdos no.

—También lo sé.

—Lo que no sabes es quién recibió esos recuerdos primero.

La miré.

—Mi abuelo.

—No.

—Mi padre.

—No.

—¿Entonces quién?

Elena señaló la máquina.

—Tú.

Sentí un escalofrío.

—¿Yo recibí los recuerdos de Aleksandr antes de nacer?

—Sí.

—¿Cómo?

—Porque tu abuelo creó un método para transferir recuerdos a un embrión.

Me quedé en silencio.

—Eso es...

—Sí.

—¿Y funcionó?

Elena sonrió.

—Demasiado bien.

La pantalla cambió.

Apareció un bebé.

Yo.

Después otro.

Mi hermano.

Y una tercera imagen.

Aleksandr.

Las tres imágenes comenzaron a superponerse.

—¿Qué estoy viendo?

—Tres generaciones.

—¿Aleksandr?

—El origen.

—¿Mi abuelo?

—El intermediario.

—¿Yo?

—El recipiente.

—¿Y mi hermano?

Elena me miró.

—El error.

Sentí una punzada.

—No vuelvas a llamarlo así.

—No lo digo como insulto.

—No me importa.

—Tu hermano fue creado para separar los recuerdos que tú no podías soportar.

—¿Y por qué murió?

Elena bajó la mirada.

—Porque el procedimiento requería una vida.

Silencio.

—¿La suya?

—Sí.

—¿Quién decidió eso?

—Tú.

Sentí que el mundo se detenía.

—Otra vez yo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque cuando descubriste lo que iba a ocurrir, pediste que lo hicieran.

—¿Para salvarme?

—No.

Elena me miró.

—Para salvar a todos los demás.

Me quedé quieto.

—¿Qué había dentro de mí?

Elena señaló la pantalla.

—Los recuerdos de Aleksandr.

—¿Y qué tenían de peligroso?

La pantalla mostró imágenes.

Personas caminando.

Personas muriendo.

Casas incendiándose.

La clínica.

La ciudad.

Después una enorme cantidad de nombres.

—Aleksandr no solo recordaba vidas.

Elena hizo una pausa.

—Recordaba futuros posibles.

—¿Futuros?

—Cada decisión.

—¿Cada posibilidad?

—Sí.

—Entonces podía ver el futuro.

—No exactamente.

—¿Qué podía hacer?

Elena respondió:

—Podía recordar lo que todavía no había ocurrido.

Me quedé inmóvil.

—Como yo.

—Como tú.

—Entonces yo no heredé sus recuerdos.

—No.

—¿Qué heredé?

Elena me miró.

—Su capacidad.

Silencio.

—Y eso significa…

—Que cada vez que recuerdas algo del futuro…

La máquina comenzó a vibrar.

—…lo haces real.

Miré las pantallas.

Una fecha apareció.

17 DE OCTUBRE DE 2042.

La misma fotografía.

Pero ahora había algo diferente.

La imagen mostraba la clínica.

Yo estaba allí.

Aleksandr también.

Y detrás de nosotros...

estaba Elena.

Pero no parecía la Elena que conocía.

Parecía mucho mayor.

Y sostenía un bebé.

Elena miró la pantalla.

Su rostro cambió.

—No.

—¿Qué?

—Eso no debería estar ahí.

—¿Qué estás viendo?

—Mi hijo.

La miré.

—¿Tu hijo?

Ella asintió.

—El primer niño que intenté salvar.

—¿Quién es?

Elena se quedó en silencio.

La pantalla hizo zoom.

El bebé abrió los ojos.

Tenía mis ojos.

Mi rostro.

Pero había una diferencia.

Una pequeña cicatriz debajo del ojo.

La misma de Aleksandr.

Elena susurró:

—Ese niño...

Pausa.

—todavía no ha nacido.

La puerta de la habitación se cerró.

Y desde detrás de nosotros...

una voz infantil dijo:

—Sí he nacido.

Nos giramos.

El niño estaba allí.

Pero esta vez no era el niño de diez años.

Era un bebé.

En brazos de una mujer.

La mujer era idéntica a Elena.

Solo que mucho más joven.

La mujer sonrió.

—Y ustedes llegaron exactamente a tiempo.

Miré a Elena.

—¿Quién es ella?

Elena no respondió.

La mujer levantó al bebé.

—Soy la Elena que conociste antes de conocerla.

Y entonces entendí que no estábamos viajando por recuerdos.

Estábamos entrando en ellos antes de que ocurrieran.Capítulo 38 — El primer saludo

La escena seguía reproduciéndose frente a nosotros.

Yo era más joven.

Mucho más joven.

Pero aquella sonrisa...

era la misma.

La reconocía.

Era la sonrisa que había utilizado aquella tarde con Jefferson.

La sonrisa de alguien que ya sabía exactamente lo que iba a ocurrir.

—¿Por qué Jefferson? —pregunté.

La Elena joven respondió:

—Porque fue el primero que te vio.

—Eso no es una razón para matarlo.

—No.

Me miró.

—Fue una razón para elegirlo.

La escena continuó.

Jefferson caminaba tranquilamente con Lilith.

Yo aparecí desde la otra esquina.

—Señor Jefferson.

Jefferson levantó la cabeza.

—¿Sí?

—¿Cómo está?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Excelente.

Me quedé mirando.

Era exactamente la conversación que recordaba.

Pero ahora veía algo que antes no había notado.

Jefferson miró hacia Lilith.

Después hacia mí.

Y durante un segundo...

pareció reconocerme.

—¿Nos conocemos? —preguntó Jefferson.

Mi versión joven sonrió.

—No lo creo.

La escena se detuvo.

—¿Por qué hizo esa pregunta? —pregunté.

La Elena joven respondió:

—Porque sí te conocía.

—¿De dónde?

—De antes.

—¿Cuándo?

Ella señaló otra escena.

Jefferson estaba dentro de la clínica.

Mucho más joven.

Estaba hablando con mi abuelo.

—No deberían continuar con esto.

Mi abuelo respondió:

—Ya es demasiado tarde.

Jefferson miró hacia una puerta.

—¿Y el niño?

—Está durmiendo.

—¿Es el segundo?

—Sí.

Jefferson negó.

—Entonces no lo hagan.

Mi abuelo se acercó.

—¿Por qué?

—Porque ya vi lo que ocurre la primera vez.

Mi abuelo se quedó inmóvil.

—¿Qué viste?

Jefferson respondió:

—A Lowlet.

La imagen desapareció.

Me quedé mirando.

—Jefferson sabía quién era yo.

—Sí.

—¿Y nunca me lo dijo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo.

—¿De mí?

—De lo que recordabas.

La escena volvió a avanzar.

Mi versión joven invitó a Jefferson a tomar té.

Todo parecía exactamente igual.

Pero ahora podía ver pequeños detalles.

Jefferson miraba constantemente la puerta.

Miraba las ventanas.

Miraba a Lilith.

Estaba nervioso.

Yo preparaba el té.

Entonces Jefferson preguntó:

—¿Usted vive solo?

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Toda mi vida.

Jefferson sonrió.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Pensaba que ya había estado aquí.

Mi versión joven se detuvo.

—¿En mi casa?

—Sí.

—¿Cuándo?

Jefferson no respondió.

Mi versión joven dejó la taza sobre la mesa.

—Señor Jefferson…

—¿Sí?

—¿Qué recuerda?

Jefferson lo miró.

—Una habitación.

Silencio.

—¿Qué habitación?

—Una habitación llena de máquinas.

La sonrisa de mi versión joven desapareció.

—¿Quién estaba allí?

Jefferson respondió:

—Usted.

La escena terminó.

Miré a Elena.

—Entonces Jefferson también recuerda.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te conoció.

—¿Y por qué fingió no saber nada?

Elena respondió:

—Porque estaba esperando que tú recordaras primero.

—¿Qué esperaba que recordara?

Ella señaló la pantalla.

La imagen volvió a aparecer.

Jefferson estaba solo.

Sacó una fotografía de su bolsillo.

Era una fotografía de mi casa.

Pero en la parte trasera había escrito:

"NO MATAR A LOWLET."

Me quedé en silencio.

—¿Qué significa eso?

La Elena joven respondió:

—Que Jefferson nunca fue tu víctima.

—Entonces ¿qué era?

—Tu vigilante.

—¿Quién lo puso ahí?

—Tu abuelo.

—¿Para protegerme?

—No.

Pausa.

—Para vigilarte.

La escena cambió.

Jefferson estaba hablando con mi abuelo.

—¿Y si recuerda?

—Entonces lo matas.

Jefferson negó.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo.

—Es un niño.

Mi abuelo lo miró.

—No es un niño.

—¿Qué es?

Mi abuelo respondió:

—El final de nuestra familia.

La imagen desapareció.

Me quedé mirando la oscuridad.

—Entonces Jefferson debía matarme.

—Sí.

—Pero no lo hizo.

—No.

—¿Por qué?

La Elena joven sonrió.

—Porque se encariñó contigo.

—¿Y ahora quiere matarme?

—No.

—Entonces, ¿qué quiere?

Ella miró hacia la puerta.

—Quiere evitar que tú mates a alguien.

—¿A quién?

No respondió.

La puerta se abrió.

El verdadero Jefferson apareció al otro lado.

Estaba viejo.

Cansado.

Y sostenía una pistola.

Me miró.

Después miró a Elena.

—Ya es suficiente.

Yo retrocedí.

—¿Jefferson?

Él levantó el arma.

Pero no me apuntó a mí.

Apuntó a Elena.

—Ahora tú vas a contarle la verdad.

Elena sonrió.

—¿Cuál de todas?

Jefferson respondió:

—La primera.

Y entonces comprendí que el asesinato del señor Jefferson...

quizás nunca había sido el verdadero objetivo.Capítulo 39 — La primera verdad

Jefferson mantenía el arma levantada.

Pero no temblaba.

—Baja eso —dijo Elena.

—No.

—Jefferson...

—He pasado demasiados años obedeciendo órdenes.

Miró hacia mí.

—Esta vez no.

Yo seguía sin entender nada.

—¿Qué significa "la primera"?

Jefferson no apartó los ojos de Elena.

—La primera vez que te vi.

—Ya sé que me conocías.

—No.

Negó lentamente.

—No me refiero a esta vida.

El silencio regresó.

—Entonces, ¿cuándo?

Jefferson bajó un poco el arma.

—Cuando eras un bebé.

Sentí un escalofrío.

—Yo no recuerdo eso.

—Precisamente.

Jefferson miró a Elena.

—Porque ella se aseguró de que no lo recordaras.

Elena permaneció tranquila.

—Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

Jefferson respondió:

—Porque si recordaba aquella noche, habría sabido quién era antes de convertirse en Lowlet.

Me acerqué.

—¿Qué ocurrió aquella noche?

Jefferson respiró profundamente.

—Tu abuelo me llamó a la clínica.

—¿Para qué?

—Para llevarte.

—¿A dónde?

—A ningún sitio.

Pausa.

—Para matarte.

No dije nada.

Jefferson continuó:

—Tenías apenas unos meses.

—¿Y tú ibas a matarme?

—Sí.

—¿Por qué no lo hiciste?

Jefferson miró a Elena.

—Porque ella llegó antes que yo.

Elena cerró los ojos.

—Jefferson...

—No. Ya no voy a callarme.

Se acercó.

—Cuando llegué, Elena estaba sosteniéndote.

—¿Y qué hizo?

—Me dijo que te sacara de allí.

—¿Para salvarme?

Jefferson negó.

—Para esconderte.

—¿De quién?

—De tu abuelo.

Me quedé quieto.

—Entonces Elena me protegió.

Jefferson dudó.

—Al principio.

—¿Qué significa eso?

—Que después cambió de idea.

Elena habló finalmente.

—No tuve elección.

—Siempre tienes una elección —respondió Jefferson.

—Tú no sabes lo que había dentro de ese niño.

—Sí lo sé.

—No.

Elena levantó la mirada.

—No lo sabes.

Se acercó a mí.

—Cuando te encontré aquella noche, no estabas llorando.

—Era un bebé.

—Los bebés lloran.

—¿Y?

—Tú estabas mirando la máquina.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué máquina?

—La máquina de transferencia.

Jefferson añadió:

—Y dijiste una palabra.

Miré a ambos.

—¿Qué palabra?

Elena respondió:

—Aleksandr.

Silencio.

—¿Un bebé dijo eso?

—Sí.

—Eso es imposible.

Jefferson soltó una pequeña risa.

—Después de todo lo que has visto, esa es la parte que te parece imposible.

Tenía razón.

Pero seguía sin aceptarlo.

—¿Qué ocurrió después?

Elena respondió:

—Tu abuelo entró.

La habitación quedó en silencio.

—Me preguntó si el experimento había funcionado.

—¿Y?

—Le dije que sí.

—¿Qué hizo?

—Sonrió.

—¿Y yo?

Elena me miró.

—Tú lo miraste.

—¿Y?

—Dijiste algo más.

—¿Qué?

Elena tardó en responder.

—"No eres mi padre."

Mi respiración se detuvo.

—¿Cómo podía saberlo?

—Porque ya recordabas.

—¿Qué recordaba?

—Que habías muerto antes.

—¿Yo?

—Sí.

Jefferson intervino:

—Y eso fue lo que asustó a tu abuelo.

—¿Por qué?

—Porque comprendió que no había creado un niño con recuerdos.

Jefferson bajó el arma.

—Había creado un niño que recordaba haber sido otra persona.

Me quedé mirando mis manos.

—Entonces Aleksandr...

—No estaba dentro de ti —dijo Elena.

La miré.

—¿Qué?

—Tú eras Aleksandr.

Silencio.

—No heredaste sus recuerdos.

—Entonces...

—Los recuerdos eran tuyos.

Sentí que el suelo desaparecía debajo de mí.

—¿Quieres decir que yo fui Aleksandr?

Elena asintió.

—Sí.

Jefferson añadió:

—Y tu abuelo no creó a Aleksandr.

Pausa.

—Lo volvió a crear.

Mi mente se quedó en blanco.

—Entonces todos estos años...

Elena continuó:

—Has estado intentando descubrir quién eras.

—Y la respuesta era...

—Tú mismo.

Lilith comenzó a ladrar.

Todos miramos hacia ella.

Estaba frente a una puerta.

Una puerta que antes no estaba allí.

Jefferson se puso serio.

—No.

—¿Qué ocurre?

—Esa puerta.

—¿Qué tiene?

—Yo la vi una vez.

—¿Dónde?

Jefferson respondió:

—En la primera noche.

Me acerqué.

Sobre la puerta había una inscripción.

No decía SEGUNDO EXPERIMENTO.

No decía MEMORIA ORIGINAL.

Solo había tres palabras:

PRIMERA MUERTE — ALEKSANDR

La puerta comenzó a abrirse.

Jefferson levantó nuevamente el arma.

—No entres.

Lo miré.

—¿Por qué?

—Porque ahí vas a descubrir cómo murió Aleksandr.

—¿Y qué tiene de malo?

Jefferson respondió:

—Que cuando lo descubras...

miró a Elena.

—vas a descubrir quién lo mató.

La puerta terminó de abrirse.

Y desde el interior llegó una voz.

Una voz que conocía perfectamente.

Mi propia voz.

—Lowlet...

Me quedé inmóvil.

—¿Sí?

La voz respondió:

—No fue mi abuelo.

Pausa.

—Fui yo.Capítulo 40 — El que apretó el gatillo

La puerta terminó de abrirse.

No había nadie detrás.

Solo una habitación completamente blanca.

En el centro había una silla.

Y sobre la silla...

una fotografía.

Me acerqué lentamente.

La levanté.

Era Aleksandr.

Pero esta vez no estaba solo.

Había otra persona detrás de él.

No podía verle el rostro.

—¿Quién es?

Jefferson no respondió.

—Jefferson.

—No quieres saberlo.

—Eso ya me lo han dicho demasiadas veces.

Giré la fotografía.

Había una fecha.

17 DE OCTUBRE DE 1942.

Debajo había una frase:

"EL PRIMER ASESINATO."

Sentí un escalofrío.

—¿Dónde está el cuerpo?

Elena me miró.

—No hubo cuerpo.

—¿Cómo?

—Aleksandr desapareció.

—Pero dijeron que murió.

—Eso fue lo que todos creyeron.

Jefferson negó.

—No.

—¿Qué?

—Yo lo vi morir.

Lo miré.

—Entonces sí murió.

Jefferson bajó la mirada.

—Vi cómo lo mataban.

—¿Quién?

Silencio.

—Dímelo.

Jefferson apretó la mandíbula.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí.

—Pero yo ni siquiera había nacido.

—No como Lowlet.

La habitación comenzó a vibrar.

La fotografía cayó al suelo.

La pared frente a nosotros se iluminó.

Apareció una grabación.

Aleksandr estaba sentado en la misma silla.

Era joven.

Muy joven.

Frente a él estaba mi abuelo.

—¿Por qué quieres detenerme? —preguntó Aleksandr.

Mi abuelo respondió:

—Porque vas a destruir a tu propia familia.

Aleksandr sonrió.

—Mi familia ya está destruida.

—Todavía podemos arreglarlo.

—No.

—Aleksandr...

—Ya vi el futuro.

Mi abuelo se quedó inmóvil.

—¿Qué viste?

Aleksandr lo miró.

—A mí.

—¿Qué significa eso?

—Que voy a regresar.

Mi abuelo negó.

—No puedes.

—Ya lo hice.

La grabación se detuvo.

Miré a Elena.

—¿Qué significa "ya lo hice"?

—Que Aleksandr había vuelto.

—¿A dónde?

—Al principio.

—¿Al principio de qué?

—De su propia vida.

Mi cabeza comenzó a doler.

Entonces otra imagen apareció.

Un niño.

Yo.

Pero no el niño de diez años.

Uno mucho más pequeño.

Estaba sentado en una habitación.

Frente a él había un hombre.

Aleksandr.

Los dos se miraban.

El niño preguntó:

—¿Eres mi papá?

Aleksandr sonrió.

—No.

—¿Quién eres?

—Soy tú.

El niño se quedó callado.

—Eso no puede ser.

—Todavía no.

Aleksandr se levantó.

—Pero algún día lo entenderás.

La imagen cambió.

Aleksandr salió de la habitación.

El niño lo siguió.

Llegaron a un pasillo.

Y entonces apareció mi abuelo.

Tenía un arma.

—Aléjate del niño.

Aleksandr se puso delante de mí.

—No.

—Última oportunidad.

—Hazlo.

Mi abuelo levantó el arma.

Pero no disparó.

La bajó.

—No puedo.

Aleksandr sonrió.

—Entonces lo haré yo.

Sacó un arma.

Me quedé paralizado.

—¿Qué está haciendo?

Jefferson respondió:

—La primera vez que vi esto tampoco lo entendí.

Aleksandr apuntó hacia mi abuelo.

Pero antes de disparar...

el niño habló.

—No lo mates.

Aleksandr se quedó inmóvil.

—¿Por qué?

—Porque es mi abuelo.

Aleksandr bajó el arma.

Y entonces miró directamente hacia la cámara.

Como si pudiera vernos.

—Eso es exactamente lo que quería que dijeras.

La grabación terminó.

Me quedé mirando la pantalla.

—¿Qué significa eso?

Elena respondió:

—Que Aleksandr no quería matar a tu abuelo.

—Entonces ¿qué quería?

—Que tú lo mataras.

Sentí un escalofrío.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué?

Elena no respondió.

Jefferson sí.

—Porque quería enseñarte a matar.

Miré la fotografía.

—¿Por qué?

Jefferson se acercó.

—Porque sabía que algún día necesitarías hacerlo.

—¿A quién?

Jefferson me miró.

—A él.

Señaló hacia la puerta.

Detrás de nosotros había aparecido una figura.

Un hombre.

Alto.

Cabello blanco.

Rostro envejecido.

Lo reconocí.

Era el anciano.

Pero esta vez no estaba sentado.

Estaba de pie.

Y sostenía un arma.

—Llegó el momento —dijo.

Miré a Elena.

—¿Qué momento?

Ella susurró:

—La primera muerte.

El anciano levantó el arma.

Pero no me apuntó.

Apuntó a Jefferson.

—Él sabe demasiado.

Jefferson levantó su propia arma.

—Hazlo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

El anciano sonrió.

Entonces disparó.

¡BANG!

Jefferson cayó.

—¡JEFFERSON!

Corrí hacia él.

Lilith comenzó a ladrar.

Elena gritó.

Pero Jefferson todavía respiraba.

Abrió los ojos.

Me agarró del brazo.

—Lowlet...

—Estoy aquí.

—No dejes que...

Tosió.

—...te convierta en él.

—¿En quién?

Jefferson miró detrás de mí.

El anciano estaba desapareciendo.

—En Aleksandr.

Me quedé inmóvil.

—Pero yo soy Aleksandr.

Jefferson sonrió débilmente.

—No.

Pausa.

—Tú eres algo peor.

Y murió.

Miré al anciano.

—¿Qué quiso decir?

El anciano respondió desde la oscuridad:

—Que Aleksandr quería convertirse en ti.

La puerta se cerró.

Y por primera vez...

tuve miedo de descubrir quién era realmente Lowlet.

Grupo 2

Capítulo 41 — Algo peor

Jefferson estaba muerto.

Miré su cuerpo durante unos segundos.

No sentía tristeza.

Todavía no.

Solo tenía una pregunta dando vueltas en mi cabeza.

¿Qué quiso decir con que yo era algo peor?

—Elena.

Ella no respondió.

—Elena.

—Lo escuché.

—Entonces explícame.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Me miró.

—Ambas.

—Excelente.

Me levanté.

Lilith seguía junto al cuerpo de Jefferson.

Se acercó a él y olfateó su mano.

Después levantó la cabeza.

Me miró.

—No va a despertar —dije.

Lilith volvió a mirar a Jefferson.

Y se sentó.

Como si entendiera.

Elena caminó hacia la puerta.

—Tenemos que irnos.

—No.

—Lowlet...

—No voy a dejarlo aquí.

—Ya está muerto.

—Precisamente.

La miré.

—Quiero saber quién disparó.

—Ya lo sabes.

—El anciano.

—No.

—¿No?

Elena negó.

—El arma estaba programada.

Miré el cuerpo.

—¿Qué significa eso?

—Que quien disparó no fue el anciano.

Sentí un escalofrío.

—Entonces ¿quién?

Elena señaló el arma que había caído junto a Jefferson.

La recogí.

No había balas.

—¿Cómo puede haber disparado?

—Porque no necesitaba balas.

—Eso no tiene sentido.

—Ya deberías estar acostumbrado.

El arma tenía una pequeña pantalla.

La encendí.

Apareció una línea:

OBJETIVO: JEFFERSON LOWLET.

Me quedé inmóvil.

—¿Por qué dice Lowlet?

Elena no respondió.

—Jefferson no era un Lowlet.

—Sí lo era.

La miré.

—¿Qué?

—Jefferson era tu hermano.

Sentí que el aire desaparecía.

—No.

—Sí.

—Mi hermano era…

No pude terminar.

Elena continuó:

—La persona que conocías como tu hermano era un recuerdo construido con fragmentos de Jefferson.

Miré el cuerpo.

—Entonces...

—Tu hermano nunca murió.

Pausa.

—Jefferson murió hace unos minutos.

Mi cabeza comenzó a doler.

—¿Entonces quién hablaba conmigo?

—Una copia.

—¿Una copia de qué?

—De su memoria.

Miré hacia el techo.

—Esto se está volviendo ridículo.

Elena casi sonrió.

—Todavía falta lo peor.

—¿Qué puede ser peor que descubrir que mi hermano era un señor mayor muerto?

Elena me miró.

—Que Jefferson tampoco era el original.

Silencio.

—¿Entonces quién era?

—El primer Lowlet.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué?

—El primer hombre que utilizó ese nombre.

—¿Y Aleksandr?

—Otro nombre.

—¿Entonces quién soy yo?

Elena respondió:

—El primero que no necesita un nombre anterior.

—Eso no responde nada.

—Sí responde.

—No.

—Tu problema es que sigues pensando que eres una persona que heredó recuerdos.

Se acercó.

—No eres eso.

—¿Entonces qué soy?

Elena me miró directamente.

—Eres el recuerdo que aprendió a tener cuerpo.

Silencio.

Lilith comenzó a gruñir.

No hacia Elena.

Hacia mí.

—¿Qué le pasa?

Elena retrocedió.

—No te acerques.

—¿Por qué?

—Mírate las manos.

Las miré.

Por un instante...

parecían transparentes.

Debajo de mi piel aparecieron imágenes.

Una casa.

Una clínica.

Un niño.

Aleksandr.

Jefferson.

Mi hermano.

Todos aparecían y desaparecían dentro de mí.

—¿Qué me está pasando?

Elena susurró:

—Estás recordando demasiadas vidas al mismo tiempo.

—¿Y qué significa eso?

—Que tu cuerpo no puede contenerlas.

—Entonces, ¿qué hago?

Elena miró la puerta.

—Llegar al origen antes de que termine.

—¿Y si no llegamos?

Elena respondió:

—Entonces desaparecerás.

—¿Yo?

—No.

Me miró con miedo.

—Todos.

La puerta comenzó a temblar.

Desde el otro lado se escucharon golpes.

Toc.

Toc.

Toc.

Lilith se puso delante de mí.

La puerta se abrió.

Pero no había nadie.

Solo una habitación completamente oscura.

Y en el centro...

una mesa.

Sobre la mesa había una taza de té.

Todavía caliente.

Al lado había una nota.

La tomé.

Reconocí la letra.

Era la mía.

Decía:

"Lowlet, si estás leyendo esto, significa que Jefferson ya murió."

Debajo:

"No confíes en Elena."

Y una última línea:

"Ella fue quien me mató la primera vez."

Levanté lentamente la mirada.

Elena estaba detrás de mí.

Y tenía lágrimas en los ojos.

—Ahora sí —dijo—.

—¿Ahora sí qué?

—Ahora puedo contarte cómo te maté.

Y cerró la puerta.Capítulo 42 — La mujer que me mató

La puerta se cerró detrás de Elena.

No intenté abrirla.

Por alguna razón, sabía que no serviría.

—Entonces habla.

Elena permaneció en silencio.

—Tú escribiste la nota.

—Sí.

—Dijiste que me mataste.

—Sí.

—¿Cuándo?

—La primera vez.

—¿Y por qué?

Elena miró hacia la mesa.

—Porque me lo pediste.

Solté una risa seca.

—¿Otra vez yo pidiendo que me maten?

—No era exactamente eso.

—Pues empieza a explicarte mejor.

Elena tomó la taza de té.

La olió.

—Siempre te gustó el té.

—No recuerdo eso.

—Lo sé.

Bebió un sorbo.

—Porque ese recuerdo también fue eliminado.

—¿Por quién?

—Por mí.

Me acerqué.

—¿Qué ocurrió la primera vez?

Elena dejó la taza.

—Tú descubriste el origen.

—¿La habitación?

—No.

—¿Entonces qué?

—A la persona que estaba dentro.

Sentí un escalofrío.

—¿Quién?

Elena me miró.

—Tú.

—Otra vez con eso.

—No el Lowlet que conoces.

Pausa.

—El original.

—El niño.

—Sí.

—¿Y qué tenía de especial?

Elena respondió:

—Nunca había sido creado.

—¿Entonces?

—Había nacido.

—¿De quién?

—De mí.

Silencio.

—¿Tú eres mi madre?

Elena no respondió inmediatamente.

—Biológicamente, sí.

La habitación pareció hacerse más pequeña.

—Entonces mi abuelo...

—Era tu abuelo.

—¿Y Aleksandr?

—Tu padre.

Me quedé inmóvil.

—Eso no tiene sentido.

—Tu familia lleva generaciones intentando esconderlo.

—¿Por qué?

—Porque Aleksandr no era un hombre normal.

—Eso ya lo sé.

—No.

Elena negó.

—Aleksandr podía recordar el futuro.

—También lo sé.

—Pero había algo que ni siquiera él sabía.

—¿Qué?

Elena señaló mi pecho.

—Cada vez que recordaba un futuro...

Pausa.

—creaba una posibilidad nueva.

Me quedé callado.

—Entonces no veía el futuro.

—No.

—Lo creaba.

—Exactamente.

Miré la nota.

—¿Y yo heredé eso?

—No.

—¿Entonces?

Elena respondió:

—Tú eres la consecuencia.

Silencio.

—¿De qué?

—De todas las posibilidades que Aleksandr creó.

Las luces parpadearon.

Lilith comenzó a gruñir.

—¿Qué ocurre?

Elena miró a la perra.

—Ella lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Que estás empezando a recordar la primera muerte.

—La mía.

—Sí.

La habitación cambió.

Las paredes desaparecieron.

Apareció una casa.

La misma casa de 1942.

Aleksandr estaba sentado.

Elena era mucho más joven.

Estaba frente a él.

Y yo…

yo estaba allí.

Pero era un niño.

Aleksandr me miró.

—No puedes seguir haciendo esto.

El niño respondió:

—No soy yo.

—Sí eres tú.

—No.

—Entonces dime quién eres.

El niño sonrió.

—Soy lo que viene después.

Aleksandr se levantó.

—¿Después de qué?

—Después de ti.

Elena joven intervino:

—Aleksandr, no lo hagas.

—Tengo que hacerlo.

—Es tu hijo.

—No.

Aleksandr miró al niño.

—Es mi reemplazo.

El niño comenzó a llorar.

Aleksandr levantó un arma.

Elena se interpuso.

—¡No!

—Quítate.

—No.

Aleksandr apuntó hacia ella.

—Entonces morirás con él.

Elena cerró los ojos.

Y yo...

el niño...

dije:

—Mamá.

Elena abrió los ojos.

Aleksandr bajó el arma.

El niño continuó:

—No tengas miedo.

Aleksandr lo miró.

—¿Qué dijiste?

—Que no tengas miedo.

El niño sonrió.

—Porque yo ya sé cómo termina.

Aleksandr palideció.

—¿Cómo?

El niño respondió:

—Tú mueres.

Pausa.

—Yo también.

—¿Y ella?

El niño miró a Elena.

—Ella me mata.

La escena se congeló.

Miré a Elena.

—¿Eso fue la primera vez?

Ella asintió.

—Sí.

—¿Y me mataste?

—Sí.

—¿Cómo?

Elena se acercó.

—Te abracé.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué?

—Te abracé.

La imagen continuó.

Elena abrazó al niño.

Él cerró los ojos.

—Perdóname.

—Está bien.

—No debería hacerlo.

—Hazlo.

—¿Por qué?

El niño respondió:

—Porque si no me matas...

Pausa.

—yo mato a todos.

Elena lloró.

Y apretó los brazos.

La imagen desapareció.

Volvimos a la habitación.

No dije nada.

Elena tampoco.

Finalmente pregunté:

—¿Qué era yo?

Ella respondió:

—La primera versión de ti que consiguió recordar el final.

—¿Y qué hice?

—Intentaste cambiarlo.

—¿Funcionó?

Elena negó.

—Cada vez que lo cambiabas…

Me miró.

—creabas otra versión.

—¿Cincuenta y tres?

—Cincuenta y tres.

—Y esta…

—Es la última.

Miré la puerta.

—¿Por qué?

Elena respondió:

—Porque esta vez ocurrió algo diferente.

—¿Qué?

Miró a Lilith.

—Ella sobrevivió.

Lilith inclinó la cabeza.

—¿Y eso qué cambia?

Elena sonrió débilmente.

—Todo.

De repente…

tocaron la puerta.

Tres golpes.

Toc.

Toc.

Toc.

Una voz infantil habló desde el otro lado.

—Mamá...

Elena se quedó completamente inmóvil.

—No abras —susurró.

—¿Por qué?

La voz volvió a hablar.

—Mamá...

—¿Quién es?

Elena me miró.

Y por primera vez vi verdadero miedo en sus ojos.

—Tu hijo.Capítulo 43 — Mi hijo

No sabía qué responder.

—¿Mi hijo?

Elena asintió lentamente.

—No abras.

Los tres golpes volvieron a escucharse.

Toc.

Toc.

Toc.

—Mamá...

La voz era infantil.

Demasiado tranquila.

Lilith se colocó delante de mí.

—¿Por qué está aquí? —pregunté.

—Porque ya te encontró.

—¿Quién?

—Tu hijo.

—¿Cómo puede ser mi hijo si nunca he tenido uno?

Elena me miró.

—Porque estamos en un lugar donde el tiempo no funciona como debería.

—Eso no explica nada.

—Es suficiente por ahora.

—No.

Me acerqué a la puerta.

—Quiero verlo.

Elena me sujetó del brazo.

—Si abres esa puerta, no volveremos a salir.

—¿Qué hay detrás?

—La vida que todavía no has vivido.

Me quedé quieto.

—Eso no tiene sentido.

—Aquí sí.

Los golpes cesaron.

Silencio.

Entonces escuchamos una risa.

Una risa infantil.

Lilith comenzó a gruñir.

—¿Lo conoces?

La perra no apartó los ojos de la puerta.

—Claro que lo conoce —dijo Elena.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de conocerte a ti.

—¿Qué?

Elena respiró profundamente.

—Lilith estaba con él.

La puerta se abrió apenas unos centímetros.

Una pequeña mano apareció por la abertura.

Lilith dejó de gruñir.

Se acercó.

Olió la mano.

Y comenzó a mover la cola.

—¿Qué demonios...?

La puerta terminó de abrirse.

Había un niño de unos ocho años.

Cabello oscuro.

Ojos iguales a los míos.

Y una pequeña cicatriz debajo del ojo.

Lilith se acercó y el niño se arrodilló para acariciarla.

—Hola, vieja amiga.

Lilith lamió su mano.

Yo lo miré.

—¿Quién eres?

El niño levantó la cabeza.

—Ya lo sabes.

—No.

—Todavía no.

Elena se acercó.

—No deberías estar aquí.

El niño la miró.

—Tú tampoco.

—Esto no es tu tiempo.

—Tampoco es el tuyo.

Elena se quedó callada.

Yo me agaché frente al niño.

—Dime tu nombre.

El niño sonrió.

—Todavía no tengo uno.

—Todos tenemos un nombre.

—Tú me lo darás.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento.

Me levanté.

—¿Y quién es tu madre?

El niño señaló a Elena.

Después me señaló a mí.

—Los dos.

El silencio fue absoluto.

—¿Qué?

Elena cerró los ojos.

—No.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

El niño respondió tranquilamente:

—Que ustedes dos me crearon.

Miré a Elena.

—¿Es verdad?

Ella tardó en responder.

—Sí.

—¿Cómo?

—En una de las versiones.

—¿Una de las cincuenta y tres?

—Sí.

El niño intervino:

—La número treinta y siete.

Lo miré.

—¿Recuerdas las otras?

—Todas.

—¿Cómo?

El niño sonrió.

—Porque soy como tú.

Sentí un escalofrío.

—¿Puedes recordar el futuro?

—No.

—Entonces ¿qué puedes hacer?

El niño señaló su cabeza.

—Recordar lo que nunca ocurrió.

Me quedé inmóvil.

—Eso no existe.

—Claro que existe.

—¿Y qué recuerdas?

El niño me miró.

—Tu muerte.

—¿La mía?

—Sí.

—¿Cómo muero?

El niño bajó la mirada.

—No puedo decirte.

—¿Por qué?

—Porque si te lo digo, ocurrirá de otra manera.

—¿Y eso es malo?

—Sí.

—¿Por qué?

El niño respondió:

—Porque ya lo intentamos cincuenta y tres veces.

Elena se acercó.

—No le cuentes más.

El niño la miró.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Qué hiciste?

El niño señaló hacia el pasillo.

—Lo traje.

Sentí un escalofrío.

—¿A quién?

Todas las luces se apagaron.

Lilith comenzó a ladrar.

Algo caminó por el corredor.

Paso.

Paso.

Paso.

El niño tomó mi mano.

—No tengas miedo.

—¿Quién viene?

El niño levantó la mirada.

—El que siempre llega después de mí.

Una silueta apareció al final del pasillo.

Alta.

Delgada.

Cabello blanco.

Mi corazón se detuvo.

Era Aleksandr.

Pero no el Aleksandr de las fotografías.

Este parecía exactamente de mi edad.

Se acercó lentamente.

—Hola, hijo.

Elena retrocedió.

—No...

Aleksandr sonrió.

—Te dije que algún día volvería.

Lo miré.

—¿Eres el verdadero Aleksandr?

—No.

—Entonces ¿quién eres?

Se señaló a sí mismo.

—La versión que sobrevivió.

El niño apretó mi mano.

—No le creas.

Aleksandr sonrió.

—Siempre dices lo mismo.

Entonces entendí algo.

No era una reunión familiar.

Era una trampa.

Y el niño no había venido para salvarme.

Había venido para llevarme hacia él.

Aleksandr extendió la mano.

—Ven conmigo, Lowlet.

—¿A dónde?

—Al lugar donde termina todo.

—¿Y si no voy?

Aleksandr miró a Lilith.

—Entonces ella muere.

Lilith dejó de mover la cola.

Yo apreté los dientes.

—No la toques.

Aleksandr sonrió.

—Sabía que dirías eso.

Se dio la vuelta.

—Entonces ven.

Y comenzó a caminar hacia la oscuridad.

El niño soltó mi mano.

—Ve.

Lo miré.

—¿Tú no vienes?

Negó.

—Yo ya hice mi parte.

—¿Cuál?

El niño sonrió.

—Hacer que eligieras.

Desapareció.

Elena corrió hacia mí.

—¡Lowlet, no vayas!

Me detuve.

Miré a Aleksandr alejándose.

Después a Elena.

Después a Lilith.

Y comprendí algo terrible.

Aleksandr no quería matarme.

Quería que yo llegara hasta el final.

Porque allí...

solo uno de nosotros podía salir.Capítulo 44 — Solo uno

Aleksandr seguía caminando.

No miraba atrás.

Como si supiera que lo seguiría.

—No vayas —dijo Elena.

—¿Por qué?

—Porque eso es exactamente lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

—Que llegues al final.

—Ya me lo dijo.

—No entiendes.

Elena se acercó.

—El final no es un lugar.

—¿Entonces?

—Eres tú.

Miré a Aleksandr.

—Eso cada vez tiene menos sentido.

—Cuando llegues al final, tendrás que decidir cuál de los dos debe existir.

—¿Y si ninguno?

Elena me miró.

—Eso nunca lo intentaste.

—¿Cómo sabes?

—Porque yo estaba allí.

Aleksandr se detuvo.

—¿Van a seguir hablando o vienen?

—Qué impaciente —dije.

Él sonrió.

—Llevamos ochenta años esperando.

—Yo no.

—Tú sí.

—No recuerdo nada.

—Ese era el objetivo.

Comenzó a caminar nuevamente.

Lo seguimos.

El corredor parecía cambiar a cada paso.

Primero era una clínica.

Después una casa.

Después una calle.

Después un bosque.

Después mi dormitorio.

Todo aparecía durante unos segundos y desaparecía.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

Aleksandr respondió:

—Tu memoria.

—No.

—Sí.

—Mi memoria no puede ser un edificio.

—La tuya sí.

Llegamos a una puerta.

Era pequeña.

Tenía la misma altura que yo cuando era niño.

Aleksandr la abrió.

Detrás había una habitación completamente vacía.

Excepto por una silla.

En la silla estaba sentado el niño.

El mismo que había dicho ser mi hijo.

—¿Otra vez tú?

—Siempre.

—¿Qué haces aquí?

—Esperando.

—¿A qué?

—A que recuerdes mi nombre.

—Dijiste que no tenías uno.

—Tú me lo diste.

—No lo recuerdo.

El niño sonrió.

—Todavía.

Aleksandr se acercó.

—Dile.

El niño negó.

—No.

—Tiene que saberlo.

—Si se lo digo, cambiará.

—Ya está cambiando.

—Entonces déjalo.

Aleksandr lo miró con seriedad.

—No podemos seguir así.

—Sí podemos.

—No.

—Sí.

Los dos se quedaron mirándose.

Yo observaba en silencio.

—¿Qué está pasando?

Ninguno respondió.

—¡¿Qué está pasando?!

El niño finalmente habló:

—Él quiere que lo recuerdes.

Señaló a Aleksandr.

—Yo quiero que lo olvides.

—¿Por qué?

—Porque si recuerdas quién es él…

El niño me miró.

—recordarás quién eres tú.

Sentí un dolor agudo en la cabeza.

La habitación desapareció.

Vi una casa.

Una mujer.

Un bebé.

Yo.

Después vi a Aleksandr.

Después a mi abuelo.

Después a Elena.

Después a Jefferson.

Todo mezclado.

Y finalmente vi algo que nunca había visto.

Mi nacimiento.

Pero no estaba en un hospital.

Estaba en aquella habitación.

La primera.

Elena sostenía un bebé.

Mi abuelo estaba detrás.

Aleksandr observaba desde una esquina.

Y entonces entró otra persona.

Yo.

Adulto.

El mismo que soy ahora.

Me acerqué al bebé.

Elena gritó:

—¡No!

Mi versión adulta tomó al bebé.

Aleksandr intentó detenerme.

Yo lo empujé.

Después miré al bebé.

Y dije:

—Esta vez no.

La visión terminó.

Caí de rodillas.

—¿Qué hice?

Aleksandr respondió:

—Lo que siempre haces.

—¿Qué?

—Intentar arreglarlo.

—¿Qué arreglé?

—Nada.

—¿Entonces por qué sigo haciéndolo?

Aleksandr se acercó.

—Porque no recuerdas el motivo.

Lo miré.

—¿Cuál es el motivo?

—Tu hijo.

Miré al niño.

—¿Él?

Aleksandr asintió.

—En cada versión, él muere.

El niño bajó la cabeza.

—Y tú intentas salvarlo.

—¿Y por eso todo se repite?

—Sí.

—Entonces matarme no solucionaría nada.

Aleksandr sonrió.

—Exactamente.

—¿Entonces qué quieres de mí?

Su sonrisa desapareció.

—Que dejes de intentar salvarlo.

El niño levantó la cabeza.

—No.

Aleksandr lo miró.

—Ya no puedes seguir escondiéndolo.

—No.

—Tiene que saberlo.

—¡No!

El niño comenzó a llorar.

Me acerqué.

—¿Qué tengo que saber?

Aleksandr respondió:

—Que él no es tu hijo.

El niño levantó los ojos.

—Soy tu hermano.

Silencio.

Mi corazón se detuvo.

—¿Qué?

Aleksandr continuó:

—En la versión original, ustedes eran hermanos.

Miré al niño.

—Entonces ¿por qué me llama padre?

—Porque en la versión treinta y siete…

Pausa.

—tú eras su padre.

El niño lloró.

—Y tú moriste intentando salvarme.

Sentí que algo dentro de mí se rompía.

—¿Y ahora?

El niño se secó las lágrimas.

—Ahora soy lo único que queda de todas esas versiones.

Aleksandr se acercó.

—Y por eso solo uno puede salir.

—¿Él o yo?

—No.

Me miró directamente.

—Tú o todas tus versiones.

Las paredes comenzaron a llenarse de rostros.

Cincuenta y tres Lowlet.

Cincuenta y tres vidas.

Cincuenta y tres finales.

Todos me miraban.

Todos hablaban al mismo tiempo.

—No nos olvides.

Cerré los ojos.

Y por primera vez...

no quise recordar.

Quise elegir.Capítulo 45 — La elección

Cerré los ojos.

Por primera vez desde que había entrado en aquel lugar, no intenté recordar nada.

Ni a Aleksandr.

Ni a Jefferson.

Ni a mi hermano.

Ni las cincuenta y tres vidas.

Nada.

Solo quería silencio.

Y, sorprendentemente, funcionó.

Las voces desaparecieron.

Abrí los ojos.

La habitación estaba vacía.

Aleksandr había desaparecido.

El niño también.

Solo quedaba Elena.

Sentada frente a mí.

—¿Dónde están?

—Los dejaste atrás.

—¿Qué significa eso?

—Que finalmente hiciste algo que nunca habías hecho.

—¿Qué?

—Elegiste no recordar.

Me levanté.

—¿Y eso los mató?

—No.

—¿Entonces?

—Los liberó.

Miré alrededor.

—¿Y ahora qué?

Elena señaló una puerta.

—Ahora puedes salir.

Me acerqué.

—¿Y tú?

—Yo me quedo.

—¿Por qué?

—Porque alguien tiene que cerrar esto.

—No.

La miré.

—Tú vienes conmigo.

Elena sonrió.

—Siempre haces eso.

—¿Qué?

—Intentas salvarme.

—¿Y está mal?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no necesitas salvarme.

—Entonces ¿qué necesitas?

—Que me dejes morir.

Me quedé en silencio.

—No.

—Lowlet...

—No.

—Ya me mataste una vez.

—Entonces no lo haré otra vez.

Elena se levantó.

—Ese es precisamente el problema.

—¿Cuál?

—Nunca aceptas un final.

—Porque algunos finales son estúpidos.

—Y algunos son necesarios.

Se acercó a la puerta.

—Si salgo contigo, todo comenzará otra vez.

—¿Por qué?

—Porque yo soy el último recuerdo que te queda.

—¿Y?

—Mientras me recuerdes...

La habitación comenzó a temblar.

—…el ciclo continuará.

Miré la puerta.

—Entonces olvídame.

Elena sonrió.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Porque ya me convertiste en parte de ti.

La puerta comenzó a abrirse.

Al otro lado estaba mi casa.

La misma calle.

El mismo frío.

Todo parecía normal.

Pero había una cosa diferente.

Jefferson estaba allí.

Vivo.

Paseando con Lilith.

Me quedé paralizado.

—¿Eso es real?

Elena negó.

—Es una posibilidad.

—¿Puedo entrar?

—Sí.

—¿Y cambiarlo?

—Sí.

—Entonces puedo salvarlo.

Elena me miró.

—Y comenzar todo otra vez.

—¿Y si no entro?

—El ciclo termina.

Miré a Jefferson.

Estaba sonriendo.

Lilith corría alrededor de él.

Una escena completamente normal.

La vida que nunca tuve.

La vida que podría tener.

—¿Qué pasaría si entro?

—Volverías a ser Lowlet.

—¿Y si no?

—Serías tú.

—¿No soy Lowlet?

Elena negó.

—Lowlet fue un nombre.

Pausa.

—Tú eres la persona que decidió usarlo.

Miré mis manos.

Ya no eran transparentes.

Por primera vez sentía que eran realmente mías.

—Entonces...

Miré a Jefferson.

—No voy a entrar.

Elena sonrió.

—Bien.

La puerta comenzó a cerrarse.

Pero antes de que desapareciera, escuché una voz.

—Lowlet.

Me giré.

Era Jefferson.

Estaba mirándome directamente.

—¿Me vas a dejar aquí?

No respondí.

Jefferson sonrió.

—Entonces al menos hazlo con elegancia.

La puerta se cerró.

El silencio regresó.

Me quedé frente a ella.

Elena se acercó.

—Ya terminó.

—No.

—¿No?

—Todavía falta una cosa.

—¿Qué?

La miré.

—Descubrir quién empezó todo.

Elena perdió la sonrisa.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no hubo un principio.

—Todo tiene un principio.

—No esto.

—Entonces ¿qué fue?

Elena respondió:

—Una historia.

—¿De quién?

—De alguien que todavía no conocemos.

Me quedé inmóvil.

—¿Hay alguien detrás de todo esto?

Elena asintió.

—Sí.

—¿Quién?

Ella señaló la puerta cerrada.

—El autor.

Me quedé mirando.

—¿Qué autor?

Elena sonrió.

—El que está escribiendo nuestra historia.

Silencio.

—Eso es imposible.

—¿Seguro?

La luz de la habitación se apagó.

Una última frase apareció escrita en la pared:

"CAPÍTULO 45 TERMINADO."

La miré.

Y por primera vez...

sentí que alguien estaba observándonos.

No desde otra habitación.

No desde otra vida.

Desde fuera.Capítulo 46 — El que está mirando

La frase permanecía en la pared.

CAPÍTULO 45 TERMINADO.

La observé durante varios segundos.

—Eso no estaba escrito por nosotros.

Elena no respondió.

—¿Elena?

Nada.

Me giré.

Ya no estaba.

—Perfecto.

Miré nuevamente la pared.

La frase comenzó a borrarse.

Una palabra apareció debajo.

SIGUIENTE.

—No.

La palabra desapareció.

Después apareció otra:

CORRE.

—¿Por qué?

La pared se agrietó.

Algo cayó detrás de mí.

Me giré.

Era un libro.

Un libro enorme, cubierto de polvo.

Lo recogí.

En la portada no había título.

Solo una pequeña inscripción:

LOWLET.

Lo abrí.

La primera página estaba vacía.

La segunda también.

La tercera tenía una sola frase:

"El hombre que lee esto todavía cree que está leyendo una historia."

—Qué pretencioso.

Pasé la página.

Había una descripción de la habitación en la que estaba.

"Lowlet sostiene el libro con la mano derecha."

Miré mi mano.

Era cierto.

Pasé otra página.

"Ahora mira hacia la puerta."

No lo hice.

—No voy a seguir instrucciones de un libro.

Pasé otra página.

"Lowlet no obedeció."

Me quedé quieto.

—¿Cómo...?

Pasé otra página.

"Ahora está preguntándose cómo sabemos lo que hace."

Cerré el libro.

—No.

Lo dejé sobre la mesa.

Esperé.

Nada ocurrió.

—Bien.

Me di la vuelta.

El libro apareció nuevamente en mi mano.

—Eso es molesto.

Abrí la última página.

Había una frase.

"No somos nosotros quienes sabemos lo que haces."

Debajo apareció otra.

"Tú nos lo estás diciendo."

Sentí un escalofrío.

—¿Quiénes son "nosotros"?

La tinta comenzó a moverse.

Formó una palabra.

LOS LECTORES.

Me quedé mirando.

—¿Lectores?

Otra frase apareció.

"Hay personas observando tu historia."

—¿Personas?

"Algunas quieren que vivas."

La siguiente línea apareció lentamente.

"Otras quieren que mueras."

—¿Y tú?

La tinta se detuvo.

Después escribió:

"Yo quiero que llegues al final."

—¿Por qué?

No apareció respuesta.

—¿Por qué?

Nada.

Entonces escuché un ruido detrás de mí.

Una silla arrastrándose.

Me giré.

Elena estaba sentada allí.

Pero había algo diferente.

No parecía asustada.

Parecía cansada.

—¿Tú sabías de esto?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer capítulo.

—¿Qué capítulo?

Elena sonrió.

—El que tú llamaste "elegancia de matar".

Me quedé callado.

—Entonces todo estaba escrito desde aquel día.

—No.

—¿No?

—Solo el comienzo.

—¿Y el final?

—Todavía no.

—¿Quién lo está escribiendo?

Elena miró el libro.

—Tú.

—Yo no estoy escribiendo nada.

—Todavía no.

—Otra vez esa palabra.

Elena se levantó.

—Porque todo lo importante en tu vida ocurre después de decirla.

—¿Entonces yo soy el autor?

—No exactamente.

—¿Qué significa eso?

—Que tienes la capacidad de escribir lo que recuerdas.

—¿Y si escribo algo que nunca ocurrió?

—Entonces ocurrirá.

Miré el libro.

—¿Puedo cambiar el pasado?

—Sí.

—¿Puedo traer a Jefferson de vuelta?

—Sí.

Mi corazón dio un salto.

—¿Entonces puedo arreglarlo todo?

Elena negó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque cada cosa que arregles tendrá un precio.

—¿Cuál?

—Alguien tendrá que ocupar el lugar de aquello que cambiaste.

—¿Una persona?

—Una vida.

Miré el libro.

—Entonces si escribo que Jefferson sobrevivió...

—Alguien más morirá.

—¿Quién?

Elena respondió:

—La persona que más quieras salvar.

Silencio.

Pensé en Lilith.

Pensé en mi hermano.

Pensé en Jefferson.

Y entonces recordé al niño.

Mi supuesto hijo.

Mi hermano.

La versión que nunca había existido.

—¿Dónde está?

Elena bajó la mirada.

—¿Quién?

—El niño.

—No lo sé.

—Mientes.

—Sí.

—¿Dónde está?

Elena señaló el libro.

—Escribe su nombre.

—No tiene nombre.

—Entonces tendrás que darle uno.

Tomé la pluma que estaba junto al libro.

—¿Y después?

—Después veremos qué ocurre.

Apoyé la punta sobre la página.

Pero antes de escribir...

escuché una voz detrás de mí.

La voz de un niño.

—No me escribas.

Me giré.

Estaba allí.

El niño me miraba desde la esquina.

—¿Por qué?

—Porque si me escribes...

Pausa.

—me convertirás en alguien que nunca fui.

Miré a Elena.

Ella estaba llorando.

—¿Qué pasa?

El niño respondió:

—Que por primera vez...

sonrió.

—puedes dejarme morir.Capítulo 47 — El nombre que no debía existir

El niño permaneció en la esquina.

No parecía asustado.

Eso era lo peor.

Parecía tranquilo.

Como si ya hubiera aceptado algo que yo todavía no comprendía.

—¿Por qué no quieres que te escriba?

—Porque un nombre convierte un recuerdo en una persona.

Miré el libro.

—¿Y tú qué eres?

—Un recuerdo.

—¿De quién?

El niño me señaló.

—Tuyo.

—¿Entonces eres parte de mí?

—Una parte que no quieres recordar.

Elena se acercó.

—Lowlet, no lo hagas.

—¿Qué?

—No le des un nombre.

—¿Por qué?

—Porque ya sabemos qué ocurre cuando empiezas a darle forma a tus recuerdos.

Miré al niño.

—¿Qué ocurre?

Elena respondió:

—Se vuelven reales.

El niño sonrió.

—Y entonces puedo morir de verdad.

Me quedé callado.

—¿No quieres vivir?

—Quiero descansar.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

El niño se sentó en el suelo.

—He muerto cincuenta y tres veces.

—Pero tú no eres las cincuenta y tres versiones.

—Sí lo soy.

Me mostró sus manos.

Por un instante vi imágenes atravesando sus dedos.

Un niño diferente.

Una mujer.

Un anciano.

Un hombre.

Todos él.

—Soy lo que quedó cuando todos ustedes dejaron de recordarme.

—¿Y qué quieres que haga?

—Nada.

—Eso no puedo hacerlo.

—Sí puedes.

—No.

—Siempre quieres arreglar las cosas.

—Porque están mal.

El niño negó.

—No.

—¿No?

—Están terminadas.

Aquella palabra me molestó.

Terminadas.

La historia.

Jefferson.

Mi hermano.

Aleksandr.

Elena.

Todo parecía insistir en que debía aceptar finales que no quería.

—¿Y si no quiero que termine?

El niño me miró.

—Entonces tendrás que escribir.

Miré la pluma.

—¿Qué debería escribir?

—Mi nombre.

—¿Cuál?

El niño sonrió.

—El que siempre tuve.

—Nunca me lo dijiste.

—Porque nunca me lo preguntaste.

Me quedé pensando.

—Entonces dime.

El niño se acercó.

—Me llamo...

Las luces se apagaron.

La habitación quedó completamente negra.

—¿Qué pasó?

No hubo respuesta.

—¿Elena?

Nada.

—¿Niño?

Silencio.

Encendí la linterna.

El niño había desaparecido.

Pero el libro seguía abierto.

En la página había aparecido una frase:

"NO ESCRIBAS SU NOMBRE."

Debajo apareció otra.

"YA LO SABES."

—No lo sé.

La tinta comenzó a moverse.

Una letra.

Después otra.

M...

Se detuvo.

—¿M?

Otra letra apareció.

I...

Luego:

K...

Sentí un escalofrío.

—Mik...

La última letra apareció.

A.

MIKA.

Me quedé mirando el nombre.

—Mika.

La habitación comenzó a temblar.

Las paredes se llenaron de recuerdos.

Mika jugando con Lilith.

Mika hablando con Jefferson.

Mika sentado junto a mí.

Mika llorando.

Mika muriendo.

Una y otra vez.

Pero había algo extraño.

En todas las escenas...

yo estaba allí.

Excepto en una.

La última.

Mika estaba frente a una puerta.

Solo.

Del otro lado estaba Aleksandr.

Aleksandr le dijo:

—¿Quieres saber quién eres?

Mika respondió:

—Sí.

—Entonces entra.

Mika abrió la puerta.

La escena terminó.

Miré a Elena.

—¿Qué había detrás?

Ella no respondió.

—Elena.

—El origen.

—¿El origen de qué?

—De Mika.

—¿Y dónde está?

—Debajo de la casa.

—¿Mi casa?

—Sí.

—Entonces vamos.

Elena negó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque allí no hay una salida.

—Entonces ¿qué hay?

—La primera versión de ti.

—Aleksandr.

—No.

Elena me miró.

—Algo anterior.

Me quedé inmóvil.

—¿Anterior a Aleksandr?

—Sí.

—¿Qué puede ser anterior a él?

Elena respondió:

—La persona que lo creó.

—¿Mi abuelo?

—No.

—¿Entonces quién?

Elena miró el libro.

—El primer Lowlet.

—¿Jefferson?

—No.

—Entonces dime quién.

Ella respiró profundamente.

—Tu padre.

Sentí un escalofrío.

—Aleksandr era mi padre.

—No.

—¿Entonces?

Elena señaló el nombre escrito en el libro.

MIKA.

—Tu padre se llamaba Mika.

Me quedé helado.

—Pero Mika es el niño.

—No.

—Entonces ¿quién es?

Elena respondió:

—El niño no es Mika.

Pausa.

—Mika es quien está dentro del niño.

El libro se cerró solo.

Y desde debajo del suelo...

escuchamos tres golpes.

Toc.

Toc.

Toc.

Esta vez...

la voz no era de un niño.

Era la de un hombre.

—Lowlet...

Pausa.

—Hijo.Capítulo 48 — Padre

La voz volvió a escucharse desde debajo del suelo.

—Lowlet...

Esta vez no era una voz infantil.

Era grave.

Cansada.

Y demasiado familiar.

—Hijo.

Elena palideció.

—No respondas.

—¿Por qué?

—Porque él quiere que lo reconozcas.

—¿Y si ya lo reconozco?

El suelo tembló.

Una grieta apareció entre nosotros.

—Entonces ya es demasiado tarde.

Me acerqué.

—¿Mika?

La voz respondió:

—Ese nombre no es mío.

—Entonces ¿cómo te llamas?

Silencio.

Después:

—Lowlet.

Miré a Elena.

—¿Qué?

—El primer Lowlet.

—Pensé que Jefferson era el primero.

—Eso fue lo que te hicieron creer.

La grieta se abrió.

Debajo había unas escaleras.

Muy antiguas.

—¿Qué hay abajo?

—Tu familia.

—Eso no me tranquiliza.

Elena tomó una lámpara.

—No se supone que bajemos.

—¿Y cuándo hemos hecho algo que se supone que debemos hacer?

Bajé.

Elena me siguió.

Lilith también.

Las escaleras parecían no terminar nunca.

A cada paso aparecían fotografías en las paredes.

Primero Jefferson.

Después Aleksandr.

Después Elena.

Después yo.

Y finalmente…

Mika.

Un hombre joven.

El mismo rostro del niño.

Solo que adulto.

Me detuve.

—Ese es él.

Elena asintió.

—Sí.

—Entonces el niño…

—Es una copia de su memoria.

—¿Y por qué está dentro de él?

—Porque Mika nunca murió.

—¿Dónde está?

Elena señaló hacia abajo.

—Aquí.

Llegamos al final.

Había una puerta metálica.

Sobre ella:

PRIMER LOWLET

Abrí.

La habitación era enorme.

Había cientos de fotografías.

Cientos de nombres.

Cientos de fechas.

En el centro había una silla.

Y sentado en ella...

estaba Mika.

Pero parecía tener más de ochenta años.

Levantó la cabeza.

Sonrió.

—Por fin.

Me quedé inmóvil.

—¿Eres mi padre?

—Sí.

—¿Por qué me llamaste Lowlet?

—Porque ese es nuestro apellido.

—¿Y Aleksandr?

—Mi hijo.

—Entonces Aleksandr era mi hermano.

Mika sonrió.

—Ahora empiezas a entender.

—¿Y Elena?

—Mi esposa.

Miré a Elena.

Ella bajó la mirada.

—¿Entonces todos somos familia?

—Todos.

—¿Jefferson?

Mika respondió:

—Mi hermano.

Me quedé callado.

—Esto es ridículo.

Mika soltó una pequeña carcajada.

—Nuestra familia siempre fue complicada.

—¿Quién creó todo esto?

Mika señaló las paredes.

—Nosotros.

—¿Por qué?

—Para encontrar una forma de sobrevivir a la muerte.

—¿Y funcionó?

Mika sonrió.

—No.

—Entonces ¿qué hicieron?

—Aprendimos a copiar recuerdos.

—¿Y luego?

—Intentamos copiar personas.

—¿Y finalmente?

—Descubrimos que era más fácil copiar una persona que conservarla.

Miré alrededor.

—¿Cuántas copias existen?

Mika respondió:

—Todas las que has conocido.

Sentí un escalofrío.

—Entonces Jefferson...

—Una copia.

—Mi hermano...

—Una copia.

—Aleksandr...

—Una copia.

Miré a Elena.

—¿Ella?

Mika negó.

—Ella no.

—¿Entonces?

—Ella es la única original.

Me giré hacia Elena.

—¿Y yo?

Mika sonrió.

—Tú eres el último.

—¿El último qué?

—El último intento de crear una persona que pueda sobrevivir sin ser copiada.

Silencio.

—¿Y lo lograste?

Mika me miró.

—No.

—¿Entonces?

—Lo hiciste tú.

—¿Yo?

—Sí.

Mika señaló mi pecho.

—Tú eres el primer Lowlet que nació sin necesitar recuerdos de otra persona.

Me quedé inmóvil.

—Entonces Aleksandr...

—No era tu origen.

—¿Y por qué recuerdo su vida?

Mika respondió:

—Porque él te enseñó a recordar.

—¿Cómo?

—Murió dentro de tu memoria.

Silencio.

—¿Murió dentro de mí?

—Sí.

Mika se levantó lentamente.

—Y ahora hay algo que debes saber.

—¿Qué?

Mika caminó hacia una pared.

La tocó.

Se abrió una puerta secreta.

Detrás había una habitación.

Una cama.

Una mesa.

Y una fotografía.

La levanté.

Era yo.

Pero detrás había una mujer.

No Elena.

Otra.

La mujer que había aparecido antes.

La primera Elena.

—¿Quién es ella?

Mika respondió:

—Tu verdadera madre.

—Pensé que era Elena.

—Elena te crió.

—Entonces ¿quién es esta mujer?

Mika me miró.

—La mujer que creó a Elena.

Sentí un escalofrío.

—¿Entonces quién creó a Elena?

Mika sonrió.

—Eso es lo que llevamos cincuenta y tres versiones intentando descubrir.

—¿Quién?

Mika señaló el espejo.

—Tú.

Miré mi reflejo.

Pero mi reflejo no me imitó.

Sonrió.

Y dijo:

—Por fin me encontraste.Capítulo 49 — El reflejo

Mi reflejo seguía sonriendo.

Yo no.

—¿Qué demonios...?

Levanté la mano.

Él no.

Elena se acercó lentamente.

—No lo mires demasiado tiempo.

—¿Por qué?

—Porque te reconoce.

—¿Y?

—Y eso es precisamente lo que no queremos.

Mi reflejo inclinó la cabeza.

—Ella sigue mintiéndote.

—¿Quién?

El reflejo señaló a Elena.

—Ella.

Elena dio un paso atrás.

—No lo escuches.

—¿Qué parte de todo esto es mentira?

El reflejo respondió:

—Casi toda.

—Muy útil.

—Pregúntame algo.

—¿Quién eres?

—Tú.

—Ya me lo han dicho.

—No.

Mi reflejo dejó de sonreír.

—Yo soy el tú que recuerda el principio.

—¿Qué principio?

—El verdadero.

—¿Y cuál es?

—Antes de Lowlet.

Silencio.

—¿Antes de Aleksandr?

—Mucho antes.

—¿Antes de Mika?

—Antes de todos.

Elena intervino:

—No necesitas saberlo.

—Creo que ya estoy cansado de que me digas lo que necesito.

Me acerqué al espejo.

—Habla.

Mi reflejo levantó un dedo.

—Primero debes responder una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Quieres saber la verdad...

Pausa.

—o quieres recuperar a los muertos?

Miré a Elena.

Pensé en Jefferson.

En mi hermano.

En Mika.

En todas las versiones.

—La verdad.

El reflejo sonrió.

—Entonces perderás a todos.

—¿Y si elijo recuperar a los muertos?

—Entonces nunca sabrás quién eres.

—¿Y si no elijo?

—Entonces yo elijo por ti.

El espejo comenzó a agrietarse.

—¿Qué estás haciendo?

—Terminando la historia.

—Todavía faltan capítulos.

Mi reflejo se quedó quieto.

—No para mí.

El cristal explotó.

¡CRASH!

Retrocedí.

Elena gritó.

Lilith comenzó a ladrar.

Entre los fragmentos apareció una puerta.

Una puerta pequeña.

Con una inscripción:

NO ENTRAR SI QUIERES SEGUIR SIENDO LOWLET.

—Eso parece una invitación.

—No lo es —dijo Elena.

Abrí la puerta.

Entramos.

Era una habitación completamente negra.

No había paredes visibles.

No había suelo.

Solo una mesa.

Y sobre ella...

un manuscrito.

Lo tomé.

La primera página decía:

"Esta es la historia de Lowlet."

Pasé la página.

Había nombres.

Jefferson.

Elena.

Aleksandr.

Mika.

Mi hermano.

Lilith.

Todos.

Después aparecía mi nombre.

Pero debajo había algo extraño.

AUTOR: LOWLET

Me quedé inmóvil.

—¿Yo escribí esto?

Elena respondió:

—Sí.

—¿Cuándo?

—Todavía no.

—Eso no tiene sentido.

—Ahora empiezas a comprender.

Leí la siguiente página.

Era exactamente el comienzo de nuestra historia.

La conversación con Jefferson.

El té.

Lilith.

La pregunta sobre las desapariciones.

Todo estaba escrito.

Pero entonces vi algo que nunca había ocurrido.

Una última línea:

"Lowlet matará a Jefferson."

—Eso no ocurrió así.

Elena negó.

—Todavía no.

—¿Qué?

—La historia original terminaba con su muerte.

—Pero Jefferson ya murió.

—Sí.

—Entonces ocurrió.

—No.

Elena señaló el manuscrito.

—Aquí dice que tú lo matarías.

—Pero no lo maté.

—Exactamente.

—Entonces alguien cambió la historia.

—Sí.

—¿Quién?

Elena me miró.

—Tú.

—¿Yo?

—La primera vez que decidiste no matarlo.

—Pero murió de todos modos.

—Sí.

—Entonces no cambió nada.

—Cambió todo.

La habitación comenzó a llenarse de páginas.

Cientos.

Miles.

Todas flotando alrededor de nosotros.

Cada una tenía una versión diferente.

JEFFERSON SOBREVIVE.

JEFFERSON MUERE.

LOWLET MUERE.

ELENA MUERE.

LILITH MUERE.

MIKA SOBREVIVE.

TODOS MUEREN.

Las páginas comenzaron a quemarse.

—¡¿Qué está pasando?!

Elena gritó:

—¡El libro se está quedando sin finales!

—¿Eso qué significa?

—Que ya no quedan posibilidades.

—¿Y qué ocurre cuando se acaban?

Elena me miró.

—La historia tiene que elegir una.

Las páginas desaparecieron.

Solo quedó una.

La levanté.

Había una frase:

"LOWLET DEBE ELEGIR QUIÉN VIVE."

—No.

La página cambió.

"LOWLET DEBE ELEGIR QUIÉN MUERE."

—Tampoco.

Cambió otra vez.

"LOWLET DEBE ELEGIR SI EXISTE."

Silencio.

Elena se acercó.

—Ahora entiendes.

—¿Qué?

—No estás luchando contra Aleksandr.

—¿Entonces contra quién?

Elena señaló el manuscrito.

—Contra el escritor.

Miré la última página.

Había una sola frase.

"Y EL ESCRITOR ESTÁ DENTRO DE LOWLET."

Sentí un escalofrío.

—¿Dónde?

Elena respondió:

—En el único lugar donde todavía no has buscado.

—¿Cuál?

Ella señaló mi cabeza.

—En el recuerdo que olvidaste a propósito.Capítulo 50 — El recuerdo que olvidé

—¿Qué recuerdo?

Elena no respondió.

—Te pregunté algo.

—Lo sé.

—Entonces responde.

—No puedo.

—¿Otra vez?

—Esta vez no depende de mí.

—¿De quién?

Elena señaló mi cabeza.

—De él.

—¿De quién?

—Del que llevas contigo.

Sentí un escalofrío.

—¿Aleksandr?

—No.

—¿Mika?

—Tampoco.

—Entonces ¿quién?

Elena se acercó.

—Tú.

Me quedé callado.

—Eso ya lo dijiste.

—No me refiero a Lowlet.

—¿Entonces?

—Al que estaba antes de todos ellos.

Cerré los ojos.

Intenté recordar.

Nada.

Solo oscuridad.

—No puedo.

—Porque tú mismo lo borraste.

—¿Por qué?

—Porque descubriste lo que había dentro.

—¿Qué había?

Elena respiró profundamente.

—El escritor.

Abrí los ojos.

—¿Una persona?

—No exactamente.

—Entonces dime qué es.

—Una memoria que puede escribir otras memorias.

—Eso no existe.

—Tú eres la prueba.

Miré el manuscrito.

—¿Cómo lo encuentro?

—Tienes que volver al primer recuerdo que borraste.

—¿Dónde está?

—En tu infancia.

—¿Qué edad tenía?

—Cuatro años.

—¿Qué pasó?

Elena se quedó en silencio.

—Mika murió.

Sentí un vacío.

—¿Mi padre?

—Sí.

—Pero acabas de decir que estaba vivo.

—En algunas versiones.

—¿Y en la original?

—Murió cuando tenías cuatro años.

—¿Cómo?

—Lo mataste.

Otra vez.

Siempre yo.

—¿Por qué?

—Porque te estaba intentando enseñar a recordar.

—¿Y qué recordé?

—A él.

—¿A quién?

Elena señaló el manuscrito.

—Al escritor.

La habitación desapareció.

Tenía cuatro años.

Estaba sentado en el suelo.

Mika estaba frente a mí.

—No debes abrir los ojos.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estás preparado.

—Quiero verlo.

—No.

—¿Qué hay?

Mika se arrodilló.

—Tu historia.

—¿Mi historia?

—Sí.

Me entregó un pequeño cuaderno.

—Escribe una cosa.

—¿Qué?

—Lo primero que recuerdes.

Tomé el lápiz.

Escribí:

"Mika."

Él sonrió.

—Bien.

—¿Ahora qué?

—Ahora escribe algo que todavía no haya ocurrido.

Lo pensé.

Después escribí:

"Mika muere."

Su sonrisa desapareció.

—¿Por qué escribiste eso?

—Porque lo recuerdo.

Mika se quedó completamente quieto.

—Eso todavía no ocurrió.

—Sí ocurrió.

—No.

—Sí.

—¿Cuándo?

Lo miré.

—Mañana.

Mika tomó el cuaderno.

—No puedes saber eso.

—Sí puedo.

—¿Quién te lo dijo?

Señalé detrás de él.

Había un espejo.

Mi reflejo era diferente.

Tenía la misma edad.

Pero sostenía el mismo cuaderno.

Y estaba escribiendo.

Mika se giró.

—No...

Mi reflejo levantó la cabeza.

—Hola, papá.

Mika retrocedió.

—¿Qué eres?

El reflejo respondió:

—El que escribe.

Mika intentó romper el espejo.

Yo comencé a llorar.

—¡No!

Mika me tomó.

—Corre.

—¿Por qué?

—Porque él no debe encontrarte.

—¿Quién?

Mika miró el espejo.

—Tú.

El cristal explotó.

Mi reflejo salió.

No caminó.

Simplemente apareció delante de nosotros.

Mika se interpuso.

—No lo toques.

El reflejo sonrió.

—Ya lo hice.

—¿Qué quieres?

—Continuar.

—¿Continuar qué?

—La historia.

Mika levantó el arma.

—No permitiré que lo hagas.

El reflejo lo miró.

—Ya está escrito.

Mika disparó.

El reflejo desapareció.

Y Mika cayó.

Me acerqué.

—Papá.

Él respiraba con dificultad.

—Escúchame.

—Sí.

—No recuerdes esto.

—¿Por qué?

—Porque si lo recuerdas...

Me agarró la mano.

—...él también recordará que existes.

—¿Quién?

Mika sonrió débilmente.

—Tu otro tú.

Y murió.

Abrí los ojos.

Estaba nuevamente en la habitación.

Elena estaba frente a mí.

—Ahora lo recuerdas.

No podía hablar.

Miré el manuscrito.

Una nueva página apareció.

"RECUERDO RECUPERADO."

Después otra.

"EL ESCRITOR DESPIERTA."

La tinta comenzó a moverse.

Escribió una última frase:

"LOWLET, MÍRAME."

Levanté la cabeza.

El espejo estaba allí.

Pero esta vez...

no había ningún reflejo.

Había alguien detrás de mí.

Me giré.

Era yo.

Exactamente yo.

Misma ropa.

Mismo rostro.

Misma cicatriz.

Sonrió.

—Hola.

Me quedé inmóvil.

—¿Quién eres?

—Ya lo sabes.

—No.

—Sí.

Se acercó.

—Soy el que escribió tu primer capítulo.

—¿Y qué quieres?

—Terminarlo.

—¿Cómo?

Levantó un cuchillo.

—Matándote.

Miré a Elena.

Ella estaba paralizada.

El otro Lowlet sonrió.

—No te preocupes.

Pausa.

—Después escribiré otro.Capítulo 51 — El segundo Lowlet

El otro Lowlet levantó el cuchillo.

Yo no retrocedí.

—¿Así termina?

—No.

—Entonces, ¿por qué tienes un cuchillo?

—Porque es más elegante que explicarlo.

Miré a Elena.

—¿Siempre fui tan insoportable?

—No.

—¿Entonces él qué es?

El otro Lowlet sonrió.

—Soy lo que tú habrías sido si nunca hubieras sentido culpa.

—No siento mucha.

—Por eso todavía me tienes miedo.

—No te tengo miedo.

—Todavía.

Se lanzó hacia mí.

Me aparté.

El cuchillo golpeó la mesa.

¡CLANG!

Agarré su muñeca.

Era exactamente igual a la mía.

—Eres más fuerte de lo que recordaba —dijo.

—¿Me has estado observando?

—Desde antes de que nacieras.

Le di un golpe.

Retrocedió.

—Eso dolió.

—Era la idea.

Sonrió.

—Ahora sí te reconozco.

Volvió a atacarme.

Esta vez no pude esquivarlo.

El cuchillo rozó mi brazo.

Sentí el calor de la sangre.

Lilith saltó sobre él.

Lo derribó.

—¡Lilith!

La perra gruñó.

El otro Lowlet la miró.

—Tú también...

Lilith enseñó los dientes.

—Siempre fuiste un problema.

La aparté.

—No la toques.

El otro Lowlet se levantó.

—Ahí está.

—¿Qué?

—La razón por la que nunca pudiste terminar la historia.

—¿Lilith?

—Sí.

Señaló a la perra.

—Ella no pertenece a ninguna versión.

—¿Qué significa eso?

—Que no puedo escribirla.

Elena intervino:

—Porque ella no es un recuerdo.

—Exactamente —dijo él.

Miré a Lilith.

—Entonces es real.

—Más que nosotros.

Silencio.

El otro Lowlet bajó el cuchillo.

—Por eso Jefferson murió.

—¿Qué tiene que ver ella?

—Jefferson descubrió que Lilith no podía ser reescrita.

—¿Y?

—Entonces comprendió algo.

—¿Qué?

—Que si quería detener el ciclo, necesitaba protegerla.

Me quedé quieto.

—Por eso la llevaba consigo.

—Sí.

—¿Y por qué me atacó?

—Porque sabía que tú intentarías salvarla.

—¿Eso está mal?

—No.

El otro Lowlet sonrió.

—Pero te distrae.

—¿De qué?

—De mí.

Se lanzó nuevamente.

Esta vez lo esperaba.

Bloqueé su brazo.

Lo golpeé en el estómago.

Cayó.

Me puse encima de él.

—¿Cómo termino esto?

—No puedes.

—Puedo matarte.

—Sí.

—Entonces termina.

—Si me matas...

Sonrió.

—...matas la parte de ti que sabe escribir.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué?

—Yo soy tu memoria creativa.

—¿Mi qué?

—La parte que inventa posibilidades.

—Entonces no eres una persona.

—Tú tampoco.

—Sí lo soy.

—¿Seguro?

Me mostró su brazo.

La piel comenzó a desaparecer.

Debajo no había huesos.

Había letras.

Cientos de palabras.

Mi nombre.

Fechas.

Fragmentos de conversaciones.

Todo escrito dentro de él.

—¿Ves?

—¿Qué demonios...?

—No soy carne.

Señaló mi brazo.

La herida que me había hecho estaba desapareciendo.

—Tú tampoco.

Miré mi piel.

Debajo aparecieron palabras.

LOWLET.

JEFFERSON.

ELENA.

MIKA.

LILITH.

—No...

—Sí.

El otro Lowlet se levantó.

—La diferencia entre nosotros es sencilla.

—¿Cuál?

—Yo sé que soy una historia.

Pausa.

—Tú todavía crees que eres una persona.

Elena se acercó.

—No lo escuches.

—¿Por qué?

—Porque quiere que renuncies a tu identidad.

El otro Lowlet soltó una carcajada.

—¡No!

Miró a Elena.

—Quiero que descubra quién se la dio.

—¿Quién?

El otro Lowlet señaló a Elena.

—Ella.

Me giré.

—¿Tú me diste mi identidad?

Elena no respondió.

—Elena.

Silencio.

—Respóndeme.

Finalmente habló.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque naciste sin una.

—¿Qué significa eso?

—Que cuando naciste...

Pausa.

—no tenías nombre.

—¿Y entonces?

—Tu padre te llamó Aleksandr.

—Pero ese no era mi nombre.

—No.

—Entonces ¿cuál era?

Elena me miró.

—Lowlet.

El otro Lowlet sonrió.

—Ahora sí.

La habitación comenzó a desaparecer.

Las paredes.

El suelo.

La puerta.

Todo.

Solo quedamos nosotros tres.

Y Lilith.

—¿Qué está pasando?

El otro Lowlet respondió:

—El capítulo se está acabando.

—¿Qué capítulo?

Señaló el manuscrito.

CAPÍTULO 51.

—Entonces ¿qué ocurre después?

El otro Lowlet sonrió.

—Después viene la parte que nunca escribiste.

—¿Cuál?

Me señaló.

—La parte donde descubres quién está leyendo.

El manuscrito se abrió solo.

Una nueva frase apareció:

"EL LECTOR HA ENTRADO EN LA HISTORIA."

Y entonces...

escuchamos una puerta abrirse.

Pero esta vez no había nadie detrás.

Había una habitación llena de personas.

Todas sentadas.

Todas leyendo.

Todas mirándonos.

Y en la primera fila...

estaba Jefferson.

Vivo.

Sonriendo.

—Llegas tarde, Lowlet.Capítulo 52 — Los lectores

No dije nada.

Jefferson estaba sentado en la primera fila.

Vivo.

Llevaba el mismo abrigo.

La misma expresión tranquila.

Incluso tenía a Lilith a su lado.

Pero Lilith estaba conmigo.

Miré a la perra.

Después a Jefferson.

Jefferson levantó una mano.

—Hola, muchacho.

—Tú estás muerto.

—Eso me han dicho varias veces.

—¿Eres real?

Jefferson miró a los demás.

—¿Qué opinan ustedes?

Nadie respondió.

Había decenas de personas sentadas en aquella habitación.

Hombres.

Mujeres.

Niños.

Ancianos.

Todos tenían un libro sobre las piernas.

Todos llevaban mi historia en las manos.

—¿Quiénes son?

Jefferson respondió:

—Los que nos han mantenido vivos.

—¿Los lectores?

—Exactamente.

El otro Lowlet se acercó.

—No les hables.

Jefferson lo miró.

—Sigues siendo desagradable.

—Y tú sigues muerto.

—Eso nunca me impidió conversar.

Me acerqué a Jefferson.

—¿Tú sabes quién soy?

—Sí.

—¿Quién?

Jefferson sonrió.

—Depende de qué edición estés leyendo.

—No estoy jugando.

—Yo tampoco.

Levantó su libro.

—En mi versión eres un asesino.

Levantó otro.

—En esta eres una víctima.

Otro.

—En esta eres un detective.

Otro.

—Aquí eres el villano.

Otro.

—Aquí eres un niño.

Cerró el último.

—Y en esta...

Me miró.

—eres el autor.

Sentí un escalofrío.

—¿Cuál es la verdadera?

Jefferson dejó el libro sobre sus piernas.

—Ninguna.

—¿Entonces?

—Todas.

Elena se acercó.

—No puedes quedarte aquí.

Jefferson la miró.

—Tú tampoco.

—Lo sé.

—Entonces sabes lo que tenemos que hacer.

Elena negó.

—No.

Jefferson se levantó.

—Tenemos que cerrar el libro.

Las personas comenzaron a murmurar.

El otro Lowlet se puso delante.

—No.

Jefferson lo miró.

—Tú no decides.

—Yo escribí el final.

—No.

Jefferson señaló el libro.

—Tú escribiste una posibilidad.

—Es lo mismo.

—No lo es.

Jefferson caminó hacia mí.

—Lowlet, necesito que hagas algo.

—¿Qué?

Me entregó su libro.

—Ábrelo en la última página.

Lo hice.

Solo había una frase:

"JEFFERSON MUERE."

—Eso ya pasó.

—No.

Jefferson negó.

—Eso es lo que debía pasar.

—¿Y qué pasó realmente?

—Tú lo cambiaste.

—¿Cómo?

Jefferson sonrió.

—Me invitaste a tomar té.

Me quedé callado.

—¿Eso fue lo que cambió todo?

—Sí.

—¿Una taza de té?

—A veces las grandes tragedias empiezan con cosas bastante estúpidas.

Miré a Elena.

Ella sonrió ligeramente.

—Eso sí suena como nuestra familia.

Jefferson continuó:

—Cuando me invitaste a tu casa, rompiste la historia original.

—¿Y por qué?

—Porque el Lowlet original nunca hablaba con sus víctimas.

Pausa.

—Tú sí.

—¿Y eso qué cambió?

—Te convertiste en una persona.

El otro Lowlet negó.

—Eso es mentira.

Jefferson lo miró.

—Entonces explica por qué no puedes escribir lo que hace.

Silencio.

El otro Lowlet no respondió.

Jefferson volvió a mirarme.

—Ese es tu verdadero poder.

—¿Escribir?

—No.

—¿Entonces?

—Elegir.

Las luces se apagaron.

Los lectores cerraron sus libros al mismo tiempo.

PUM.

El sonido retumbó por toda la habitación.

—¿Qué están haciendo?

Jefferson respondió:

—Dejando de leerte.

—¿Qué?

—Durante toda tu vida, cada decisión que tomaste ya estaba escrita.

Señaló a los lectores.

—Pero ahora ellos han cerrado los libros.

Uno por uno, los lectores comenzaron a desaparecer.

—¿Y qué ocurre ahora?

Jefferson sonrió.

—Ahora nadie sabe qué vas a hacer.

El otro Lowlet palideció.

—No.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Él retrocedió.

—No puedo verte.

—¿Qué?

—No puedo saber qué vas a hacer.

Sonreí.

—Entonces por primera vez...

Miré el cuchillo que había dejado en el suelo.

—...estamos jugando en igualdad de condiciones.

El otro Lowlet dio un paso atrás.

—No entiendes lo que estás haciendo.

—Probablemente no.

Recogí el cuchillo.

—Pero eso empieza a gustarme.

Jefferson soltó una carcajada.

—Ahora sí pareces un Lowlet.

Elena negó con la cabeza.

—No.

Todos la miramos.

Ella me observó.

—Ahora parece algo peor.

—¿Qué?

Elena sonrió.

—Una persona libre.

Las luces volvieron.

Los lectores habían desaparecido.

La habitación estaba vacía.

Solo quedábamos cuatro.

Yo.

Elena.

Lilith.

Y el otro Lowlet.

Él miró hacia la puerta.

—Tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Sin lectores...

Pausa.

—la historia puede terminar de cualquier manera.

Entonces la puerta se abrió.

Y detrás de ella...

había una ciudad completamente desconocida.

Jefferson apareció una última vez al fondo.

—Bienvenido al mundo que nunca escribiste.

Y desapareció.Capítulo 54 — Antes de ser alguien

La luz desapareció.

Abrí los ojos.

Estaba sentado en una habitación pequeña.

No había puertas.

No había ventanas.

Solo una mesa.

Y frente a mí...

un niño.

Tenía unos cuatro años.

Me miraba fijamente.

—¿Quién eres?

El niño sonrió.

—Ya me conoces.

—¿Mika?

—No.

—¿Aleksandr?

—Tampoco.

—¿Entonces?

El niño señaló mi pecho.

—Yo estaba ahí antes que todos ellos.

—¿Eres mi primer recuerdo?

—No.

—¿Entonces?

—Soy tu primera decisión.

Me quedé callado.

—¿Qué decisión?

El niño puso una hoja sobre la mesa.

Había una sola pregunta:

¿QUIERES EXISTIR?

—¿Y qué respondí?

—Sí.

—¿Por qué?

El niño sonrió.

—Porque tenías miedo de estar solo.

Sentí un dolor en el pecho.

—¿Solo?

—Antes de ti no había nadie.

—¿Entonces de dónde salieron los demás?

—Los inventaste.

—¿Yo inventé a Aleksandr?

—Sí.

—¿Mika?

—Sí.

—¿Elena?

—Sí.

—¿Jefferson?

—También.

—¿Lilith?

El niño negó.

—Ella no.

—¿Por qué?

—Porque ella apareció sin que la imaginaras.

—Entonces es la única real.

—Exactamente.

Me levanté.

—¿Y por qué hice todo esto?

El niño me miró.

—Porque querías compañía.

—¿Y por qué convertí todo en una historia?

—Porque era la única manera que conocías de mantenerlos contigo.

Miré la hoja.

—¿Y las cincuenta y tres versiones?

—Intentos.

—¿De qué?

—De hacer una versión de ti que pudiera vivir sin necesitar a los demás.

—¿Y esta es la última?

—Sí.

—¿Funcionó?

El niño sonrió.

—Todavía no.

—¿Qué falta?

—Que aceptes que algunos de ellos nunca fueron reales.

Sentí rabia.

—No.

—Sí.

—Jefferson era real.

—Para ti.

—Elena era real.

—Para ti.

—Mika era mi padre.

—Para ti.

—Entonces ¿qué diferencia hay?

El niño respondió:

—La diferencia es que ahora puedes decidir qué significa "real".

Silencio.

La habitación comenzó a cambiar.

Aparecieron recuerdos.

Jefferson tomando té.

Lilith orinando las flores.

Elena riendo.

Mika enseñándome a escribir.

Aleksandr caminando por el bosque.

Todos eran momentos que recordaba.

Pero ahora entendía algo.

No importaba si habían nacido de una mente, de una historia o de un mundo.

Habían formado parte de mí.

Y eso era suficiente.

—No voy a borrarlos.

El niño sonrió.

—Lo sabía.

—Pero tampoco voy a repetir sus vidas.

—Entonces ya estás listo.

—¿Para qué?

El niño desapareció.

La habitación se abrió.

Volví a la ciudad.

El anciano seguía allí.

Elena también.

El otro Lowlet estaba de rodillas.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

—Elegí.

—¿Qué elegiste?

—Que ustedes sean parte de mi historia.

—¿Y qué significa eso?

—Que no necesito que sean reales para recordarlos.

El otro Lowlet levantó la mirada.

—Entonces...

Pausa.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Lo miré.

—Dejarte vivir.

Se quedó sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque si te mato, vuelvo a ser tú.

Elena sonrió.

El anciano golpeó el suelo con su bastón.

La ciudad comenzó a desaparecer.

Los edificios se volvieron transparentes.

Las personas desaparecieron.

El cielo blanco se partió como una hoja.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

El anciano respondió:

—La historia terminó.

—¿Ya?

—No.

Sonrió.

—Ahora comienza tu vida.

Todo quedó completamente blanco.

Y antes de que pudiera ver nada más...

escuché a Lilith ladrar.

Abrí los ojos.

Estaba en mi casa.

Había una taza de té sobre la mesa.

Una sola.

Y junto a ella...

una nota.

La reconocí inmediatamente.

Era mi letra.

"No investigues las desapariciones."

Debajo había otra línea.

"Ya sabes quién se las llevó."

Miré hacia la ventana.

Había una silueta en la calle.

Una mujer.

Me estaba observando.

Y aunque no podía verle el rostro...

sabía exactamente quién era.

La verdadera madre de Elena.Capítulo 55 — La mujer de la ventana

No me moví.

La mujer seguía al otro lado de la calle.

No parecía tener prisa.

Tampoco parecía esconderse.

Simplemente estaba allí.

Mirándome.

—Lilith…

La perra levantó las orejas.

—Quédate aquí.

Abrí la puerta.

El aire frío entró en la casa.

La mujer comenzó a caminar.

No hacia mí.

Hacia la esquina.

—Eso sí que es una invitación.

La seguí.

Doblé la esquina.

Nada.

La calle estaba vacía.

—Muy elegante.

Entonces escuché:

—¿Buscas a alguien?

Me giré.

La mujer estaba detrás de mí.

Ahora podía verle el rostro.

Y durante unos segundos no pude decir nada.

Porque se parecía a Elena.

Muchísimo.

Pero había algo diferente.

Sus ojos.

Eran exactamente iguales a los míos.

—¿Quién eres?

—La pregunta correcta sería: ¿qué recuerdas de mí?

—Nada.

—Perfecto.

—¿Perfecto?

—Significa que Elena hizo bien su trabajo.

—¿Qué trabajo?

La mujer sonrió.

—Borrarte.

—¿Borrarme qué?

—A mí.

Se acercó.

—Mi nombre es Vera.

Sentí un escalofrío.

El nombre no me resultaba familiar.

Pero mi cuerpo reaccionó antes que mi memoria.

Di un paso atrás.

—¿Por qué te conozco?

—Porque me conociste antes de tener nombre.

—Eso no tiene sentido.

—En tu familia casi nada lo tiene.

Miró hacia mi casa.

—¿Dónde está Elena?

—No lo sé.

—¿Todavía crees que ella te abandonó?

—¿Debería creerlo?

—No.

Vera suspiró.

—Ella está intentando mantenerte vivo.

—¿De quién?

—De mí.

Silencio.

—¿Tú quieres matarme?

—No.

—Entonces ¿qué quieres?

Vera me miró fijamente.

—Quiero que recuerdes por qué me olvidaste.

—¿Y por qué te olvidé?

—Porque me mataste.

Otra vez.

Siempre terminábamos hablando de alguien muerto.

—¿Cuándo?

—Antes de que nacieras.

—Eso es imposible.

—Para ti.

Sacó una fotografía del bolsillo.

Me la entregó.

Era una fotografía antigua.

Aparecía Elena.

Mika.

Aleksandr.

Jefferson.

Y una mujer más joven.

Vera.

Pero había algo extraño.

Yo también aparecía.

Era un niño.

—Esta fotografía no puede existir.

—Claro que puede.

—Yo no estaba allí.

—Sí estabas.

—¿Entonces por qué no lo recuerdo?

—Porque esa fue la noche en que decidiste olvidarme.

Miré la fotografía con atención.

En el fondo había una puerta.

Sobre ella aparecía una inscripción:

ARCHIVO 0

—¿Qué es eso?

Vera respondió:

—El lugar donde guardamos las cosas que nunca debieron existir.

—¿Las desapariciones?

—Entre otras cosas.

—¿Quién está desapareciendo personas?

Vera sonrió.

—Ahora sí estás haciendo la pregunta correcta.

—¿Quién?

—Tu madre.

Me quedé inmóvil.

—Elena.

—No.

—Entonces ¿Vera?

Negó.

—La mujer que creó a Elena.

—¿Quién es?

Vera se acercó.

—La persona que tú llamabas mamá antes de aprender a hablar.

Sentí un vacío en el estómago.

—¿Tú?

—No.

—Entonces dime su nombre.

Vera miró hacia el cielo.

—No tiene nombre.

—Todos tienen uno.

—Ella no necesita uno.

—¿Por qué?

—Porque fue la primera.

—¿La primera qué?

Vera respondió:

—La primera persona que descubrió cómo convertir recuerdos en seres humanos.

Me quedé callado.

—¿Y las personas desaparecidas?

—Ella las está usando.

—¿Para qué?

Vera bajó la voz.

—Para construirte un cuerpo nuevo.

—¿Qué?

—El cuerpo que tendrás cuando este deje de funcionar.

Miré mis manos.

—¿Por qué necesitaría otro?

Vera sonrió.

—Porque ya no eres una copia.

Pausa.

—Y las cosas reales...

se mueren.

Sentí un escalofrío.

—¿Cuánto tiempo me queda?

Vera no respondió.

—Dímelo.

—No mucho.

—¿Días?

—No.

—¿Meses?

—Tampoco.

—Entonces ¿cuánto?

Vera miró detrás de mí.

Lilith estaba parada en medio de la calle.

La perra me observaba.

Después miró a Vera.

Y comenzó a gruñir.

Vera dio un paso atrás.

Por primera vez...

parecía tener miedo.

—¿Qué ocurre?

Vera susurró:

—Ella me reconoce.

—¿De dónde?

—De antes.

—¿Antes de qué?

Vera retrocedió.

—Antes de que tú nacieras.

Lilith comenzó a ladrar.

Las ventanas de las casas se iluminaron una tras otra.

Una voz salió de todas al mismo tiempo:

—Lowlet.

Vera palideció.

—Ya te encontraron.

—¿Quiénes?

La voz volvió a escucharse.

—Los desaparecidos.

Y entonces todas las puertas de la calle...

se abrieron al mismo tiempo.Capítulo 56 — Los desaparecidos

Las puertas se abrieron al mismo tiempo.

Una.

Dos.

Diez.

Veinte.

No había nadie detrás.

Solo oscuridad.

Lilith gruñía.

Vera no apartaba los ojos de las casas.

—No entres en ninguna.

—No pensaba hacerlo.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Una figura salió de la primera casa.

Era un hombre.

Caminaba lentamente.

Después salió una mujer.

Luego un niño.

Después otro hombre.

Todos tenían algo en común.

Los reconocía.

—Son ellos...

Vera asintió.

—Los desaparecidos.

—¿Están vivos?

—No exactamente.

El hombre que estaba más cerca levantó la cabeza.

—Lowlet.

—¿Qué quieren?

—Recordarte.

—¿Recordarme qué?

El hombre sonrió.

—Que nosotros también fuimos personas.

—Lo sé.

—No.

Su voz cambió.

—Tú lo olvidaste.

Otro desaparecido habló:

—Todos nos olvidaron.

Una mujer se acercó.

—Excepto ella.

Señaló a Vera.

—Ella nos recuerda.

Vera bajó la mirada.

—Porque yo los traje aquí.

La miré.

—¿Qué?

—Yo provoqué las desapariciones.

—¿Por qué?

—Porque ella necesitaba cuerpos.

—¿Para mí?

Vera asintió.

—Para construirte uno nuevo.

—¿Y qué les pasó a ellos?

Vera cerró los ojos.

—Les quité sus recuerdos.

—¿Por qué?

—Porque eran incompatibles.

—¿Incompatibles con qué?

—Contigo.

El hombre dio un paso adelante.

—Nos convirtió en piezas.

—¿Y ahora qué quieren?

Todos respondieron al mismo tiempo:

—Que nos devuelvas.

Sentí un escalofrío.

—No sé cómo.

La mujer sonrió.

—Sí sabes.

—No.

—Escribir.

Miré mis manos.

—¿Escribir qué?

El hombre señaló mi pecho.

—Nuestros nombres.

—¿Y después?

—Recordarnos.

Vera me agarró del brazo.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque si los recuerdas a todos...

Pausa.

—ellos volverán.

—¿Eso es malo?

—No.

Vera me miró.

—Lo malo es que alguien tendrá que desaparecer para que ellos puedan regresar.

—¿Quién?

Vera no respondió.

No hizo falta.

Todos me miraron.

—Yo.

La mujer negó.

—No tú.

Señaló a Vera.

—Ella.

Vera se quedó inmóvil.

—No.

El hombre respondió:

—Ese fue el trato.

—¿Qué trato?

Vera me miró.

—Cuando te ayudé a escapar...

Pausa.

—prometí entregar mi vida si algún día descubrías la verdad.

—¿A quién?

—A la primera.

—¿La mujer que creó a Elena?

Vera asintió.

—Ella.

—¿Dónde está?

Todos los desaparecidos señalaron la misma dirección.

El cementerio.

—¿Qué hace allí?

La mujer respondió:

—Espera.

—¿A quién?

Todos me miraron.

—A ti.

Caminamos.

Vera iba detrás.

Lilith junto a mí.

El cementerio estaba completamente vacío.

Excepto por una tumba.

No tenía nombre.

Solo una fecha.

4 DE JUNIO DE 2006.

Me quedé inmóvil.

—Esa es mi fecha de nacimiento.

Vera susurró:

—Sí.

La tierra comenzó a moverse.

—¿Qué está pasando?

Una mano salió del suelo.

Después otra.

Una mujer comenzó a levantarse.

Era anciana.

Muy anciana.

Pero cuando levantó el rostro...

vi mis propios ojos.

—Hola, hijo.

Sentí que el corazón se me detenía.

—¿Eres...?

La mujer sonrió.

—La primera.

—¿Mi madre?

—Antes de Elena.

—¿Quién eres?

—La mujer que te escribió.

—¿Me escribiste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba alguien que pudiera sobrevivir a todos nosotros.

—¿Y por qué yo?

La mujer miró a Vera.

—Porque ella me lo pidió.

Vera comenzó a llorar.

—No.

La mujer sonrió.

—Sí.

Me miró.

—Tu verdadera madre no es Elena.

Pausa.

—No es Vera.

—Entonces ¿quién?

La anciana señaló a Lilith.

—Ella.

Me quedé helado.

—¿Lilith?

La perra se acercó lentamente.

La anciana se arrodilló.

Lilith dejó de gruñir.

Y apoyó la cabeza contra su mano.

La anciana sonrió.

—Por fin.

Miró hacia mí.

—Ahora sí puedo devolverte tu primer recuerdo.

—¿Cuál?

Lilith levantó la cabeza.

La anciana respondió:

—El día en que tú me llamaste mamá.Capítulo 57 — Mamá

No pude moverme.

Miré a Lilith.

Después a la anciana.

—Eso es imposible.

—Lo sé.

—Lilith es una perra.

La anciana sonrió.

—Para ti.

Lilith se acercó.

No ladró.

No gruñó.

Simplemente se sentó frente a mí.

Y entonces recordé.

No como antes.

No fue una visión.

Fue un recuerdo completo.

Yo tenía cuatro años.

Estaba sentado en el suelo de una casa que no reconocía.

Una mujer joven estaba frente a mí.

No era Elena.

No era Vera.

Era la anciana, pero mucho más joven.

Me sostenía entre sus brazos.

Yo lloraba.

—Mamá...

La mujer sonrió.

—Aquí estoy.

—Tengo miedo.

—No tengas miedo.

—¿Dónde está papá?

La mujer miró hacia la puerta.

—Se fue.

—¿Volverá?

—No.

—¿Por qué?

La mujer me abrazó.

—Porque murió para que tú pudieras vivir.

La memoria cambió.

Mika estaba en el suelo.

Herido.

Yo estaba a su lado.

—Papá.

Mika levantó la mirada.

—Escúchame.

—Sí.

—No eres una copia.

—¿Qué soy?

Mika sonrió.

—Eres mi hijo.

—¿Y mamá?

Mika miró hacia la mujer.

—Ella te encontrará.

—¿Quién?

Mika cerró los ojos.

—Lilith.

La memoria volvió a cambiar.

Yo estaba frente a una perra pequeña.

La misma mirada.

Los mismos ojos.

La acaricié.

—Mamá.

La perra movió la cola.

La mujer se acercó.

—¿Sabes quién es?

—Mamá.

La mujer comenzó a llorar.

—Sí.

Yo abracé a Lilith.

—No te vayas.

La perra lamió mi cara.

La memoria terminó.

Volví al cementerio.

Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Tú eres Lilith?

La anciana asintió.

—No exactamente.

—Entonces ¿qué es?

—Una parte de mí.

—¿Una parte?

—Mi memoria.

—¿Cómo?

—Cuando te creamos, no podíamos mantener tu memoria dentro de un cuerpo humano.

—¿Entonces?

—La dividimos.

Señaló a Lilith.

—Una parte quedó en ella.

—¿Y la otra?

La anciana se señaló.

—En mí.

Miré a Lilith.

—Entonces ella me protegió todo este tiempo.

—Sí.

—¿Por qué nunca me habló?

La anciana sonrió.

—Porque tú necesitabas creer que era una perra.

—¿Por qué?

—Porque necesitabas tener algo normal.

Eso me golpeó más que cualquier otra revelación.

Una cosa normal.

Una perra.

Un paseo.

Unas flores orinadas.

Una taza de té.

Pequeñas cosas.

La anciana se levantó.

—Ahora puedes elegir.

—¿Qué debo elegir?

—Puedes recuperar todos tus recuerdos.

—¿Y qué pasará?

—Recordarás cada vida.

—¿Y después?

—Tu cuerpo se romperá.

—¿Y si no los recupero?

—Los desaparecidos permanecerán muertos.

Miré a la multitud.

Todos esperaban.

Vera también.

Elena apareció detrás de ellos.

—No tienes que hacerlo.

La miré.

—¿Por qué?

—Porque ya eres suficiente.

El otro Lowlet apareció junto a ella.

—No.

Lo miré.

—¿Qué quieres ahora?

—Que recuerdes.

—¿Por qué?

—Porque quiero dejar de existir.

—¿Qué?

—Mientras tú sigas incompleto...

Pausa.

—yo sigo existiendo.

Miré al otro Lowlet.

Por primera vez no parecía mi enemigo.

Parecía cansado.

—¿Qué pasará si recupero todo?

—Desapareceré.

—¿Y tú quieres eso?

Asintió.

—Sí.

Miré a Elena.

—¿Y tú?

Ella sonrió.

—Yo ya elegí hace mucho.

—¿Qué elegiste?

—A ti.

La anciana levantó una mano.

—Entonces comienza.

Todos los desaparecidos cerraron los ojos.

Lilith se acercó.

Apoyó su cabeza contra mi pecho.

Y en ese instante...

todos los recuerdos regresaron.

Jefferson.

Mika.

Aleksandr.

Elena.

Vera.

Los desaparecidos.

Las cincuenta y tres vidas.

Las muertes.

Los nacimientos.

Las mentiras.

Las historias.

Todo.

Durante unos segundos pensé que iba a morir.

Pero no.

Abrí los ojos.

Todo estaba en silencio.

El otro Lowlet había desaparecido.

Los desaparecidos también.

Vera estaba en el suelo.

Elena permanecía de pie.

Y Lilith...

ya no era una perra.

Frente a mí había una mujer.

Joven.

Con los mismos ojos.

La misma mirada.

Me miró.

—Hola, hijo.

No pude responder.

Ella sonrió.

—Te tomó bastante tiempo.

Miré alrededor.

—¿Dónde están todos?

La mujer respondió:

—Ya no están aquí.

—¿Murieron?

—No.

—¿Entonces?

—Ahora viven dentro de ti.

Miré mis manos.

No había palabras debajo de mi piel.

Solo piel.

Normal.

Por primera vez.

La mujer tomó mi mano.

—Ahora puedes vivir.

—¿Y tú?

Ella sonrió.

—Yo ya viví suficiente.

Su cuerpo comenzó a desaparecer.

—No.

—No tengas miedo.

—Mamá…

Se detuvo.

Me miró.

—Dilo otra vez.

—Mamá.

Sonrió.

—Eso era todo lo que necesitaba escuchar.

Y desapareció.

Lilith cayó al suelo.

Volvió a ser una perra.

La levanté.

La abracé.

Y por primera vez desde que empezó todo...

no sabía qué iba a ocurrir después.

Entonces escuché una voz.

No era de Aleksandr.

No era de Elena.

No era de Mika.

Era mi propia voz.

—Ahora empieza la verdadera historia.Capítulo 58 — La verdadera historia

No solté a Lilith.

La tenía entre mis brazos mientras miraba el lugar donde había desaparecido mi madre.

Durante mucho tiempo pensé que conocer la verdad iba a hacer que todo tuviera sentido.

Me equivoqué.

La verdad no arregla nada.

Solo reemplaza las preguntas viejas por preguntas nuevas.

—¿Y ahora qué?

Elena estaba detrás de mí.

—Ahora puedes irte.

—¿A dónde?

—A cualquier lugar.

Miré el cementerio.

Ya no había nadie.

Ni desaparecidos.

Ni Mika.

Ni Vera.

Ni siquiera la anciana.

Solo quedaban las tumbas.

Y una de ellas tenía mi nombre.

Me acerqué.

La lápida decía:

LOWLET

2006 — ?

—No me gusta esa pregunta.

Elena se acercó.

—No es una pregunta.

—Entonces ¿qué es?

—Una advertencia.

—¿De quién?

—De ti.

Miré a Lilith.

La perra se bajó de mis brazos y comenzó a caminar.

—¿A dónde vas?

Lilith siguió caminando.

La seguí.

Salimos del cementerio.

Elena vino detrás.

Después de unos minutos llegamos a la casa.

Todo parecía exactamente igual.

La puerta.

Las flores.

La ventana.

La taza de té.

Entré.

La taza seguía sobre la mesa.

Pero había algo diferente.

Había dos.

Una frente a la otra.

—Yo solo tenía una.

Elena se sentó.

—La otra es para mí.

—¿Quién preparó el té?

—Tú.

—Yo estaba en el cementerio.

—Antes.

La miré.

—¿Qué quieres decir?

Elena señaló la segunda taza.

—Tuviste tiempo de venir aquí antes de ir al cementerio.

—No recuerdo haberlo hecho.

—Ahora recuerdas demasiado.

Me senté.

—¿Entonces hay cosas que todavía no recuerdo?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Una.

—¿Cuál?

Elena tomó la taza.

—La primera.

—Ya recordé mi nacimiento.

—No.

—Mi madre.

—Tampoco.

—Entonces ¿qué?

Elena bebió un sorbo.

—El día en que decidiste convertirte en Lowlet.

Me quedé quieto.

—Pensé que ese nombre era mío.

—No.

—¿Entonces quién me lo dio?

—Tú.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá.

Me levanté.

—Estoy cansado de escuchar eso.

—Lo sé.

—Quiero la verdad ahora.

Elena dejó la taza.

—Entonces ve al sótano.

—¿Qué hay allí?

—La primera habitación.

—Pensé que ya habíamos visto la primera habitación.

—No.

—¿Entonces qué vimos?

—Una copia.

—¿Y la verdadera?

Elena señaló el suelo.

—Debajo de esta casa.

Suspiré.

—Claro.

Abrí la puerta del sótano.

Bajé.

Había cajas viejas.

Libros.

Fotografías.

Una lámpara.

Y al fondo...

una puerta.

No tenía cerradura.

Solo una inscripción:

LOWLET NO EXISTE HASTA QUE ALGUIEN LO RECUERDA.

Abrí.

La habitación era completamente blanca.

En el centro había una silla.

Me acerqué.

Había alguien sentado allí.

Yo.

Pero no el otro Lowlet.

No una copia.

Era yo mismo.

Solo que mucho más joven.

Tenía unos veinte años.

Mi edad.

Me miró.

—Llegaste.

—¿Quién eres?

—El que tomó la decisión.

—¿Qué decisión?

Se levantó.

—Convertirse en Lowlet.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba un nombre para poder recordar a todos.

—¿Quiénes?

—Los que iban a morir.

—¿Tú sabías que iban a morir?

—Sí.

—¿Y no pudiste salvarlos?

Negó.

—Por eso escribí la historia.

—¿Para salvarlos?

—No.

—Entonces ¿para qué?

Me miró.

—Para que alguien los recordara.

Sentí un escalofrío.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Entonces quién eres?

Sonrió.

—La primera versión que entendió que las personas pueden desaparecer dos veces.

—¿Dos?

—Primero mueren.

Pausa.

—Después dejan de ser recordadas.

Se acercó.

—Yo no pude salvar sus vidas.

—Pero...

—Así que decidí salvar sus historias.

Miré la habitación.

—¿Y todo esto?

—Fue mi manera de hacerlo.

—¿Los asesinatos?

—Algunos.

—¿Las desapariciones?

—También.

—¿Jefferson?

—Una historia.

—¿Mika?

—Una historia.

—¿Elena?

—La única que se negó a serlo.

La puerta detrás de nosotros se cerró.

—¿Y ahora qué?

La primera versión de Lowlet sonrió.

—Ahora tú decides.

—¿Qué?

—Si quieres seguir siendo Lowlet...

Señaló una mesa.

Había una pluma.

Y un libro nuevo.

Completamente vacío.

—...tendrás que escribir el último capítulo.

—¿Y si no quiero?

—Entonces la historia termina aquí.

—¿Y todos?

—Serán olvidados.

Miré el libro.

Después a él.

—¿Y si escribo?

—Entonces alguien tendrá que vivir con las consecuencias.

—¿Quién?

Sonrió.

—Tú.

Tomé la pluma.

La hoja estaba completamente vacía.

Por primera vez nadie me estaba diciendo qué debía escribir.

No había destino.

No había lectores.

No había otro Lowlet.

No había escritor.

Solo yo.

Y entonces escribí una sola frase:

"Lowlet decidió no escribir el final."

La tinta se detuvo.

La casa quedó en silencio.

La primera versión de mí sonrió.

—Ahora sí.

—¿Ahora sí qué?

—Ya eres libre.

La habitación desapareció.

Abrí los ojos.

Estaba nuevamente en mi casa.

Elena estaba frente a mí.

Lilith dormía junto a la chimenea.

Afuera comenzaba a amanecer.

—¿Terminó?

Elena miró por la ventana.

—No.

—¿Entonces?

—Ahora empieza.

Miré el amanecer.

Por primera vez no había ningún misterio esperándome.

Ninguna profecía.

Ninguna versión de mí.

Ningún escritor.

Solo una mañana.

Una casa.

Una perra.

Y una taza de té.

Sonreí.

—Creo que me gusta esta historia.

Elena levantó una ceja.

—¿Cuál?

Miré hacia la ventana.

—La que todavía no escribí.Capítulo 59 — La mañana después

El sol entró por la ventana.

Era extraño.

Después de tantas noches oscuras, aquella mañana parecía casi ofensivamente normal.

Lilith dormía junto a la chimenea.

Elena preparaba café.

Yo estaba sentado frente a la mesa.

Sin armas.

Sin manuscritos.

Sin profecías.

—¿Qué haces? —preguntó Elena.

—Nada.

—Eso es nuevo.

—Estoy intentando acostumbrarme.

Elena dejó una taza frente a mí.

—Té.

—Gracias.

Bebí un poco.

Estaba horrible.

—¿Qué le pusiste?

—Nada.

—Entonces ¿por qué sabe así?

—Porque lo preparaste tú.

La miré.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque te conozco.

—Después de todo lo que pasó, eso es lo que más me preocupa.

Ella sonrió.

Por unos segundos no ocurrió nada.

Y eso me pareció maravilloso.

Hasta que alguien llamó a la puerta.

Toc. Toc. Toc.

Elena dejó de sonreír.

Lilith abrió los ojos.

—No —dijo Elena.

—¿Qué?

—No abras.

—¿Por qué?

—Porque nadie sabe que estamos aquí.

—Eso nunca ha detenido a nadie.

Me levanté.

Lilith comenzó a gruñir.

Abrí la puerta.

No había nadie.

Solo un paquete.

Pequeño.

Envuelto en papel marrón.

Lo recogí.

—¿Qué es?

Elena se acercó.

Había una palabra escrita encima:

LOWLET.

—¿Lo esperabas?

—No.

Abrí el paquete.

Dentro había una fotografía.

La miré.

Era nuestra casa.

Pero la fotografía estaba tomada desde arriba.

Como si alguien hubiera estado observándonos.

En la parte posterior había una fecha.

Mañana.

—Eso no tiene sentido.

Elena tomó la fotografía.

—Sí lo tiene.

—¿Qué significa?

—Alguien sabe dónde estamos.

—¿Quién?

Antes de que pudiera responder...

el teléfono sonó.

No recordaba tener teléfono.

Lo levanté.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Hola?

Una respiración.

Después una voz.

—¿Ya terminaste de escribir?

Me quedé inmóvil.

—¿Quién eres?

—La persona que te está esperando.

—¿Dónde?

—En el lugar donde todo comenzó.

—¿La casa?

—No.

—¿El cementerio?

—Tampoco.

—Entonces dime dónde.

La voz soltó una pequeña risa.

—Jefferson tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Siempre llegas tarde.

La llamada terminó.

Miré a Elena.

—Era Jefferson.

—No.

—Reconocí su voz.

—No era él.

—¿Cómo lo sabes?

Elena miró la fotografía.

—Porque Jefferson está muerto.

—Eso no significa mucho últimamente.

—Sí significa algo.

Señaló la parte posterior.

Había aparecido una nueva frase.

"UNO DE NOSOTROS NO ES QUIEN DICE SER."

Me quedé mirando.

—¿Quién?

Elena no respondió.

—¿Tú?

—No.

—¿Lilith?

La perra me miró.

—No.

—Entonces...

Miré la casa.

Todo parecía normal.

Demasiado normal.

Elena tomó su abrigo.

—Tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—Al lugar donde empezó todo.

—Pensé que no era la casa.

—No lo es.

—Entonces ¿dónde?

Elena abrió la puerta.

—La estación.

—¿Qué estación?

—La que cerraron hace veinte años.

—¿Por qué?

Elena me miró.

—Porque allí encontraron el primer cuerpo.

—¿De quién?

—De alguien que tenía tu rostro.

Sentí un escalofrío.

—Pero yo tenía cuatro años.

—Exactamente.

Salimos.

Lilith nos siguió.

Cerré la puerta.

Y justo antes de alejarnos...

vi algo escrito en el cristal.

No estaba allí antes.

"NO VAYAS A LA ESTACIÓN."

Debajo apareció otra frase.

"ÉL QUIERE QUE VAYAS."

Miré a Elena.

—¿Quién es "él"?

Ella respondió:

—Eso es lo que vamos a descubrir.

Comenzamos a caminar.

Y detrás de nosotros, dentro de la casa vacía...

el teléfono volvió a sonar.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

Nadie contestó.

Hasta que una voz salió del auricular:

—Lowlet no está allí.

Pausa.

—Pero yo sí.Capítulo 60 — La estación

La estación llevaba veinte años cerrada.

Aun así, las luces estaban encendidas.

—Eso no me gusta —dije.

Elena miró el edificio.

—A mí tampoco.

—Perfecto. Estamos progresando.

Lilith gruñó.

Entramos.

El aire olía a polvo y metal viejo.

No había empleados.

No había pasajeros.

Solo un reloj detenido.

3:17.

—¿Qué significa esa hora? —pregunté.

Elena no respondió.

—Elena.

—Fue la hora en que encontraron el cuerpo.

—¿Mi cuerpo?

—Uno de tus cuerpos.

Me acerqué al andén.

Había una banca.

Sobre ella, una caja.

La misma clase de caja que habíamos encontrado en casa.

La abrí.

Dentro había fotografías.

Todas mostraban la estación.

En diferentes años.

En todas aparecía el mismo niño.

Yo.

—¿Cómo puede ser?

Elena tomó una fotografía.

—Porque alguien te estuvo siguiendo antes de que nacieras.

—Eso es imposible.

—Ya dejamos atrás lo imposible.

Lilith comenzó a ladrar.

Miré hacia las vías.

Un tren apareció.

Sin ruido.

Sin luces.

Simplemente estaba allí.

Las puertas se abrieron.

Elena retrocedió.

—No subas.

—¿Por qué?

—Porque este tren no lleva pasajeros.

—Entonces ¿para qué está aquí?

Una voz salió de los altavoces:

—Para llevar a los que no deberían existir.

Las puertas permanecieron abiertas.

Dentro había una sola persona.

Jefferson.

Sentado tranquilamente.

Con su taza de té.

—¿Otra vez tú?

Jefferson levantó la taza.

—Llegas tarde.

—Estás muerto.

—Eso empieza a ser repetitivo.

Subí al tren.

Elena me siguió.

Lilith saltó detrás.

Las puertas se cerraron.

—¿A dónde vamos?

Jefferson señaló el asiento frente a él.

—Al principio.

—Ya fui al principio.

—No.

—Sí.

—Fuiste al principio que recuerdas.

—¿Y este?

—El que olvidaste.

El tren comenzó a moverse.

Por las ventanas no había paisaje.

Solo oscuridad.

—¿Quién te trajo?

Jefferson bebió té.

—Tú.

—¿Yo?

—La versión de ti que existe mañana.

—Eso no tiene sentido.

—Por eso funciona.

—¿Quién está controlando el tren?

Jefferson sonrió.

—Nadie.

—Entonces ¿cómo se mueve?

—Porque todavía no sabe que debería detenerse.

Miré a Elena.

Ella parecía preocupada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—No me mientas.

—No estoy mintiendo.

Jefferson soltó una carcajada.

—Ella sí.

Elena lo miró.

—Cállate.

—¿Qué me ocultas?

Elena permaneció en silencio.

—Elena.

Finalmente dijo:

—La estación nunca estuvo abandonada.

—¿Entonces?

—La utilizaban para transportar personas.

—¿Personas desaparecidas?

—Sí.

—¿A dónde?

Jefferson respondió:

—A la ciudad.

La ciudad que nunca había escrito.

—¿Quién los transportaba?

Jefferson dejó la taza.

—Yo.

Silencio.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque alguien tenía que hacerlo.

—¿Quién te lo pidió?

Jefferson me miró.

—Tú.

—Yo nunca te pedí eso.

—No tú.

Pausa.

—El Lowlet de antes.

El tren comenzó a frenar.

Las luces parpadearon.

Jefferson se levantó.

—Llegamos.

Las puertas se abrieron.

Al otro lado había un andén completamente blanco.

No había vías.

No había techo.

Solo una puerta.

Sobre ella:

ARCHIVO 0.

Elena se quedó inmóvil.

—No.

—¿Qué ocurre?

—Ese lugar no debería estar aquí.

Jefferson sonrió.

—Pero está.

Abrí la puerta.

Dentro había miles de cajas.

Cada una tenía un nombre.

MIKA.

ALEKSANDR.

VERA.

JEFFERSON.

ELENA.

LOWLET.

Y una última caja.

Sin nombre.

—¿Qué hay ahí?

Jefferson respondió:

—Tu primer cadáver.

—¿Mi cadáver?

—No.

Se acercó.

—El cadáver de la persona que eras antes de ser Lowlet.

Abrí la caja.

Estaba vacía.

—No hay nada.

Jefferson sonrió.

—Exactamente.

La puerta detrás de nosotros se cerró.

Y una voz salió de los altavoces:

—Ahora que recuerdas quién eres...

Las luces se apagaron.

—...es hora de descubrir quién te mató.Capítulo 61 — El cadáver que no estaba

Las luces volvieron.

La caja seguía abierta.

Vacía.

Miré a Jefferson.

—Dijiste que aquí estaba mi primer cadáver.

—Dije que debería estar.

—Eso no es lo mismo.

—Nunca dije que esta familia fuera buena organizando funerales.

Elena soltó una pequeña risa.

—Por fin dices algo inteligente.

La miré.

—¿Te parece gracioso?

—Después de todo lo que hemos vivido, sí.

Lilith olfateó la caja.

Luego se sentó.

—Ella tampoco encuentra nada.

Jefferson se acercó.

—Porque no hay cadáver.

—Entonces ¿por qué nos trajiste aquí?

Jefferson señaló el suelo.

Había una marca.

Una pequeña mancha de sangre seca.

—Porque alguien estuvo aquí.

Me agaché.

Toqué la sangre.

Un recuerdo apareció.

No una visión.

Un recuerdo mío.

Yo estaba en aquella misma habitación.

Tenía cuatro años.

Frente a mí estaba Mika.

Y junto a él…

Elena.

Mika hablaba:

—Si algún día recuerdas este lugar, no confíes en nadie.

Elena lo interrumpió:

—Ni siquiera en mí.

Mika la miró.

—Especialmente en ti.

El recuerdo terminó.

Me levanté.

—Ustedes dos ya sabían esto.

Elena bajó la mirada.

—Sí.

—¿Por qué nunca me lo dijeron?

—Porque prometimos que no lo recordarías.

—Pues funcionó perfectamente.

Jefferson soltó una carcajada.

—No seas injusto. Recordaste muchísimo.

—Cállate.

—Eso también lo recuerdo.

Miré a Elena.

—¿Qué pasó aquí?

Ella respiró profundamente.

—Mika intentó destruir el Archivo 0.

—¿Por qué?

—Porque descubrió que estaban utilizando tus recuerdos para crear nuevas versiones de ti.

—¿Y qué hiciste tú?

—Lo detuve.

Silencio.

—¿Lo mataste?

—No.

—Entonces ¿quién?

Elena miró a Jefferson.

Jefferson dejó de sonreír.

—Yo.

Me quedé inmóvil.

—¿Tú mataste a Mika?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me pidió que lo hiciera.

—¿Qué?

Jefferson señaló una caja.

Dentro había una fotografía.

Mika estaba sentado.

En su mano había una nota.

La tomé.

Solo decía:

"SI LLEGA EL MOMENTO, HAZLO ANTES DE QUE ME CONVIERTA EN ÉL."

—¿En quién?

Jefferson respondió:

—En el primer Lowlet.

Entendí.

Mika sabía que estaba perdiendo el control.

Y pidió morir antes de convertirse en otra copia.

—¿Entonces tú lo mataste para salvarlo?

Jefferson asintió.

—Sí.

—¿Y después?

—Después te llevamos lejos.

—¿Quiénes?

—Elena, Vera y yo.

Miré a Elena.

—Entonces ustedes no me estaban mintiendo para destruirme.

—No.

—Me estaban mintiendo para protegerme.

—Sí.

—Eso sigue siendo bastante molesto.

Jefferson sonrió.

—Ahora sí estás entendiendo a tu familia.

De pronto escuchamos un golpe.

Toc.

Todos nos giramos.

La puerta del Archivo 0 estaba abierta.

Pero no había nadie.

Lilith comenzó a caminar hacia ella.

—Lilith, espera.

Demasiado tarde.

Entró.

La seguimos.

Al otro lado había una habitación pequeña.

Una mesa.

Una silla.

Y una fotografía.

La recogí.

Era Mika.

Pero detrás de él aparecía un hombre que nunca había visto.

Jefferson palideció.

—No...

—¿Quién es?

Jefferson no respondió.

Elena sí.

—El hombre que empezó todo.

—¿La primera?

—No.

—Entonces ¿quién?

Elena miró la fotografía.

—Su hermano.

Jefferson cerró los ojos.

—Pensé que había muerto.

—¿Quién?

Jefferson respondió:

—Nikolai.

La fotografía comenzó a arder.

Pero antes de convertirse en cenizas...

una frase apareció en el reverso:

"No murió. Se fue a buscarte."

Miré a Jefferson.

—¿Dónde está?

Jefferson respiró profundamente.

—En la ciudad.

—¿La ciudad que nunca escribí?

—Sí.

Miré a Elena.

—Entonces vamos.

Jefferson negó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque esta vez no podremos traerlo de vuelta.

—¿Y si no quiero traerlo?

Jefferson me miró.

—Entonces tendrás que matarlo.

Tomé la fotografía.

La guardé en mi bolsillo.

—Bien.

Lilith ladró.

—¿Qué?

La perra miró hacia la puerta.

Había alguien parado allí.

Un hombre.

Alto.

Viejo.

Con el mismo rostro de Mika.

Me miró directamente.

—No tienes que venir a buscarme, Lowlet.

Sonrió.

—Ya estoy aquí.Capítulo 62 — Nikolai

Nikolai entró en la habitación como si fuera su casa.

Miró a Jefferson.

—Sigues vivo.

Jefferson respondió:

—Tú también.

—Por poco.

—Eso nos convierte en familia.

Nikolai soltó una risa.

—Siempre fuiste malo haciendo chistes.

—Y tú siempre fuiste malo muriéndote.

Los dos se quedaron mirándose.

Yo levanté la fotografía.

—¿Tú eres el hombre que empezó todo?

Nikolai me observó.

—No.

—Entonces ¿quién?

—Tu padre.

—Mika.

—Sí.

—Pensé que tú eras su hermano.

—Lo soy.

—Entonces ¿por qué dijiste que él empezó todo?

Nikolai miró a Elena.

—Porque ella te contó una versión incompleta.

—¿Otra vez?

Elena suspiró.

—No sabía cómo explicarlo.

—Prueba con la verdad.

Nikolai se sentó.

—Mika descubrió cómo conservar recuerdos.

—Eso ya lo sé.

—Pero no fue el primero.

—¿Quién fue?

—Yo.

Silencio.

—¿Tú creaste las primeras copias?

—Sí.

—¿Por qué?

Nikolai miró sus manos.

—Mi hija murió.

La habitación quedó en silencio.

—Tenía nueve años.

—Lo siento.

—No quiero que lo sientas. Quiero que entiendas.

Nikolai continuó:

—Intenté conservar sus recuerdos. Después intenté reconstruir su cuerpo. Funcionó.

—¿La recuperaste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tenía sus recuerdos, pero no era ella.

—Entonces abandonaste el proyecto.

—No.

Sonrió con tristeza.

—Me obsesioné.

Durante años creó copias.

Personas.

Familias.

Versiones.

Hasta que apareció Mika.

—Mika intentó detenerme.

—¿Y tú?

—Le enseñé todo lo que sabía.

—Entonces él aprendió de ti.

—Sí.

—Y después me creó.

Nikolai negó.

—No.

—¿Entonces?

—Tú existías antes de que Mika supiera cómo hacerlo.

Lo miré.

—¿Qué significa eso?

—Que no te creamos.

—Entonces ¿quién?

Nikolai señaló a Lilith.

La perra levantó la cabeza.

—Tu madre.

—Ya me dijeron eso.

—No.

Nikolai negó.

—No hablo de la mujer que conociste.

Señaló a Lilith.

—Hablo de la conciencia que existía antes de todos nosotros.

Lilith se levantó.

Sus ojos cambiaron.

Durante un instante vi en ellos algo humano.

Nikolai sonrió.

—Ella fue la primera.

—¿La primera persona?

—La primera memoria.

Lilith caminó hacia mí.

—¿Y qué quiere?

Nikolai respondió:

—Nada.

—Entonces ¿por qué está aquí?

—Porque te estaba esperando.

Lilith se sentó frente a mí.

La miré.

—¿Puedes hablar?

Silencio.

—¿Mamá?

Lilith inclinó la cabeza.

—¿Puedes responderme?

La perra movió la cola.

Jefferson se acercó.

—Creo que esa fue su manera de decir que sí.

—Gracias, Jefferson.

—De nada.

Nikolai se levantó.

—Ya sabes quién soy.

—Sí.

—Ahora tienes que decidir qué hacer conmigo.

—¿Qué quieres que haga?

—Matarme.

Elena reaccionó:

—No.

Nikolai la miró.

—Si no lo hace, volveré a empezar.

—¿Empezar qué?

—Todo.

—¿Por qué?

—Porque todavía no acepto que mi hija murió.

Me quedé mirándolo.

—¿Y cuántas personas tienen que morir por eso?

Nikolai bajó la cabeza.

—Las necesarias.

—Entonces no.

—¿No?

—No voy a matarte.

Nikolai sonrió.

—Entonces tendrás que detenerme.

Sacó un pequeño dispositivo.

Lo activó.

La ciudad comenzó a temblar.

Las paredes se llenaron de grietas.

Jefferson levantó su arma.

—¡Nikolai!

—Ya es demasiado tarde.

Las luces se apagaron.

Los habitantes comenzaron a aparecer en las calles.

Cientos.

Miles.

Todos eran copias.

Todos tenían el mismo rostro.

El mío.

Nikolai me miró.

—Quería un hijo perfecto.

Señaló la ciudad.

—Pero ahora tengo miles.

Yo miré a Lilith.

Después a Elena.

Después a Jefferson.

—Entonces supongo que tendremos que limpiar la casa.

Jefferson sonrió.

—Eso sí lo sé hacer.

Nikolai levantó la mano.

Las copias comenzaron a correr hacia nosotros.

Y por primera vez...

no tuve miedo.

Porque esta vez no estaba intentando descubrir quién era.

Ya lo sabía.

Y eso significaba que podía pelear.Capítulo 63 — La última pelea

Las copias corrieron hacia nosotros.

No tenían armas.

No las necesitaban.

Eran demasiadas.

—¿Alguna idea? —pregunté.

Jefferson levantó su arma.

—Sí.

—¿Cuál?

—Corre.

—Excelente estrategia.

Salimos por la puerta.

Las primeras copias chocaron contra nosotros.

Golpeé a una.

Cayó.

Otra me agarró del brazo.

Lilith saltó sobre ella.

—¡Buena chica!

Elena golpeó a otra con una barra de hierro.

—¿Cuántas son?

Jefferson miró la calle.

—Demasiadas.

—Eso no es un número.

—Es el número que importa.

Nikolai permanecía al fondo.

No atacaba.

Solo observaba.

—¡Nikolai!

Levantó la cabeza.

—¿Qué?

—¡Detén esto!

—No puedo.

—¡Tú lo empezaste!

—Precisamente.

Las copias seguían llegando.

Entonces Lilith corrió directamente hacia Nikolai.

Nikolai retrocedió.

—No.

Lilith se detuvo frente a él.

Lo miró.

Nikolai comenzó a llorar.

—Tú…

La perra apoyó la cabeza contra su mano.

Nikolai tembló.

—Ella tenía esos mismos ojos.

Nadie habló.

Nikolai cayó de rodillas.

—Mi hija...

Lilith se quedó junto a él.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Nikolai—. Que durante todos estos años pensé que quería recuperarla.

Miró a Lilith.

—Pero solo quería dejar de sentir que la había perdido.

Me acerqué.

—Entonces deja que se vaya.

Nikolai cerró los ojos.

—No sé cómo.

—Empieza por detener esto.

Nikolai miró el dispositivo.

Lo levantó.

—Si lo destruyo...

—¿Qué?

—Todas las copias desaparecerán.

Miré a las personas que nos rodeaban.

—¿Todas?

—Sí.

—¿Incluyéndote?

Nikolai sonrió.

—Especialmente a mí.

Elena se acercó.

—No tienes que morir.

Nikolai negó.

—Sí tengo.

—No.

—Elena…

—No vuelvas a hacer que otra persona pague por tus errores.

Nikolai la miró.

Después me miró a mí.

—Entonces hazlo tú.

Me entregó el dispositivo.

—¿Qué?

—Tú decides.

Tomé el aparato.

Tenía un único botón.

FINALIZAR.

Miré a las copias.

Algunas parecían confundidas.

Otras lloraban.

Una niña se acercó.

Tenía mi rostro.

Pero no mi edad.

—¿Voy a morir?

No pude responder.

La niña sonrió.

—Está bien.

—¿Por qué?

—Porque nunca debí existir.

Aquella frase me dolió.

Miré a Nikolai.

—Tú hiciste esto.

—Sí.

—Entonces tú debes terminarlo.

Nikolai tomó el dispositivo.

—De acuerdo.

Presionó el botón.

Nada ocurrió.

Esperamos.

Una segunda.

Dos.

Tres.

Las copias comenzaron a desaparecer.

No murieron.

Simplemente se deshicieron como humo.

Una por una.

Nikolai fue el último.

Miró a Lilith.

—Gracias.

Lilith ladró suavemente.

Nikolai sonrió.

Y desapareció.

La ciudad quedó vacía.

Solo quedábamos nosotros.

Jefferson.

Elena.

Lilith.

Y yo.

Jefferson miró alrededor.

—Bueno.

—¿Qué?

—Al menos ya no tenemos que limpiar.

Elena soltó una carcajada.

—Eres un idiota.

—Sí.

Me senté en una banca.

Por primera vez en mucho tiempo...

sentí silencio.

—¿Se terminó?

Jefferson negó.

—No.

Lo miré.

—¿Qué falta?

Jefferson señaló mi bolsillo.

Saqué la fotografía.

La que mostraba a Nikolai.

Pero ahora había algo escrito detrás.

Una frase nueva.

"GRACIAS POR LIBERARME."

Miré a Lilith.

La perra estaba mirando hacia el bosque.

—¿Qué pasa?

Lilith comenzó a caminar.

La seguimos.

Llegamos hasta el límite de la ciudad.

Al otro lado había un camino.

Uno normal.

Sin puertas.

Sin manuscritos.

Sin copias.

Elena se detuvo.

—Yo no puedo seguir.

—¿Por qué?

—Porque mi historia termina aquí.

—¿Qué?

Ella sonrió.

—Yo fui creada para protegerte.

—Ya no necesitas hacerlo.

—Exactamente.

Me abrazó.

—Ahora puedes cuidarte solo.

Se separó.

—Adiós, Lowlet.

—Adiós, Elena.

Ella desapareció.

No como las copias.

Simplemente caminó hacia la ciudad.

Y siguió andando.

Jefferson me miró.

—Supongo que yo también debería irme.

—¿Tú estás muerto?

—Sí.

—Entonces ¿a dónde vas?

Jefferson señaló el cielo.

—A tomar té.

—¿Con quién?

—Con todos los muertos que me deben dinero.

Sonreí.

Jefferson se alejó.

—Cuida a Lilith.

—Lo haré.

Se detuvo.

—Y Lowlet...

—¿Sí?

—No escribas sobre esto.

—¿Por qué?

Jefferson sonrió.

—Porque algunas historias merecen quedarse contigo.

Y desapareció.

Me quedé solo.

Solo yo.

Y Lilith.

Miré el camino.

—¿Vamos?

Lilith movió la cola.

Comenzamos a caminar.

Esta vez...

sin saber qué venía después.

Y, por primera vez...

eso no me dio miedo.Capítulo 64 — Lo que queda

Caminamos durante horas.

No hubo persecuciones.

No aparecieron puertas.

Nadie salió de un espejo.

Y, sorprendentemente, nadie intentó matarme.

Era casi decepcionante.

—¿Sabes? —le dije a Lilith—. Empiezo a extrañar los problemas.

Lilith siguió caminando.

—Tú nunca respondes.

Movió la cola.

—Eso cuenta como respuesta.

Llegamos a un pequeño pueblo.

Había casas, una tienda y una estación de autobuses.

Gente normal.

Personas que no sabían quién era Lowlet.

Eso me gustó.

Entré a una cafetería.

Una mujer detrás del mostrador me miró.

—¿Qué desea?

Miré el menú.

—Té.

La mujer levantó una ceja.

—¿Solo té?

—Sí.

—Qué vida tan triste.

Sonreí.

—No tiene idea.

Me senté junto a la ventana.

Lilith se acostó debajo de la mesa.

Por primera vez en mucho tiempo...

nadie nos perseguía.

Entonces escuché una voz.

—¿Está ocupado?

Levanté la mirada.

Era una mujer joven.

No la conocía.

—No.

Se sentó.

—Soy Anna.

—Lowlet.

—¿Lowlet es tu nombre?

—Ahora sí.

—Es extraño.

—Mi vida también.

Ella sonrió.

—¿De dónde vienes?

Miré por la ventana.

No sabía qué responder.

—De muy lejos.

—¿Tienes familia?

Pensé en Mika.

En Elena.

En Jefferson.

En Vera.

En Nikolai.

En la mujer que había sido mi madre.

—Sí.

—¿Dónde están?

Miré a Lilith.

—La mayoría se fue.

Anna pareció notar mi expresión.

—Lo siento.

—No hace falta.

—¿Estás solo?

Miré a Lilith.

—No completamente.

Anna sonrió.

—Es bonita.

—Es mi madre.

Anna se quedó callada.

—¿Perdón?

—Es una historia larga.

—No quiero preguntar.

—Buena decisión.

Ella se rio.

Y fue una risa normal.

No una risa de alguien que conocía mi pasado.

No una risa escrita.

Solo una persona riéndose.

Me gustó.

Después de unos minutos se levantó.

—Tengo que irme.

—Está bien.

—¿Volverás mañana?

La pregunta me sorprendió.

No sabía dónde estaría mañana.

Pero por primera vez...

podía decidirlo.

—Sí.

Anna sonrió.

—Entonces nos vemos.

Se fue.

Miré mi taza.

Todavía estaba caliente.

Lilith levantó la cabeza.

—No me mires así.

Me levanté.

Salimos de la cafetería.

Caminamos hasta una pequeña casa abandonada cerca del pueblo.

La puerta estaba abierta.

Entramos.

Había una cama.

Una mesa.

Una ventana.

Nada más.

Perfecto.

Me senté.

Saqué del bolsillo la vieja fotografía.

La miré una última vez.

Después la guardé.

No necesitaba quemarla.

No necesitaba destruirla.

Solo necesitaba dejar de vivir dentro de ella.

Lilith se acostó.

—Creo que nos quedaremos aquí.

Ella cerró los ojos.

—Mañana volveremos a la cafetería.

Silencio.

—Y si Anna pregunta de dónde venimos…

Lilith abrió un ojo.

—No le contaré nada.

Me acosté.

Cerré los ojos.

Por primera vez no vi recuerdos.

No vi muertos.

No vi copias.

No vi páginas.

Solo oscuridad.

Una oscuridad tranquila.

Hasta que escuché algo.

Toc.

Abrí los ojos.

Toc.

Miré la puerta.

Lilith estaba dormida.

Me levanté.

Abrí.

No había nadie.

Solo un sobre en el suelo.

Lo recogí.

Tenía mi nombre.

LOWLET.

Abrí.

Dentro había una hoja.

Solo decía:

"No todos murieron."

Debajo:

"Pero no necesitas buscarlos."

Me quedé mirando la nota.

Por un instante sentí el impulso de investigar.

Después sonreí.

La rompí.

La tiré al fuego.

Lilith levantó la cabeza.

—No.

La acaricié.

—Esta vez no.

Volví a acostarme.

Y mientras el papel se convertía en cenizas...

comprendí algo.

Quizás algunas historias no terminan cuando se resuelve el misterio.

Terminan cuando decides dejar de buscar.

Cerré los ojos.

Y finalmente dormí.Capítulo 65 — Lowlet

Desperté con el olor a café.

Abrí los ojos lentamente.

Lilith estaba sentada junto a la puerta.

Me miraba.

—¿Qué?

Movió la cola.

—Ah.

Me levanté.

Era una mañana normal.

Por primera vez, esa palabra no me parecía aburrida.

Me lavé la cara, me puse el abrigo y salimos.

El pueblo estaba despertando.

Un hombre abría su tienda.

Dos niños corrían por la calle.

Una señora discutía con un vendedor porque le había cobrado de más.

—Eso sí parece real —dije.

Lilith siguió caminando.

Llegamos a la cafetería.

Anna estaba detrás del mostrador.

Cuando me vio, sonrió.

—Volviste.

—Te dije que lo haría.

—Pensé que era una de esas cosas que dice la gente.

—Yo también.

Me senté.

—¿Lo de siempre?

—Té.

—¿Otra vez?

—Es una tradición.

—Llevas un día aquí.

—Las tradiciones tienen que empezar alguna vez.

Anna se rio.

Me entregó la taza.

Lilith se acostó debajo de la mesa.

Miré por la ventana.

Nada extraño.

Nada oculto.

Ninguna figura observándome.

Ninguna puerta misteriosa.

Nada.

Y me di cuenta de que eso era exactamente lo que había estado buscando durante toda mi vida.

No respuestas.

No poder.

No inmortalidad.

Una vida que no necesitara explicación.

Anna se sentó frente a mí.

—¿En qué piensas?

Miré mi taza.

—En nada.

—No te creo.

Sonreí.

—Entonces estamos empatados.

Ella sonrió.

Durante un rato hablamos de cosas pequeñas.

El clima.

El pueblo.

La comida.

El perro del vecino.

Nada importante.

Y, precisamente por eso, todo parecía importante.

Cuando salimos, el sol estaba alto.

Lilith caminaba a mi lado.

Me detuve.

Miré hacia atrás.

El pueblo seguía allí.

La casa.

La cafetería.

La gente.

Mi nueva vida.

No sabía cuánto duraría.

Y por primera vez...

no me importaba.

—Vamos, mamá.

Lilith me miró.

Movió la cola.

Seguimos caminando.

No había manuscrito.

No había escritor.

No había lectores.

No había destino.

Solo un hombre caminando junto a su perro.

Aunque yo sabía la verdad.

Lilith no era solamente un perro.

Yo no era solamente un hombre.

Y aquella historia nunca había sido solamente una historia.

Pero eso ya no importaba.

Porque había elegido vivir.

Y quizá esa era la única respuesta que necesitaba.

Miré al cielo.

—¿Sabes algo?

Lilith levantó la cabeza.

—Nunca voy a escribir el final.

Ella ladró una vez.

Como si estuviera de acuerdo.

Sonreí.

Seguimos caminando.

Y esta vez...

no hubo una última puerta.

No hubo una voz.

No hubo un giro.

No hubo otro secreto.

La historia simplemente continuó.

Porque algunas historias terminan con una muerte.

Otras con una verdad.

La de Lowlet terminó de una manera mucho más sencilla:

con alguien que finalmente dejó de buscar un final.

Y siguió viviendo.

FIN.